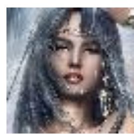
LAS NOVIAS

Balfour

Mia y el millonario

MICHELLE REID

HARLEQUIN™



Escaneo y Corrección-Consuelo

LA DINASTÍA BALFOUR

Las jóvenes Balfour son una institución británica, las últimas herederas ricas. Las hijas de Oscar han crecido siendo el centro de atención y el apellido Balfour rara vez deja de aparecer en la prensa sensacionalista. Tener ocho hijas tan distintas es todo un desafío

Olivia y Bella: Las hijas mayores de Oscar son gemelas no idénticas nacidas con dos minutos de diferencia y no pueden ser más distintas. Bella es vital y exuberante, mientras que Olivia es práctica y sensata. La madurez de Olivia sólo puede compararse con el sentido del humor de Bella. Ambas gemelas son la personificación de las virtudes clave de los Balfour. La muerte de su madre, acaecida cuando eran pequeñas, sigue afectándolas, aunque expresan sus sentimientos de maneras muy distintas.

Zoe: Es la hija menor de la primera mujer de Oscar, Alexandra, la cual murió trágicamente al dar a luz. Al igual que a su hermana mayor Bella, le cautiva la vida mundana y tiende al desenfreno, siempre está esperando el próximo evento social. Su aspecto físico es imponente y sus ojos verdes la diferencian de sus hermanas, pero tras la despampanante fachada se oculta un gran corazón y el sentimiento de culpa por la muerte de su madre.

Annie: Hija mayor de Oscar y Tilly, Annie ha heredado una buena cabeza para los negocios, un corazón amable y una visión práctica de la vida. Le gusta pasar tiempo con su madre en la mansión Balfour, huye del estilo de vida de los famosos y prefiere concentrarse en sus estudios en Oxford antes que en su aspecto.

Emily: Es la más joven de las hijas de Oscar y la única que tuvo con su verdadero amor, Lillian. Al ser la pequeña de la familia, sus hermanas mayores la adoran, ocupa el lugar predilecto del corazón de su padre y siempre ha estado

protegida. A diferencia de Kat, Emily tiene los pies en la tierra y está decidida a cumplir su sueño de convertirse en primera bailarina. La presión combinada de la muerte de su madre y el descubrimiento de que Mia es su hermana le ha pasado factura, pero Emily tiene el valor suficiente para salir de casa de su padre y emprender su camino en solitario. Sophie: El hijo mediano es habitualmente el más tranquilo y ésta no es una excepción. En comparación con sus deslumbrantes hermanas, la tímida Sophie siempre se ha sentido ignorada y no se encuentra cómoda en el papel de «heredera Balfour».Está dotada para el arte y sus pasiones se manifiestan en sus creativos diseños de interiores.

Kat: La más pequeña de las hijas de Tilly ha vivido toda su vida entre algodones. Tras la trágica muerte de su padrastro ha sido mimada y consentida por todos. Su actitud tozuda y malcriada la lleva a salir corriendo de las situaciones difíciles y está convencida de que nunca se comprometerá con nada ni con nadie.

Mia: La incorporación más reciente a la familia Balfour viene de la mano de la hija ilegítima y medio italiana de Oscar, Mia. Producto de la aventura de una noche entre su madre y el jefe del clan Balfour, Mia se crió en Italia y es trabajadora, humilde y hermosa de un modo natural. Para ella ha sido duro descubrir a su nueva familia y la desenvoltura social de sus hermanas le resulta difícil de igualar.

PROPIEDADES DE LOS BALFOUR

El abanico de propiedades de la familia Balfour es muy extenso e incluye varias residencias imponentes en las zonas más exclusivas de Londres, un impresionante apartamento en la parte alta de Nueva York, un chalet en los Alpes y una isla privada en el Caribe muy solicitada por los famosos..., aunque Oscar es muy selectivo respecto a quién puede alquilar su refugio. No se admite a cualquiera. Sin embargo, el enclave familiar es la mansión Balfour, situada en el corazón de la

campiña de Buckinghamshire. Es la casa que las jóvenes consideran su hogar. Con una vida familiar tan irregular, es el lugar que les proporciona seguridad a todas ellas. Allí es donde festejan la Navidad todos juntos y, por supuesto, donde se celebra el baile benéfico de los Balfour, el acontecimiento del año, al que asiste la creme de la creme de la sociedad y que tiene lugar en los paradisíacos jardines de la mansión Balfour.

CARTA DE OSCAR BALFOUR A SUS HIJAS

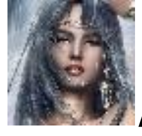
Queridas niñas:

Lo menos que se puede decir es que he sido un padre poco atento, con todas vosotras. Han sido necesarios los recientes y trágicos acontecimientos para que me dé cuenta de los problemas que semejante descuido ha provocado. El antiguo lema de nuestra familia era Validus, superbus quod fidelis. Es decir, poderosos, orgullosos y leales. Esmerándome en el cumplimiento de los diez principios siguientes empezaré a enmendarme; me esforzaré por encontrar esas cualidades dentro de mí y rezo para que vosotras hagáis lo mismo. Durante los próximos meses espero que todas vosotras os toméis estas reglas muy en serio, porque todas y cada una necesitáis la guía que contienen. Las tareas que voy a encargaron y los viajes que os mandaré realizar tienen por objetivo ayudaros a que os encontréis a vosotras mismas y averigüéis cómo convertiros en las mujeres fuertes que lleváis dentro. Adelante, mis preciosas hijas, descubrid cómo termina cada una de vuestras historias.

Oscar

NORMAS DE LA FAMILIA BALFOUR

Estas antiguas normas de los Balfour se han transmitido de generación en generación. Tras el escándalo que se reveló durante la conmemoración de los cien años del baile benéfico de los Balfour, Oscar se dio cuenta de que sus hijas carecían



de orientación y de propósito en sus vidas. Las normas de la familia, de las cuales él había hecho caso omiso en el pasado, cuando era joven e insensato, vuelven a cobrar vida, modernizadas y reinstituidas para ofrecer la guía que necesitan sus jóvenes hijas.

Norma la: Dignidad: Un Balfour debe esforzarse por no desacreditar el apellido de la familia con conductas impropias, actividades delictivas o actitudes irrespetuosas hacia los demás. ***Norma 2a:*** Caridad: Los Balfour no deben subestimar la vasta fortuna familiar. La verdadera riqueza se mide en lo que se entrega a los demás. La compasión es, con diferencia, la posesión más preciada.

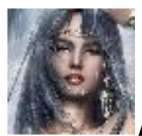
Norma 3a: Lealtad: Le debéis lealtad a vuestras hermanas; tratadlas con respeto y amabilidad en todo momento.

Norma 4a: Independencia: Los miembros de la familia Balfour deben esforzarse por lograr su desarrollo personal y no apoyarse en su apellido a lo largo de toda su vida.

Norma 5a: Coraje: Un Balfour no debe temer nada. Afronta tus miedos con valor y eso te permitirá descubrir nuevas cosas sobre ti mismo.

Norma 6a: Compromiso: Si huyes una vez de tus problemas, seguirás huyendo eternamente. ***Norma 7a:*** Integridad: No tengas miedo de Dbservar tus principios y ten fe en tus propias ***Norma 8a:*** Humildad: Hay un gran valor en admitir tus debilidades y trabajar para superarlas. no descartes los puntos de vista de los demás porque no coinciden con los tuyos. Un auténtico Balfour es tan capaz de admitir un consejo como de darlo.

Norma 9a: Sabiduría: No juzgues por las apariencias. La auténtica belleza está en el corazón. La sinceridad y la integridad son mucho más valiosas que el simple encanto superficial.



Escaneo y Corrección-Consuelo

Norma 10a: El apellido Balfour: Ser miembro de esta familia no es sólo un privilegio de cuna. El apellido Balfour implica apoyarse unos a otros, valorar a la familia como te valoras a ti mismo y llevar el apellido con orgullo. Negar tu legado es negar tu propia esencia.

Las Novias Balfour 1

09/04/2011

Prólogo

Mia estaba semi agazapada entre dos enormes pilares de piedra, sobre los cuales se erguían un par de criaturas mitológicas doradas en actitud de estar a punto de lanzarse en picado.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Tuvo que apartar los ojos de la observadora presencia de aquellas criaturas para que su mirada fija no le hiciera perder los nervios. Esos seres aterradores llamados grifos eran mitad águila mitad león, y Mia los había visto con anterioridad en el escudo de familia que engalanaba la página web de los Balfour, junto al lema familiar: Validus, superbus quod fidelis. Poderosos, orgullosos y leales.

—Dio —susurró, y exhaló un suspiro tembloroso.

Se sentía tan intimidada por la opulencia de aquella entrada majestuosa que las mariposas que revoloteaban en su estómago parecieron volverse locas.

El zumbido del motor del taxi que la había llevado desde el aeropuerto se desvanecía lentamente a su espalda. Se hallaba sola bajo la débil luz del sol de febrero que se filtraba entre las ramas desnudas de los árboles.



Escaneo y Corrección-Consuelo

Resultaba extraño pensar que hacía tan solo una semana llevaba una vida tranquila con su tía en la Toscana rural, completamente ajena a la existencia de una sofisticada familia inglesa llamada Balfour, y más todavía al hecho de que ella estuviera relacionada con aquel conocido apellido.

Todavía seguiría sin saber nada si la persona fría y distante que era su madre no hubiera hecho oídos sordos a sus súplicas y le hubiera permitido ir a visitarla. Ante la empecinada negativa de su madre, la tía Giulia decidió que había llegado el momento de revelar el oscuro secreto que llevaba guardando veinte largos años.

Y ahora Mia estaba a punto de conocer a Oscar Balfour, el orgulloso patriarca de la casa de Balfour, poderoso hombre de negocios y multimillonario. Marido de tres esposas distintas y padre de siete hermosas hijas. Ocho, rectificó Mia sintiendo cómo se le ponía el estómago del revés.

¿Un hombre que había sido bendecido con siete hijas querría otra más?

Aquella era la pregunta que había ido a hacerle. Necesitaba enfrentarse a Oscar Balfour y saber cómo reaccionaba ante su existencia. Si se negaba a reconocerla, sólo habría perdido un trocito más de corazón. El frío rechazo de su madre ya le había desgarrado un buen pedazo, así que el de su padre no podría resultar más doloroso.

Y también cabía la posibilidad de que estuviera preparado para darle la bienvenida.

Mordiéndose el tembloroso labio inferior, Mia se agachó para agarrar el asa de su maleta y luego se incorporó. Recolocó los estrechos hombros en el interior de la suave chaqueta de lana y tiró de la maleta de ruedas. El corazón le latía a toda prisa y sentía una tirantez en el pecho que le dificultaba la respiración. Cuando dio el primer paso, un escalofrío de tensión le subió por la pierna y la

espalda. Durante un instante se sintió ligeramente mareada y tuvo que cerrar los ojos.

Cuando volvió a abrirlos se encontró mirando un largo camino flanqueado por árboles que debían llevar en aquel lugar muchas generaciones. No podía ver la casa debido a la pendiente del terreno, pero sabía que estaba allí, defendiendo su intimidad de los curiosos en aquel valle aislado, según indicaba la página web.

Lo único que tenía que hacer era caminar entre aquellas dos hileras de árboles hacia ella, se dijo, y avanzó, consciente de que su interior estaba temblando de miedo, pero sintiendo al mismo tiempo una estremecedora emoción que corría por su sangre como el fuego.

***

Nikos Theakis no era un hombre proclive a excesos emocionales. De hecho se jactaba de la actitud fría y profesional con la que se enfrentaba a la mayoría de las facetas de su vida. Sin embargo, mientras conducía aquella mañana tras su desayuno con Oscar, no había nada de frío ni de profesional en él.

Estaba conmocionado. Toda la familia Balfour lo estaba, la única que parecía sobrellevarlo bien era la propia Lillian Balfour.

Maldijo en silencio cuando la imagen de la hermosa, pálida y frágil mujer de Oscar surgió en su mente, sonriendo con valentía mientras se despedía para siempre de él. La emoción se apoderó de Nikos, que pisó con más fuerza el acelerador, como si la velocidad pudiera llevarse aquella sensación extraña para él. El potente coche avanzó deprisa, salió del valle y rodó a toda prisa bajo el palio de ramas desnudas que cubría el camino de salida de la finca de los Balfour.



No estaba concentrado. Nikos lo supo en cuanto la vio allí parada, justo delante de él. Durante unos aterradores segundos creyó que estaba viendo una aparición fantasmal vestida de negro, y por eso olvidó pisar el freno.

Nunca había experimentado algo así. En las décimas de segundo que tardó en conectar de nuevo con la realidad, su mirada de asombro había absorbido cada exquisito centímetro de aquella mujer, desde el pelo negro y brillante que enmarcaba su precioso rostro ovalado hasta la voluptuosa forma de su cuerpo, encerrado en una chaqueta ajustada y una falda que marcaba la sinuosa silueta de sus caderas. Por alguna extraña razón, se fijó en que llevaba botas, unas botas negras de piel de tacón alto.

Entonces la realidad lo golpeó con la fuerza de una descarga eléctrica y soltando una sarta de maldiciones apretó con fuerza el pedal del freno.

Mia se quedó paralizada al ver aquel monstruo plateado que se lanzaba hacia ella. Se oyó un frenazo y el coche se fue acercando más y más hasta que finalmente se detuvo a dos centímetros de sus espinillas.

El motor silbó, el capó plateado se estremeció, y el silencio regresó como un golpe atestado en la cabeza. Nikos se echó hacia atrás en el asiento y se la quedó mirando con el corazón latiéndole como un martillo y los dedos todavía apretados al volante. Creía que no iba a lograr parar a tiempo. No estaba siquiera seguro de haberlo conseguido. Siguió sentado, conmocionado, a la espera de que ella le diera alguna señal, bien apartándose para demostrarle que no le había hecho daño bien desplomándose en el suelo.

«Dios, es preciosa», le dijo su estupefacto cerebro, y culminó la observación con una oleada de testosterona que se le acumuló en la entrepierna. Reaccionando con furia, Nikos abrió la puerta del coche y salió.

—¿A qué diablos cree que está jugando? —exclamo con ira—. ¿Es que quiere morir? ¿Por qué demonios no se ha apartado de mi camino?



Mia tuvo que hacer uso de toda su fuerza para respirar. Sus pestañas finalmente cobraron vida y consiguió alzar los ojos del coche para clavarlos en él. Sufrió una segunda conmoción al darse cuenta de que era el hombre más guapo que había visto en su vida.

Y se dirigía hacia ella como un gladiador camino de la guerra. Solo que este gladiador llevaba un abrigo negro sobre los impresionantes hombros y un elegante traje gris de tres piezas debajo. La camisa era blanca y la corbata de un tono apagado.

Se acercó al extremo del coche y se detuvo para mirar lo cerca que había estado de destrozarle las frágiles piernas. Sus ojos echaban chispas cuando le rodeó la cintura con las manos y la levantó del suelo. Estaba tan concentrado en lo que hacía que no escuchó cómo Mia contenía el aliento asombrada, ni el sonido de su maleta al dar contra el suelo. Ella se encontró mirando directamente un par de ojos oscuros, enmarcados por unas cejas anchas y tan negras como el pelo de su cabeza.

—Estúpida —gruñó Nikos—. Diga algo, por el amor de Dios. ¿Está bien?

Mia asintió con la cabeza como si fuera una marioneta.

—Casi... casi me mata —susurró.

—He conseguido no atropellarla —la corrigió Nikos—. Debería agradecerme mis reflejos y mi habilidad al volante.

—¿Cree que es muy hábil conducir como un lunático, signore?

—¿Y usted cree que es inteligente quedarse parada en medio de un camino privado cuando un coche se dirige hacia usted, signorina? —le espetó él.

Como si acabara de darse cuenta de que la estaba sosteniendo en vilo, Nikos murmuró algo y le dio la vuelta antes de colocarla en el suelo, lejos del letal guardabarros de su coche. Lo inesperado de toda la situación provocó que los

paralizados reflejos de Mia se pusieran en acción y se agarrara a él para no caerse. Nikos la sujetó. Ella se quedó mirando los músculos y la fuerza viril a la que estaba agarrada antes de soltarse. Sentía las piernas débiles cuando se apartó de él, vio su maleta tirada en el suelo unos cuantos metros más allá y fue a levantarla.

Nikos observó con las manos en los bolsillos cómo se inclinaba para recoger el asa de la maleta con dedos temblorosos y no pudo evitar recorrer con la mirada la atractiva forma de su trasero bajo la falda.

«Bonito», pensó, y luego frunció el ceño cuando otra oleada de calor le atravesó la entrepierna. Consultó su reloj y vio que era tarde. Tenía que subirse a un avión. Acababa de pasar por una de las peores situaciones a las que había tenido que enfrentarse y allí estaba, admirando el trasero de una desconocida a la que había estado a punto de atropellar. Se le escapó un bufido de disgusto.

—Intente seguir por el borde del camino —recomendó con altivez a la joven—. Y por cierto —añadió abriendo la puerta del coche—, si es usted la nueva doncella que todos están esperando tan ansiosamente, déjeme decirle que se ha excedido con el atuendo.

Sacudiendo el polvo de la maleta, Mia parpadeó. ¿Doncella? ¿Exceso? ¿Atuendo? Necesitaba tiempo para analizar lo que le había dicho, para que cobrara sentido. Entonces lo entendió. El desconocido pensaba que había ido a la mansión Balfour vestida así para ocupar el puesto de doncella.

El dolor le provocó un nudo en el estómago. Nunca se había sentido tan humillada. Con una fría actitud de dignidad herida se giró y rodeó el coche de lujo tirando de su maleta, sin molestarse en dirigirle ni una sola mirada.

Mia contuvo una carcajada amarga. Había aprendido inglés mientras trabajaba de doncella para un anciano profesor que poseía una villa no lejos de su casa.



Le pagaba por mantener la casa limpia y cocinar para él, y también le dejaba utilizar su biblioteca y su ordenador, siempre y cuando tecleara las páginas de su interminable y aburrido libro. El curso de inglés era gratis. Luego Mia caminaba dos kilómetros para volver a casa y estudiaba antes de pasar la velada ayudando a la tía Giulia con los encargos de costura. Así completaban los magros ingresos que su tía obtenía del cultivo y venta de flores.

Normalmente llevaba zapatos planos y vaqueros gastados, o alguno de los vestidos que usaba durante el cálido verano de la Toscana. Por primera vez en su vida se había puesto algo nuevo, algo que no se había hecho ella misma con un trozo de tela. Y aquel hombre horrible del coche plateado y el elegante traje gris había destrozado su autoestima con unas cuantas palabras.

Nikos entornó los ojos mientras la veía alejarse por el camino… justo por el medio, en claro desafío hacia él. Apretó los labios y, en lugar de subirse al coche y salir de allí, se quedó mirándola unos segundos más, atraído por el gracioso movimiento de sus finas curvas, la chispa de su carácter y el eco de su acento. Supuso que era italiana.

Y muy joven, pensó.

Demasiado joven para ser doncella.

Las primeras sombras de duda lo asaltaron. ¿Se habría equivocado y habría insultado a alguna amiga de las hijas de Oscar?

Nikos frunció el ceño y volvió a subirse al coche para salir de allí. Fuera quien fuera la joven, confiaba en que supiera que estaba entrando en la finca de los Balfour. En caso contrario se llevaría una gran impresión al llegar.

***

Mia ya estaba impresionada, porque había vislumbrado a lo lejos la mansión Balfour.



Nada de lo que había visto o leído en Internet la había preparado para la imponente belleza de lo que estaba mirando. Asentada en un valle poco profundo, la casa de piedra era al menos diez veces más grande de como la había imaginado, con hileras superpuestas de grandes ventanales que refulgían bajo la pálida luz del sol.

Mia comenzó a sentir escalofríos de ansiedad mientras recorría el camino hacia el valle y bordeaba la orilla de un bonito lago, reluciente como un cristal congelado. Cuanto más se acercaba a la casa, más intimidada se sentía por ella. Era enorme. Altas columnas palaciegas sostenían una entrada de forma circular. Cuando pasó entre ellas se sintió empequeñecida. Dejó la maleta a un lado de la puerta y se dijo «ahora o nunca» mientras se colocaba delante de la pesada puerta de roble.

Ya no estaba tan segura de querer hacer aquello, pero sabía que si se daba la vuelta lo lamentaría el resto de su vida, porque nunca reuniría el coraje para intentarlo una segunda vez.

Mia extendió la mano, agarró la cinta de la campana antigua y tiró con fuerza de ella. Luego la retiró y esperó a que alguien respondiera.

Nunca en su vida se había sentido tan asustada. Nunca nada había sido tan importante para ella como aquello.

Tensa, con las manos temblando y los ojos muy abiertos, vio cómo la puerta se abría. La última persona a la que esperaba encontrar era al propio Oscar Balfour.

Era más alto y mucho más atractivo de como lo había imaginado. Tenía el cabello blanco como la nieve y una pulcra perilla. Cuando frunció el ceño le pareció tan severo que estuvo a punto de darse la vuelta y salir corriendo. Si le preguntaba si era la nueva doncella, Mia decidió que saldría corriendo. Pero no se lo preguntó.



—Hola, joven —le dijo con una sonrisa.

Era una sonrisa bonita que iluminó sus profundos ojos azules.

Unos ojos del mismo color que los de ella.

-Bon...bon giorno, signore —estaba tan nerviosa que no pudo evitar saludarlo en italiano. Tragó saliva y cambió al inglés—. No sé si... si sabe de mi existencia, me llamo Mia Bianchi. Me han dicho que es usted mi padre.

Uno

Por primera vez tras tres meses de largos y duros viajes, Nikos Theakis atravesó las puertas de entrada de sus oficinas de Londres y al instante consiguió la atención de todos los presentes en el moderno vestíbulo de granito y cristal.

Alto y moreno, bendecido con el tipo esbelto, duro y poderoso de los atletas, el aire se cargaba de energía a su paso. Todo el mundo le daba los buenos días sin aliento al verlo pasar. Trabajar para él era como viajar en cohete a las estrellas. Excitante, agotador, a veces terrorífico porque asumía riesgos que, nadie más estaba dispuesto a correr. Estaba comprometido con su trabajo y era famoso por no equivocarse nunca.

Frunció el ceño y sus cejas oscuras se juntaron sobre el puente de la nariz, recta y arrogante. Sus facciones griegas, clásicas, estaban concentradas en la conversación que mantenía por el móvil mientras se dirigía a los ascensores del vestíbulo.

—En nombre de dios, Oscar —maldijo en voz baja—. ¿Se trata de una broma?

—No es ninguna broma —insistió Oscar Balfour—. He pensado mucho en esto y ahora te pido ayuda. A menos que ya seas demasiado importante para ayudar a un viejo amigo...



Nikos apretó el botón del último piso, se retiró el brillante gemelo de la camisa para poder ver la hora en el reloj de platino y contuvo el deseo de soltar una palabrota. Hacía menos de una hora que había regresado al país después de pasar semanas volando por el mundo como un maldito satélite, tratando de reunir un paquete de medidas para salir de la crisis que sus socios internacionales habían provocado al acobardarse y tirar del tapón de los créditos. Estaba cansado, hambriento y tenía el horario cambiado, pero arriba le esperaba el consejo de dirección, ansioso por escuchar el resultado final de sus gestiones.

—No me pongas contra las cuerdas —dijo impaciente.

—Me halaga que pienses que todavía puedo hacerlo —ironizó Oscar.

—Y no cambies de tema —añadió Nikos, consciente de que Oscar era el rey de la manipulación—. Dime qué demonios pretendes que haga con una de tus consentidas hijas.

—Para empezar, que no te acuestes con ella. Nikos, que estaba a punto de salir del ascensor al lujoso pasillo de la última planta, se quedó un instante paralizado al escuchar aquella frase. La afrenta le llevó a levantar la oscura y orgullosa cabeza.

—Eso no ha tenido ninguna gracia —aseguró con fría dignidad—. Nunca le he puesto un dedo encima a ninguna de tus hijas. Sería...

—¿Una falta de respeto hacia mí?

—Exactamente —afirmó Nikos.

Gracias a Oscar se había convertido en el hombre que era, y mantener una distancia respetuosa con sus hermosas hijas era una cuestión de honor.

—Gracias —murmuró Oscar.



—No quiero que me des las gracias —Nikos se puso en marcha por el pasillo con su elegante paso—. Ni tampoco quiero que ninguna de tus decorativas hijas se pasee por mis oficinas fingiendo ser una eficaz asistente personal sólo para darte gusto a ti —afirmó—. En cualquier caso, ¿a qué viene esta repentina decisión de que se pongan a trabajar? —preguntó con curiosidad al tiempo que abría la puerta de su suite de despachos.

Su secretaria, Fiona, alzó la vista de la pantalla del ordenador y le dirigió una sonrisa de bienvenida. Nikos señaló el móvil mientras le daba una serie de instrucciones con la mano. La eficaz Fiona mostró con una inclinación de su cabeza rubia que había entendido y dejó que se encerrara en su despacho.

Cuando hubo cerrado la puerta, fue consciente del silencio que había al otro lado de la línea. Frunció el ceño, porque Oscar Balfour poseía un cerebro que funcionaba a la velocidad de la luz, así que los silencios de cualquier tipo eran algo poco habitual en él.

-¿Te encuentras bien? —preguntó con cautela. Oscar dejó escapar un suspiro.

-La verdad es que no —admitió—. He empezado a preguntarme qué he hecho los últimos treinta años de mi vida.

—Echas de menos a Lillian —murmuró Nikos.

—Todos los minutos de todas las hora del día —confirmó Oscar—. Me voy a la cama pensando en ella, paso la noche soñando con ella y me despierto buscando el calor de su cuerpo al lado del mío en la cama.

—Lo siento —era una respuesta poco adecuada y Nikos lo sabía, porque Oscar Balfour seguía llorando la reciente pérdida de su esposa—. Han sido tiempos difíciles para todos vosotros...

—Con una muerte y dos escándalos tan fuertes, unidos a la crisis financiera mundial que amenaza con dejarnos a todos en la miseria, yo creo que «difícil» se queda corto —Oscar dejó escapar una risa seca.



Desde la repentina y prematura muerte de Lillian tres meses atrás, el apellido Balfour había sufrido escándalo tras escándalo. Desde el momento en que Oscar anunció que tenía una hija de veintiún años de la que nadie sabía nada, los Balfour se habían convertido en el blanco preferido de los medios sensacionalistas, que daban voz a cualquiera que deseara despotricar contra ellos.

—Has salido casi intacto de la crisis —Nikos trató de poner una nota positiva.

—Así es —reconoció Oscar—. Y tú también.

Nikos rodeó su escritorio y se detuvo frente a la enorme fotografía de su ciudad natal que había enmarcado en la pared. Si entornaba los ojos podía distinguir el punto oscuro del extremo inferior que representaba la barriada de Atenas en la que había pasado los primeros veinte años de existencia buscándose la vida.

Apretó las mandíbulas y el color de sus ojos se oscureció por sus pensamientos. Ser un niño de la calle había sido un buen incentivo para trabajar como una mula y asegurarse de que no volvería ser pobre nunca más, pensó. Y si no hubiera tenido la buena fortuna de encontrarse por casualidad con Oscar, seguramente seguiría todavía allí, llevando la misma vida, y seguramente habría terminado en la cárcel, se dijo con una sinceridad que le hizo sonreír.

Aquel hombre, aquel inglés sagaz e inteligente, había visto algo en el joven arrogante que Nikos era entonces, se había dejado llevar por su instinto y le había dado la oportunidad de liberarse de aquella vida.

Repentinamente consciente de la fina y cara lana de su traje italiano y de los zapatos y la camisa a medida, Nikos se giró para acercarse a la cristalera que proporcionaba a su espacioso despacho de la planta alta la mejor vista de la ciudad de Londres. Poseía otros edificios de oficinas en las capitales más

importantes del mundo, además de casas que complementaban su elegante estilo de vida, un yate, avión propio e inversiones capaces de competir con cualquier rival del mundo.

Al niño pobre le había ido bien, musitó Nikos en silencio, citando las palabras de un reciente artículo sobre él publicado en un periódico ateniense. Lástima de las cicatrices que guardaba en su interior, tan ocultas que ni el propio Oscar sabía de ellas.

—En cualquier caso, mis hijas ni siquiera saben que haya habido una crisis bancaria mundial —la voz de Oscar volvió a llegar a sus oídos—. Tienes razón, Nikos. Las he mimado demasiado. He consentido sus caprichos de princesas hasta rozar el límite del abandono parental y ahora estoy pagando por mi negligencia. Mi intención es arreglarlo.

—¿Y vas a hacerlo cerrando el grifo del dinero y lanzándolas al mundo cruel para que se hundan? —a pesar de la seriedad de la conversación, Nikos dejó escapar una carcajada amarga—. Créeme, Oscar, es un poco exagerado.

—¿Estás cuestionando mi buen juicio?

«Sí», pensó Nikos.

—No —aseguró, debido al respeto que le tenía a aquel hombre—. Por supuesto que no.

—Me alegro —dijo Oscar—, porque quiero que acojas a Mia bajo tu protección y le enseñes todo lo que necesita saber para sobrevivir siendo una Balfour.

—¿Mia? —repitió Nikos. Necesitó un instante para asociar aquel nombre con las hijas de Oscar—. ¿Es la...?

Se calló, pero era demasiado tarde.

-¿La qué? —inquirió Oscar.



-La... la nueva —contestó Nikos con lo que consideró gran diplomacia, teniendo en cuenta el modo en que había sido presentada como una Balfour.

-Puedes utilizar el término «ilegítima» sin ofenderme, Nikos —aseguró Oscar—. Aunque no creo que Mia sienta lo mismo. Es tan diferente a mis otras hijas... —suspiró—. Para decirlo claramente, no lleva bien ser una Balfour. Creo que vivir en Londres y trabajar contigo será bueno para ella.

-De ninguna manera, amigo mío —se negó Nikos.

—Puedes acompañarla a algún que otro evento —continuó Oscar como si Nikos no hubiera hablado—, mostrarle cómo comportarse en el ámbito social...

—Si le está resultado duro dentro de la seguridad de la mansión Balfour, lo que sugieres es lo mismo que arrojarla a los lobos —señaló Nikos—. Sigue mi consejo y envíala con alguna de las muchas viudas que conoces en Londres, ellas le enseñarán cómo ser una Balfour. Yo soy un lobo solitario, Oscar —aseguró—. Siempre he trabajado solo y me como a los débiles.

Se hizo otro silencio en el teléfono, pero éste no guardaba una carga de dolor como el anterior sino que tenía la frialdad del repentino cambio de humor de Oscar.

—Creí que ya había quedado claro que a mis hijas no te las comías.

—Me refería a...

—No me hagas recordarte que me lo debes, Nikos —lo interrumpió Oscar—. Apelo a esa deuda. Nikos comprendió que estaba atado de pies y manos, pero hizo un último y desesperado intento.

—Oscar...

-¿Vas a negarte a hacerme este favor?

—No —Nikos suspiró en señal de rendición—. Por supuesto que no.



—Bien. Entonces todo arreglado —Oscar volvía a sonar cálido—. He pensado que como no te gusta que invadan tu espacio vital, podría utilizar el apartamento para personal que tienes al lado de tu ático.

-Además de darle trabajo, ¿quieres que sea su niñera? —bramó Nikos como un animal acorralado.

-Mañana estará allí. Sé amable con ella.

Amable. Nikos arrojó el teléfono móvil sobre el escritorio con más violencia de la que merecía el aparato y luego se giró para apoyar sus estrechas caderas sobre el pulido borde del escritorio.

Al acceder a pagar la deuda moral que tenía contraída con Oscar, había accedido también a comprometer sus propios valores profesionales. Un gruñido de frustración reverberó en su pecho al tiempo que unos golpes en la puerta anunciaba la aparición de Fiona.

—Siento molestarte —murmuró al instante al ver que él fruncía el ceño—, pero una de las señoritas Balfour está en la recepción y quiere verte. Ha mencionado que necesita un juego de llaves de tu apartamento...

Nikos se quedó paralizado, como si por primera vez en su vida adulta sintiera una oleada de calor capaz de destruir su legendaria frialdad. Lo que Fiona estaba diciendo era que la nueva y tímida hija de Oscar acababa de entrar en su recepción haciendo un anuncio que los colocaba de cara a los demás en una relación íntima.

Se suponía que no iba a llegar hasta el día siguiente. ¡Ni siquiera la conocía todavía! Y esa estúpida ya había despertado las especulaciones y los cotilleos picantes sobre ellos dos por todo el edificio.

La señorita Balfour no sólo era estúpida, también resultaba altamente peligrosa.



Nikos se incorporó a toda prisa. Al diablo con la amabilidad, pensó furioso mientras pasaba por delante de una curiosa Fiona y salía al pasillo.

Mia estaba al lado del mostrador de recepción, arrepentida por lo que había dicho y por el modo en que lo había dicho cuando vio cómo se abrían las puertas de uno de los ascensores y salía un hombre alto, moreno y que le resultaba tremendamente familiar. La sorpresa la paralizó durante un segundo. Empezó a temblar al darse cuenta de que aquél era el hombre que había estado a punto de atropellarla en la finca de los Balfour el día de su llegada. Lo reconoció incluso por el modo en que se estaba acercando a ella, como si se dirigiera a la guerra, y sintió deseos de salir corriendo.

—Oh, Dio —fue incapaz de contener un gemido cuando se detuvo a escasos centímetros de ella—. Es usted.

Eso era exactamente lo que pensaba, se dijo Nikos con expresión grave. Él estaba sufriendo el mismo tipo de conmoción que veía escrita en la cara de Mia, aunque en su caso lo disimulaba. Sin embargo, no fue capaz de evitar que sus ojos recorrieran el largo y brillante cabello negro, la sencilla camiseta blanca y una falda corta azul claro. Y llevaba zapatos planos, aunque eso no estropeaba la longitud de sus fabulosas piernas.

—¿Señorita Balfour? —le preguntó con fría formalidad—. Ya que no nos conocemos, me presentaré. Soy Nikos Theakis, es un placer conocerla finalmente.

Le tendió una mano de dedos largos. Consciente de que la recepcionista estaba escuchando, al igual que varios curiosos más que había en el vestíbulo, Mia captó el mensaje que encerraba su frío saludo y deseó morirse allí mismo. Odiaba ser el centro de atención, le costaba trabajo creer que hubiera cometido el error de expresar públicamente la razón por la que estaba allí.



Recordó lo último que le había dicho su padre antes de que el coche se la llevara: «Sé valiente».

Sin embargo, la valentía no tenía absolutamente nada que ver con lo que estaba sintiendo en aquel instante en que se vio obligada a estrecharle la mano.

—Bon... bon giorno —consiguió decir mientras trataba de disculparse con los ojos.

Si él captó la disculpa no hizo amago de demostrarlo. Si acaso su cuerpo se petrificó todavía más.

—No esperaba verla por aquí hasta mañana —aseguró—. En cualquier caso, creo que tiene un problema doméstico que necesitamos solucionar, ¿no es así?

—Yo..., sí —respondió. Mia con un suspiro.

Nikos trató de ignorar la repentina descarga eléctrica que le atravesó la palma cuando las manos de ambos se tocaron. Retiró al instante la suya y consultó fugazmente el reloj.

—Tengo una reunión —informó con sequedad—, pero si viene conmigo mi secretaria le ayudará con cualquier problema que tenga.

Dicho aquello se dio la vuelta y cruzó de nuevo el vestíbulo con su nueva carga pisándole los talones

No se había dirigido a la gente que había en el vestíbulo, pero su instinto le decía que había conseguido acabar con cualquier especulación sobre su posible relación con Mia Balfour.

Complacido consigo mismo por haber conseguido eso al menos, entró en el ascensor y espero a que ella hiciera lo mismo.

-Lo siento de veras —se disculpó Mia en cuanto las puertas se hubieron cerrado tras ellos.



—Es usted una estúpida —Nikos no estaba ni mínimamente impresionado por su disculpa—. Si va a trabajar conmigo, señorita Balfour, le sugiero que aprenda rápidamente el arte de la discreción, o no va a durar ni un día.

-No me paré a pensar. Oscar me dijo que...

—Dejemos a su padre fuera de esto —los ojos de Nikos le dirigieron una mirada de desprecio—. Estoy seguro de que cuando Oscar me convenció para que le hiciera este favor, usted ya había accedido de antemano, lo que la convierte en responsable de sus propias acciones, señorita Balfour. Así que la primera regla, una que debe aprender rápido, es que no debe volver a avergonzarme así jamás.

—Lo siento —Mia aspiró con fuerza por segunda vez y renunció a explicar que había sido Oscar quien la había enviado allí para que pidiera en la recepción las llaves de su nuevo apartamento—. Es que va a llegar un servicio de mensajería con mis cosas a su... a mi nueva dirección y necesito entrar.
—La próxima vez inténtelo utilizando el teléfono.

Mia decidió allí mismo que no le caía bien Nikos Theakis.

—Y para que quede claro, en caso de que no se haya dado cuenta —continuó él con amargura—, no estoy de acuerdo con su presencia aquí. No trabajo con estúpidos. Ascenderá o caerá según sus propios méritos y si no se esfuerza lo suficiente esta despedida. ¿Lo ha entendido?

Mia estaba empezando a sentirse molesta por su fría manera de censurarla. Después de todo, no había sido su intención avergonzarlo.

Echó la cabeza hacia atrás y lo miró allí de pie, alto y fuerte con su desprecio llegando hasta ella en oleadas. Tenía el aspecto de lo que era, un hombre de negocios duro y frío, un millonario arrogante.



—Y vamos a dejar clara una cosa más antes de salir de este ascensor —continuó Nikos—. No soy partidario del nepotismo. Creo que todo el mundo debe trabajar lo máximo posible para ganarse su sitio en el mundo.

Una de las razones por las que él se había ganado el respeto de sus empleados era porque los animaba a explorar su propio potencial ocuparan el puesto que ocuparan.

-Así que dará lo mejor de sí misma o está despedida, ¿entendido? —le soltó con frialdad.

-Me considera una inútil aprovechada —comprendió Mia.

—¿Una aprovechada está por encima o por debajo de una doncella? —respondió Nikos con rapidez.

A ella se le sonrojaron las mejillas por la rabia.

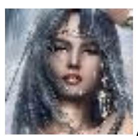
-El error de la doncella fue suyo, no mío.

—Y usted se ofendió y se marchó indignada como una diva —contestó él—. Me resulta muy curioso descubrir tres meses más tarde que el día que nos conocimos iba usted camino de lanzar una bomba a toda la familia Balfour, como si no hubieran tenido bastante en aquel momento.

Mia apartó los ojos de él con culpabilidad. Se estaba refiriendo a la mujer de Oscar, Lillian, y a cómo su inesperada llegada había provocado tantos problemas que sus efectos aún seguían afectando a la familia.

—No sabía que Lillian estuviera enferma —murmuró defendiéndose.

—Pues si yo hubiera sabido lo que tenía usted en mente aquella mañana habría impedido que se acercara a ellos. Piénselo. Si no se hubiera marchado usted tan indignada y me hubiera ofrecido alguna explicación, su llegada a la mansión Balfour no habría sido tan inoportuna, porque yo habría impedido que se produjera y seguramente se habrían evitado los consiguientes escándalos.



¿De verdad podría haber sido tan sencillo?, se preguntó Mia con tristeza. ¿Podía una decisión de una décima de segundo haber cambiado el destino con tanta facilidad? Mientras pensaba en ello se abrieron las puertas del ascensor y Nikos Theakis salió. Mia se sintió como si acabara de utilizarla para limpiar el suelo con ella.

—Supongo que piensa que habría sido mejor para todos que me hubiera atropellado —comentó a su espalda.

Nikos se detuvo en el pasillo y se giró sobre sus talones. Mia estaba enmarcada por las puertas abiertas del ascensor, el cabello le caía libremente sobre los hombros y su hermoso rostro estaba muy pálido.

Era muy joven, volvió a pensar Nikos, como había hecho tras verla por primera vez en la entrada de la finca de los Balfour. Se sentía culpable, vulnerable y herida. El se había dejado llevar por la furia que sentía y la había acusado de ser la responsable de la situación de la familia Balfour. ¿Era justo?

No. Sus acusaciones eran excesivas. Y luego había otra cuestión que había estado tratando de evitar, pero que en ese momento no pudo controlar cuando dejó que sus ojos la recorrieran de arriba abajo. Al instante experimentó una oleada de calor en la entrepierna, el mismo que notaba cada vez que dejaba que su mente lo devolviera a aquel instante en la entrada de la finca de los Balfour.

Se sentía atraído por Mia. Había pensado en ella de vez en cuando desde entonces. Si hubiera podido regresar a Inglaterra en los últimos meses, habría ido de visita a la mansión Balfour para averiguar quién era.

Ahora ya lo sabía.

Era una Balfour, lo que la colocaba fuera de su alcance.

Así que no hacía falta decir que no quería que invadiera su lugar de trabajo. No quería tenerla cerca y que amenazara su tranquilidad laboral con esa

exuberante figura, su boca sensual y la promesa de ardiente pasión que podía ver brillando tras el dolor de sus ojos azules.

Optó por la opción más cruel y no se molestó en responder al comentario, se dio la vuelta y siguió andando. Se estaba comportando como un malnacido, frío y sin corazón y lo sabía, pero era la única manera de protegerse.

Le daba una semana, dos a lo sumo. Los ataques a su vulnerable autoestima la harían salir corriendo de vuelta a Buckinghamshire con Oscar, se dijo mientras dejaba a Mia Balfour al cuidado de Fiona y se dirigía hacia su retrasada reunión.

Dos

Dos largas semanas más tarde, Mia estaba a cuatro pasos del escritorio y echaba chispas por dentro mientras esperaba con paciencia a que Nikos advirtiera su presencia. Llevaba puesto un vestido de corte sencillo color crema, ajustado a la cintura con un cinturón de cuero amarillo. Los zapatos iban a juego. El conjunto entero le habría costado el sueldo de un año si hubiera sido nuevo, pero como era de segunda mano, Mia no se quejaba.

No se le ocurriría quejarse. Lo que la horrorizaba eran los precios exorbitantes que sus hermanastras pagaban sin pensar por ropa que se ponían una vez y luego acumulaban en los armarios de la mansión Balfour. En el armario de su pequeño apartamento tenía una selección estupenda de ropa usada que sólo necesitaba unos cuantos retoques.

Ese día había escogido aquel atuendo en particular con un único propósito en mente: desafiar a Nikos Theakis a que le encontrara alguna objeción. Él era capaz de formular miles de críticas con una única mirada de sus fríos ojos negros. Y la objeción del día anterior había tenido como objeto la falda corta gris perla que había combinado con una preciosa blusa de seda en tono ciruela. La mirada desaprobadora de Nikos había recorrido la longitud de sus

piernas hasta la tela de la blusa. Así que hoy se había cubierto con un vestido cuyo dobladillo le llegaba por debajo de la rodilla. Y se había recogido el pelo en un moño tan tirante que la piel de la cara le tiraba, porque el día anterior también la había mirado con desprecio cuando se apartaba los mechones negros del rostro cada vez que bajaba la vista hacia su trabajo.
Y estaba absolutamente convencida de que la estaba haciendo esperar deliberadamente, para hacer crecer la tensión, mientras mantenía la silla girada hacia la ventana, de modo que lo único que podía ver de él era la parte superior de su oscura cabeza.

Todo formaba parte de la guerra de desgaste que había emprendido contra ella, Nikos odiaba que estuviera trabajando allí. Nunca le perdonaría que hubiera aceptado un puesto que no se había ganado trabajando duro, y ella no estaba dispuesta a rendirse y salir huyendo. Estaba decidida a ser la persona que su padre quería que fuera, aunque muriera en el intento.

O aunque matara a Nikos Theakis.

Éste se estaba preguntando si Mia sabría que podía leerle el pensamiento aunque estuviera de espaldas. Ella era demasiado joven para conocer el arte de enmascarar sus sentimientos, y demasiado italiana para querer hacerlo aunque pudiera.

Murmurando una respuesta para Petros, su mano derecha en Atenas, Nikos mantuvo la mirada clavada en el cristal tintado que lo separaba de la vista de Londres, aunque no se fijó en ésta. Su atención estaba centrada en el cristal, donde la imagen de Mia se reflejaba como una fotografía borrosa, visible pero empañada por la luz del sol que se filtraba desde el exterior.

Estaba allí pero no estaba, pensó Nikos. Le gustaba así, desenfocada y lejos de su alcance, de ese modo podía fingir que nada estaba sucediendo entre ellos. Se despidió de Petros, colgó el teléfono, aspiró con fuerza y giró la silla. Un repentino arrebato de testosterona se apoderó de su entrepierna. «Que bruja

provocativa», pensó cerrando los ojos para ocultar la chispa que sintió encenderse en ellos. El vestido era un ejemplo de modestia, el pelo recogido un insulto a su belleza. Todo, incluso la longitud de la falda, le indicaba que había corregido cada crítica que le había hecho, incluidas las silenciosas. Nikos apretó las mandíbulas. No había olvidado nada. Mia se tomó aquel gesto como otra crítica que amenazaba con acabar con su autoestima. Deseó poder adoptar la misma indiferencia que mostraba él, pero lo había intentado sin conseguirlo. Aunque lo odiaba, no podía evitar responder, aunque fuera interiormente, al puro magnetismo animal de Nikos. La hacía sentirse indefensa ante una sensación que ni entendía ni podía controlar.

—¿Tienes algo para mí? —preguntó Nikos rompiendo el silencio.

Ella temblaba cuando avanzó para colocarle en el escritorio el informe que había elaborado.

—La información que querías sobre LassiterBrunel —contestó Mia.

Nikos miró el abultado informe y luego otra vez a ella, con gesto sorprendido.

—Qué rápido —dijo acercándose el informe—. ¿Has pasado toda la noche despierta?

—Dijiste que lo querías para esta mañana —le recordó Mia.

Él volvió a bajar la vista y experimentó una punzada de culpabilidad mientras pasaba las hojas de información que ella había recopilado. Contaba con un departamento de expertos especializados en recuperar ese tipo de información, lo que convertía el trabajo que Mia había hecho en una completa pérdida de tiempo.

Entonces algo inusual le llamó la atención. Apartó un papel del resto y se reclinó en la silla para leerlo. Al darse cuenta de lo que era, Mia se puso tensa, dispuesta a escuchar que aquella información sacada de un artículo antiguo de

Internet sobre el comportamiento poco adecuado de Anton Brunel con el sexo opuesto no era lo que esperaba ver en un informe comercial.

Nikos alzó una de sus oscuras cejas.

—¿Crees que ésta es una información adecuada para incluir aquí?

—Ahí dice que pagó una gran suma de dinero para silenciar a una compañera de trabajo con la que... había salido —Mia no fue capaz de repetir las descriptivas palabras que se utilizaban en el artículo.

—Pone que le pagó para que no revelara información.

—Así es —Mia asintió para aceptar la corrección—. Pero como puedes ver, la mujer en cuestión lo había denunciado por acoso sexual, aunque luego retiró la denuncia. Si te fijas en el siguiente documento, verás que al seguirle la pista descubrí que ocho meses más tarde tuvo un hijo al que llamó Anthony.

-¿Y adónde quieres llegar?

Mia aspiró con fuerza el aire.

-Si un hombre es capaz de abusar de su posición de poder para seducir a una empleada y luego pagarle para que guarde silencio, entonces no es un hombre respetable.

—En tu opinión —señaló Nikos.

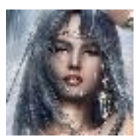
—En mi opinión —admitió ella.

—Y si la... aventura hubiera sido de mutuo acuerdo, ¿cambiarías de opinión? —quiso saber Nikos.

—Está casado y tiene hijos.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Mia se revolvió inquieta.



—El artículo afirma...

—Según ellos.

—Según ellos —repitió ella algo molesta—, la mujer estaba bastante angustiada cuando hizo la denuncia y tenía moratones en los brazos y en la cara. Hay fotografías —Mia señaló hacia el informe.

Nikos volvió a bajar la vista y miró las fotografías. Frunció los labios con desagrado y las apartó.

—En este artículo se dice que Brunel negó tener conocimiento de cómo se había hecho la mujer los hematomas. Asegura que le tendió una trampa.

—¿Con qué propósito haría algo así? —Mia lo miró con asombro.

—Para recibir la considerable suma de dinero que obtuvo después.

—¿Y qué hay del niño?

—Podría ser hijo de cualquier otro —respondió él encogiéndose de hombros con indiferencia.

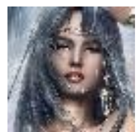
—Pero ésa es una manera muy cínica de ver la situación —se apresuró a decir ella—. No puedes saberlo con certeza, y...

—Y tú no puedes dar por hecho que la versión de Brunei no sea la verdadera —la atajó Nikos con lógica aplastante—. Sospecho que la verdad se sitúa en algún lugar en el medio de ambas versiones, pero como no se pudo demostrar nada supongo que nunca lo sabremos.

Dejó a un lado la hoja de papel y volvió a mirarla.

—Así que explícame otra vez por qué lo has incluido en tu informe.

Mia cambió el peso de un pie a otro. En realidad no quería responder a la pregunta.



—No me cae bien ese hombre —confesó finalmente.

Esa vez Nikos alzó las dos cejas.

—Pero sólo lo has visto una vez, el otro día en una comida.

-Tiene una... conducta que me incomoda.

Nikos se inclinó de pronto hacia delante. Su actitud reposada había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos.

—Explícate —le ordenó.

-Yo... no —ella notaba las mejillas ardiendo y bajó la vista.

-Más te vale hablar, Mia —le exigió con dureza—. Y ahora mismo.

—¿Por qué estás enfadado conmigo? —inquirió ella—. Me pediste que averiguara todo lo que pudiera sobre Lassiter-Brunel. Encontré estos artículos. ¿Habrías preferido que fingiera no haberlos visto?

Nikos se dio cuenta de que ella estaba tratando de desviar la cuestión. Entornó los ojos y recordó la comida de trabajo que habían compartido a principios de aquella semana con John Lassiter y Anton Brunel. Los dos hombres eran atractivos, arrogantes y seguros de sí mismos. No había nada de malo en aquellas características propias de triunfadores. Mia se había puesto un vestido de verano rojo muy sexy que le marcaba los voluptuosos senos. El minúsculo chal negro que se había colocado en los hombros no cubría nada importante, y llevaba el cabello retirado de la cara con una gran pinza roja. Parecía una flor exótica en un lugar lleno de trajes oscuros. Cada vez que ella dirigía la mirada hacia el otro lado de la mesa los dos hombres perdían el hilo de la conversación. Lápiz de labios rojo, recordó Nikos, el tono cálido de su acento italiano cuando reunía el valor para hablar... Algo que no deseaba sentir lo obligó a ponerse de pie con la agilidad de un gato.

—Quiero saber por qué has decidido que no te cae bien Anton Brunel —insistió—. ¿Dijo algo que te ofendiera? ¿Se sobrepasó de alguna manera?

Mia lamentó haber empezado aquello al incluir aquel artículo en el informe.

—No —aseguró revolviéndose, incómoda.

—¿Entonces? —le espetó Nikos.

—Nada.

Mia abrió mucho los ojos cuando él se acercó y se detuvo para cernirse sobre ella. Intimidada por su varonil presencia, dio un paso atrás.

—¿Qué... qué te pasa? —murmuró asustada.

—Responde a la pregunta —Nikos se acercó todavía más y la sujetó por los brazos para evitar que siguiera reculando.

Al sentir la presión de los dedos de Nikos, una oleada de calor recorrió a Mia, que se apresuró a tratar de borrar aquella sensación hablando a toda prisa.

—Dijo... dijo algo que me ofendió cuando ya nos íbamos y tú estabas hablando con John Lassiter.

—¿Qué dijo? Y mírame cuando me hables —le exigió Nikos molesto—. Me enfurece que me ocultes la mirada de ese modo.

Mia suspiró e hizo lo que le pedía. Entonces se encontró con un par de ojos oscuros en cuyas profundidades ardía una llama que no había visto nunca antes. Durante un instante olvidó de qué estaban hablando mientras absorbía aquel fascinante nuevo descubrimiento.

—Habla —le ordenó Nikos.

Mia parpadeó varias veces.



—Dijo… dijo que lo había estado mirando y luego hizo un comentario personal sobre tú y yo. Es culpa tuya, Nikos —continuó antes de que pudiera interrumpirla—. Me obligas a seguirte como un perrito faldero. Si me muevo, me miras. Si sonrío, me miras. Me tocas el pelo, el brazo, los dedos si los pongo encima de la mesa. Cuando vamos andando me pasas el brazo por la cintura. Mírate ahora —le espetó acaloradamente—. Me estas sujetando como si tuvieras algún derecho sobre mí. Ese hombre horrible ha malinterpretado las señales que envías y se ha atrevido a decirme que le gustaría disfrutar de un pedacito de lo que tú estás obteniendo de mí.

Nikos apartó los dedos de sus brazos como si se hubiera quemado. Mia estuvo a punto de perder el equilibrio sobre los tacones. La asombrada expresión de él hizo que soltara una risita.

—No eres consciente de lo que haces, ¿verdad? —dijo—. No sabías que haces las cosas que te he dicho. Pues bien, las haces, y por eso él ha dado por hecho que tenemos… algo íntimo —aquellas palabras salieron de su boca con dificultad—. Y… y me preguntó si me gustaría quedar con él una tarde que tú estés ocupado.

Nikos se quedó paralizado delante de ella. Turbada por lo que acababa de decirle, Mia trató de serenar su respiración. En las dos semanas que llevaba trabajando con él, Nikos la había tratado más como a su esclava que como a su asistente personal. La había llevado a todas las comidas de negocios que había tenido. La había sacado de la cama a horas intempestivas de la mañana para que lo acompañara también a desayunos de trabajo. Si hablaba, no le parecía bien; si sonreía tampoco. Si miraba lo que la rodeaba, le tocaba la mano para que volviera a mirarlo a él y fruncía el ceño como si ella hubiera cometido un pecado mortal. La acompañaba a su apartamento por las noches y la dejaba sola mientras él salía para hacer lo que hiciera con quien lo hiciera.

—Entonces nos olvidamos el acuerdo LassiterBrunel.



Mia se dio cuenta de que había rodeado su escritorio y se había vuelto a sentar en la silla.

—Encárgate de ello —ordenó dándole un empujoncito al informe, ya cerrado, sobre la superficie de la mesa.

-¿En-encargarme de qué? —preguntó Mia tartamudeando.

Nikos alzó la vista para mirarla. Volvía a ser el animal frío y controlado de siempre.

—Lo-lo siento —consiguió disculparse ella—, pero no entiendo.

-¿Tan mal manejo el idioma? —se burló Nikos.

-No. Es que... es que he perdido la concentración durante un instante.

Nikos se preguntó qué haría si le pidiera que utilizara aquel delicioso tartamudeo esa noche mientras yacía desnuda en la cama debajo de él.

Maldijo en silencio por el rumbo que había tomado su imaginación. Dos largas semanas y ella seguía allí volviéndole loco. ¿De verdad él hacía todas aquellas cosas que había dicho?

Su nueva asistente tal vez lo odiara, pero sentía un deseo por él que era demasiado inepta para mantener oculto, aunque también estaba convencido de que Mia no era consciente de lo transparente que se mostraba.

Y ésa era la razón por la que Anton Brunei había captado vibraciones sexuales en la mesa, pensó. Era culpa de Mia, no suya. Y en cuanto a los tocamientos de los que lo acusaba, sólo tenían lugar en su imaginativa cabeza. Ella le recordaba a una granada sexual a medio abrir. Era mitad mujer precoz mitad niña irritante, y tal vez lo excitara como ninguna otra mujer lo había hecho, pero no quería llevársela a la cama. Oscar nunca se lo perdonaría.

Nikos volvió a retomar la conversación.



—Llama a John Lassiter —dijo—. Dile que ya no estoy interesado en hacer negocios con ellos.

—¿Yo? —Mia se quedó boquiabierta—. Pero yo no quiero...

—Y tráeme un café —la interrumpió, y se inclinó hacia delante para recoger su bolígrafo.

Si aquello no la enseñaba a mantener a raya sus modos provocativos, entonces no lo conseguiría con nada. El acuerdo Lassiter-Brunel valía millones sobre el papel. A la austera Mia Bianchi Balfour le iba a espantar la idea de perder un negocio tan lucrativo.

—Y recuérdale a Fiona que saldré dos horas a comer.

—Pero Nikos, por favor... —murmuró Mia dolida—. No sé cómo hacer lo que me has pedido.

—¿El café? —preguntó él con una crueldad de la que disfrutó.

-¡Decirle a alguien que el acuerdo está roto!

—Entonces estás a punto de aprender algo nuevo —comentó Nikos sin asomo de remordimiento—. Y para que lo sepas, no apruebo las aventuras en el trabajo, las relaciones sentimentales, ni siquiera la amistad. Así que deja de provocarme con tu manera de vestir, tu modo de mirarme o la manera en que has colocado ese informe delante de mí con la esperanza de que leyera el artículo y te preguntara al respecto, y así poder contarme lo que Brunel piensa de nosotros. Ha sido irritante e infantil. No existe un «nosotros». El resto de lo que has dicho existe únicamente en tu cabeza. Y ahora tengo que hacer unas llamadas.

Avergonzada y humillada por su fría afirmación, Mia se dio la vuelta y cruzó el despacho con piernas temblorosas.

«Irritante e infantil».



-Lo odio —susurró Mia cuando estuvo al otro lado de la puerta.

—¿Decías algo? —Fiona alzó la vista de su trabajo y la miró.

Mia cruzó la estancia para dejarse caer en una silla delante de ella. Deseaba estar muerta o, al menos, muy lejos de aquel lugar.

—Hoy está de muy mal humor y lo odio.

-Igual que todas, cariño —respondió Fiona con acidez—. Nuestro guapísimo jefe es puro sexo andante, pero frío como el hielo. Es una pena.

Fiona se reclinó en la silla y sacudió la rubia cabeza de rizos al mirar el rostro pálido de Mia.

—Se te ha lanzado a la yugular, ¿verdad?

—No sé cómo puedes llevar tanto tiempo soportándolo.

-No me atrae —Fiona agitó la mano izquierda delante de Mia para mostrarle tres anillos brillantes—. Tengo a mi propio bruto sexy cada noche cuando vuelvo a casa, y él nunca se muestra frío.

—Quiere que cancele el acuerdo con LassiterBrunel.

Fiona se quedó paralizada.

—Así que se lo has contado.

Mia frunció los labios y asintió con la cabeza.

—No me creyó.

—Entonces ¿por qué quiere renunciar al acuerdo? —se preguntó la secretaria frunciendo el ceño.



—Para castigarme —respondió Mia—. Sabe que ignoro cómo hacer ese tipo de cosas y quiere darme una lección sobre las consecuencias de inventarse historias.

—¿Nikos Theakis está renunciando a un acuerdo lucrativo sólo para darte una lección? —Fiona se rió—. No me lo creo. Tiene que haber algo más.

Lo había, pensó Mia con angustia. Le había contado otras cosas de las que Nikos no quería ni oír hablar.

—Y hoy no me va a llevar a la comida.

Y aquel duro rechazo la estaba afectando tanto como lo demás. Era como si le cortaran la cuerda de salvamento que le hacía funcionar. Tal vez lo odiara, pero le gustaba estar cerca de él.

¿Por qué le habría dicho que siempre la estaba tocando, por qué no se había quedado calladita?

—Tal vez sea para bien —dijo Fiona con amabilidad.

Mia parpadeó con sus larguísimas pestañas y miró a su compañera. Al darse cuenta de que ésta la miraba con simpatía, se sonrojó.

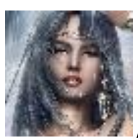
—Quiere café —apartó la vista, se puso de pie y se acercó a la máquina para preparar una bandeja—. ¿Te importa llevárselo? —suplicó a Fiona siguiendo un impulso—. No creo que pueda soportar volver a entrar allí ahora mismo.

—Claro.

Siempre relajada, siempre contenta, Fiona se acercó a buscar la bandeja y se detuvo un instante.

—Mia —le dijo con amabilidad—, acepta un consejo de alguien más sabio y mayor que tú: consíguete un hombre.

Ella alzó la vista y gimió.



—Oh, Dio. ¿Tanto se me nota?

La sonrisa de simpatía de Fiona lo decía todo.

—Cuando llegaste el primer día todo el mundo en la oficina estaba más que dispuesto a pensar mal de ti por ser quien eres y por cómo conseguiste este trabajo. Sólo te ha hecho falta una semana para ganarte la simpatía de todo el mundo. Eres muy trabajadora, amable y simpática, pero él no es bueno con las mujeres.

Mia empezaba a sentirse a disgusto con aquella conversación.

—Las utiliza, Mia —continuó Fiona—. No las respeta.

—Ellas también lo utilizan.

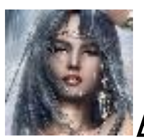
Había sentido la absurda necesidad de defender a Nikos Theakis, aunque éste no se lo mereciera.

—Sí —Fiona no podía rebatir aquel argumento—. Sobre todo la supermodelo Lucy Clayton, que recibió su regalo de despedida con un mensajero la semana pasada. Para la semana que viene ya habrá otra igual que ella ocupando su lugar. Así funciona él, así le gusta que sean las cosas —confesó Fiona—. Arriesga mucho en el mundo de los negocios. Es un genio financiero que todo el mundo admira y respeta, y es sincero y comprometido con las promesas que hace... en los negocios. Pero en cuanto a su vida personal...

Fiona sacudió la cabeza.

—Es un depredador inteligente, frío y terriblemente atractivo. No conecta el sexo con los sentimientos, si es que los tiene, algo que todavía no está claro. Así que acepta mi consejo y no sigas por ese camino. No sientas siquiera el deseo de hacerlo, porque si decide tomarte te estropeará para siempre. Así que búscate un hombre —repitió—. Y aléjate de él mientras todavía puedas.

—¿Dónde está mi café?



Tres

Ambas mujeres dieron un respingo y se giraron para mirar a Nikos Theakis, que estaba en el umbral de su despacho.

No había forma de saber si las había oído hablando de él, pero por primera vez desde que había empezado a trabajar allí, Mia vio dos círculos rosados en los inmaculados pómulos de Fiona y supo que ésta también se había sonrojado.

«Bien», pensó Nikos controlando su ira por segunda vez aquella mañana mientras cruzaba la estancia para tomar la bandeja de manos de su sonrojada secretaria. Luego regresó a su despacho sin decir una sola palabra.

«Búscate un hombre». Los labios de Nikos formaron una línea tirante cuando dejó la bandeja. ¿Por qué no se le había ocurrido a él ofrecerle a su asistente personal el mismo consejo?

La respuesta a aquella pregunta no era demasiado agradable, pero tal y como su secretaria le había dicho a Mia, él tampoco lo era.

Nikos se dejó caer sobre la silla y la giró para mirar hacia la ventana. Así que no respetaba a las mujeres... Un destello de irritación cruzó su rostro. Las respetaba, en caso contrario no se limitaría a estar con el tipo de mujeres a las que les gustaba jugar el mismo juego que él practicaba. No estaba buscando amor. No quería casarse, así que se mantenía alejado de las mujeres interesadas en cualquiera de las dos cosas. Y eso significaba respetarlas, decidió. Le habría gustado que Fiona lo viera así también.

Frunció el ceño, vagamente sorprendido al sentir una dosis de dolor en su interior. Era correcto con sus empleados, justo y generoso, como Fiona había señalado. Creía que contaba con su respeto. Su secretaria lo había sorprendido con la visión que tenía de él, y le molestaba que hubiera considerado necesario advertir a Mia. Nikos entornó los ojos ante el repentino malestar que le

provocaba la idea de que Mia se interesara por otro hombre. ¿Y si le daba por seguir el consejo de Fiona?

—Maldición —murmuró.

No le gustaba lo que estaba sucediendo a toda prisa en su interior. ¿Dónde estaba el tipo que se concentraba únicamente en el trabajo, el hombre que no se fijaba apenas en las mujeres a menos que estuvieran desnudas en su cama?

Tal vez se trataba de eso. Necesitaba una mujer, sexo. Una larga noche de pasión con una mujer que apreciara lo que podía ofrecerle sin esperar nada más. Él no era posesivo, ni siquiera era tan efusivo como Mia se había atrevido a sugerir. Si la había tocado como ella decía, habría sido con respeto y por educación. Mia había malinterpretado las señales.

***

Al principio John Lassiter sintió asombro ante la decisión de Nikos Theakis de cortar las negociaciones y luego se fue enfadando ante la incapacidad de Mia de ofrecer respuestas, como por ejemplo, por qué les estaban rechazando. Unos minutos más tarde, cuando por fin Mia logró colgar el teléfono y poner fin a aquella incómoda conversación, sonó el teléfono de Fiona. Anton Brunel exigía hablar con Nikos.

Fiona intercambió una mirada con Mia y le pasó la llamada a su jefe. Diez minutos más tarde, Nikos salió del despacho con su hermoso rostro cubierto por una máscara de desprecio. No dijo nada al cruzar la oficina, no les dirigió ni una mirada.

Al final Mia no pudo seguir soportándolo y salió a la cafetería que había doblando la esquina para comer algo. Se sentó en una de las mesitas para tratar de comer un sándwich, pero tenía la garganta cerrada y no pudo probar bocado. Un hombre del departamento de contabilidad entró en la cafetería. Al verla sentada sola pidió un sándwich y se reunió con ella en la mesa.



Tras un tímido comienzo por la inesperada compañía, Mia se sorprendió a sí misma charlando amigablemente, relajada y divirtiéndose. Regresaron juntos a la oficina y se entretuvieron unos minutos en el vestíbulo. Todo resultaba cálido, divertido y amigable.

Nikos entró en el lujoso vestíbulo de mármol gris y negro y vio a su asistente personal allí de pie hablando con uno de los miembros de su equipo de contabilidad.

La sorpresa hizo que se parara en seco. Tenía un aspecto joven y hermoso, relajado y vivo. Algo duro y cálido se apoderó de su pecho y le quedó allí prendido. Nikos abrió los labios para llamarla y volvió a cerrarlos al instante al recordar la acusación de «perro faldero». Siguió avanzando hacia los ascensores y se negó a volver a mirar a la animada pareja. Cuando llegó a la intimidad de su lujoso despacho se lanzó directamente a la ofensiva. Sacó el teléfono móvil y buscó en la agenda. Cinco minutos más tarde había concertado una cena esa noche con la hermosa y dispuesta Lois Mansell, y se sentía mucho mejor consigo mismo. Lois era justo lo que necesitaba. Era una alta ejecutiva bancaria acostumbrada a practicar el sexo por el sexo. Las morenas jóvenes, irritantes e ingenuas, con ardor italiano las venas y las palabras «territorio virgen» estampadas en la frente no eran lo suyo y nunca lo serían.

***

«Búscate un hombre». Mia consideró aquellas palabras mientras estaba sentada sola en su apartamento aquella misma noche, arreglando un traje de marca para que pareciera menos de moda y más de oficina, y así poder llevarlo al trabajo la semana siguiente.

Cuanto más pensaba en librarse de Nikos Theakis , más razonable le parecía. Él no quería tenerla cerca. Se lo había dejado muy claro.

«Irritante e infantil».



Mia dejó a un lado la costura, se puso de pie con un mueca tensa y se acercó inquieta a la ventana. Fuera estaba oscuro, las luces de Londres parpadeaban en la oscuridad. Era viernes por la noche y la mayoría de la gente de su edad estaría allí fuera divirtiéndose, en cambio ella estaba sola en su apartamento con el pelo recogido en una coleta, un par de vaqueros desteñidos, y una camiseta vieja y sin planes de ir a ninguna parte ni de que nadie la llamara para salir.

En aquel momento mataría por que un hombre llamara a su puerta o por estar arreglándose para salir.

Fiona tenía razón. Ya era hora de librarse de su encaprichamiento de Nikos Theakis. Había llegado el momento de dejar atrás a la tímida chica de pueblo y hacer buen uso de la oportunidad que su padre le había dado para crecer. Un hombre..., ¿cómo se atraía a un hombre? Desde luego no estando sola en su apartamento, eso seguro. ¿Podría conseguir si se empeñaba que el hombre con el que había almorzado ese día la invitara a salir? Su aislada vida en la Toscana no la había preparado para ser una joven independiente y sola en una gran ciudad. Había vivido toda su vida con su tía en una granja pequeña situada a cinco kilómetros del pueblo más cercano. Había asistido a una pequeña escuela de monjas para niñas en la ciudad más próxima, y tenía tan poco dinero que ni siquiera podía quedar con sus amigas los sábados para ir de compras con ellas.

En la adolescencia había contado con dos influencias importantes, una cariñosa tía mayor a la que adoraba y un hombre todavía más mayor que vivía con ellas alquilado y que tenía su propio mundo. Y lo peor de todo era que, por mucho que Oscar y sus hermanas hubieran tratado de sacarla de sí misma, por dentro seguía, siendo la misma chica tímida y aislada que se había criado en el campo.

Mia suspiró y se giró de nuevo hacia la habitación de anodinas paredes y moderno mobiliario, con su televisor encendido en una esquina para que le hiciera compañía.



Escaneo y Corrección-Consuelo

Iba a salir.

La decisión surgió de la nada. La golpeó como la fiebre y, antes de que se diera cuenta, se estaba dirigiendo al dormitorio. Cuando regresó al salón diez minutos más tarde llevaba puesto un vestido corto de seda, lila, con escote y delicadas mangas de encaje. Se puso encima una chaqueta negra mientras salía. La decisión de salir de allí y hacer algo le quemaba la sangre como si fuera fuego.

Agarró el bolso, salió del apartamento y cruzó el lujoso vestíbulo. Apretó el botón del ascensor.

Iba a buscar un restaurante y a comer fuera para variar. En Londres, mucha gente independiente cenaba sola, ¿por qué no iba a hacerlo ella?

«Qué valiente», se mofó para sus adentros sintiendo la tensión en su interior por la aventura en la que iba a embarcarse. Porque no era valiente, nunca lo había sido. Y si el ascensor no llegaba pronto iba a...

El sonido de una puerta abriéndose a su espalda la hizo girarse. Al instante sintió que sus nervios se transformaban en fuego al verse delante de Nikos.

No era justo que él hubiera escogido aquel momento para salir de su apartamento, pensó Mia mientras se lo quedaba mirando conmocionada.

Llevaba puesto un traje oscuro de noche que se ajustaba suavemente a su poderosa complexión. La pajarita de seda estaba perfectamente anudada sobre el cuello de la camisa de vestir. Y todavía tenía el pelo húmedo, como si se hubiera vestido rápidamente tras darse una ducha. Cada centímetro de su ser revelaba fuerza y personalidad. A Mia se le secó la boca y el corazón comenzó a latirle con fuerza mientras alzaba la vista para clavarla en su mandíbula recién afeitada y después en la sensual forma de su boca. Y finalmente llegó a los ojos. Nikos la estaba mirando como si aquel encuentro accidental lo hubiera desconcertado tanto como a ella. Mia se puso tensa y a la defensiva.



—¿Vas a salir? —Nikos fue el primero en hablar.

—Sí —consiguió decir ella, sin darse cuenta de que había apretado los puños por la tensión.

Nikos asintió y luego se giró para cerrar la puerta de su apartamento. Por suerte el ascensor llegó en aquel momento, dándole a Mia una buena razón para apartar los ojos de él. Aunque no sirvió de mucho, pensó unos segundos más tarde, cuando a través de los espejos del ascensor vio cómo Nikos cruzaba el vestíbulo y entraba con ella. El pequeño espacio se hizo al instante más pequeño todavía por la altura de Nikos y su poderosa presencia.

Los espejos le proporcionaban dos o tres perspectivas diferentes de él. Eran demasiados Nikos Theakis a los que enfrentarse en un espacio tan reducido. Mia volvió a contener el aliento cuando él se inclinó para apretar el botón que los llevaría a la planta baja. Su aroma sutil le asaltó las fosas nasales. Cuando le rozó el brazo con la manga de la chaqueta, ella dio un paso atrás. Nikos hizo lo mismo.

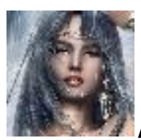
—¿Vas a algún sitio agradable? —preguntó él con naturalidad.

Con los ojos clavados en su propio reflejo, Mia asintió y vio cómo su cabello se agitaba sobre la chaqueta negra.

—A cenar —respondió viendo cómo sus labios se entreabrían para responder.

Cuando se miró los ojos no tuvo más remedio que reconocer la oscura incertidumbre que reflejaban ante su impulsiva decisión de salir sola. ¿Se había vuelto loca? ¿Qué sabía ella de cómo sobrevivir en aquella gran ciudad? Ni siquiera sabía si girar a la derecha o a la izquierda cuando pisara la calle. Por la izquierda se llegaba al centro, donde estaban los restaurantes, más elegantes. Si tomaba la derecha, llegaría a la calle donde se encontraban los cafés y los sitios de moda.

¿Derecha o izquierda? ¿Elegancia o moda?



—¿Y tú? —preguntó por educación.

—Lo mismo.

Mia alzó los ojos y deseó no haberlo hecho cuando se lo encontró mirándose en uno de los espejos para centrarse la pajarita, con la barbilla alzada y sus preciosos ojos, oscuros como la noche, enmarcados por las cejas negras. Sintió un escalofrío y volvió a apartar la vista rápidamente para mirar de nuevo a aquella desconocida que era ella, con el vestido lila y la chaqueta negra, mostrando mucha pierna y los tobillos elevados sobre unos tacones de cuatro centímetros.

Irritante e infantil.

¿Iría a encontrarse con el nuevo reemplazo de Lucy Clayton, como Fiona había predicho? ¿Sería alta, rubia, despampanante, inteligente y sofisticada? ¿Tendría pensado llevarla a su apartamento y hacerle el amor apasionadamente mientras ella estaba en la puerta de al lado?

—¿Dónde?

Mia alzó la barbilla mientras unos ligeros escalofríos de atracción se apoderaban de ella.

-Scusi? —murmuró.

-Te preguntaba adónde vas a ir a cenar.

-Oh, no lo sé —respondió ella antes de pararse a pensarlo.

Nikos alzó las cejas y Mia se sintió descubierta, pero por suerte su orgullo vino a rescatarla con lo que le pareció una mentira muy inspirada.

-He quedado con una persona —aseguró—. No sé adónde va a llevarme.

Por suerte el ascensor se detuvo entonces y se abrieron las puertas, dándole la oportunidad de escapar. Sus brillantes tacones negros repiquetearon sobre

el suelo de mármol crema mientras cruzaba el vestíbulo a toda prisa para salir de allí lo antes posible.

Nikos se las arregló para llegar a la puerta a tiempo para abrírsela y asintió brevemente con la cabeza cuando ella le dio las gracias en un murmullo.

Debía haber llovido. El suelo estaba cubierto de una brillante capa de humedad. Mia cruzó el aparcamiento privado para salir y se dio cuenta de que él se había dirigido al lugar donde estaba aparcado su brillante coche plateado.

Lo que no vio fue el modo en que Nikos se quedaba mirando cómo se detenía con actitud insegura cuando pisó la calle, como si no supiera qué camino tomar.

A cenar con un hombre...

Nikos sintió una punzada en el estómago.

¿Iba a reunirse con el hombre alto y rubio de contabilidad con el que la había visto a mediodía?

En caso afirmativo, aquel maldito estúpido necesitaba aprender modales. ¿Qué clase de hombre dejaba a una joven hermosa y forastera sola para encontrar el lugar de su cita?

Mia parecía perdida. Y una sensación extraña se estaba apoderando de él. Ella giró a la derecha y desapareció de su vista en cuestión de segundos. Nikos se quedó donde estaba unos segundos más y luego murmuró:

-Maldita sea.

Dejándose llevar por aquella extraña sensación, deslizó la mano en el bolsillo y cambió las llaves del coche por el teléfono móvil.

***

Diez minutos más tarde, Mia estaba parada delante de uno de los cafés. Fingía leer la carta que había en la ventana, pero en realidad estaba echando un

vistazo al abarrotado interior. El ímpetu que la había llevado hasta allí yacía ahora muerto a sus pies. No podía entrar. No entendía siquiera de dónde había sacado la absurda idea de que sería capaz de hacerlo. Y la noche era fría. La chaqueta negra no abrigaba nada y...

-¿Te han dejado plantada?

Escuchar aquella voz profunda, irónica y familiar a su espalda le provocó el repentino deseo de llorar. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por contener las lágrimas antes de alzar la barbilla y girarse para mirarlo.

Estaba de pie en la abarrotada acera, apoyado contra un costado de su flamante coche, con las manos en los bolsillos del pantalón. Alto, moreno y sofisticadamente sexy, no era de extrañar que la mayoría de las mujeres que pasaba por el hueco que había entre ellos se lo quedaran mirando, pensó Mia.

Si Nikos era consciente de aquellas miradas, no lo demostraba. No había apartado los ojos de ella. Su boca esbozaba una especie de sonrisa burlona que le dolió en el orgullo y le hizo desear que algún otro hombre alto, guapo y moreno se acercara a ella y la abrazara.

«Irritante e infantil».

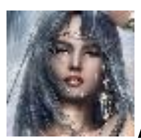
—No —contestó Mia a su pregunta—. Sólo se está retrasando unos minutos.

Con el estilo de un hombre acostumbrado a hacerlo todo con elegancia, Nikos bajó la cabeza, giró la muñeca sin sacar la mano del bolsillo y consultó su reloj.

—Este no es un sitio adecuado para que un hombre haga esperar a una mujer, en la acera, cara —dijo mirándola de nuevo.

-Bueno, pues es exactamente lo mismo que le estás haciendo tú a la mujer con la que tienes una cita —le espetó Mia.

—Yo las recojo en su puerta.



-Entonces, por favor, vete y hazlo —lo invitó ella, y se dio la vuelta para volver a mirar el cristal de la cafetería.

Pasaron los segundos. Mia estaba en estado de alerta para escuchar el sonido de su coche al arrancar. El espacio que la rodeaba se vio de pronto invadido por un grupo de gente que quería mirar también la carta. Cuando se marcharon, lamentó no haber tenido la agudeza de hacerlo con ellos. Porque Nikos seguía allí. Podía sentir su silenciosa presencia como una oscura fuerza que la presionaba para que se diera la vuelta y lo mirara. Tras unos segundos más lo escuchó suspirar y luego oyó el sonido de sus pasos acercándose. La tensión se apoderó de su espina dorsal como una descarga eléctrica. Al cabo de un segundo, estaba justo a su espalda. Sentía el calor de su cuerpo en la columna.

-¿Por qué no te vas? —le espetó Mia—. Estás haciéndome sentir como una estúpida.

—Me iré cuando llegue tu cita —aseguró él—. Por cierto, ¿quién es?

Con los ojos firmemente clavados en la ventana del café, Mia contestó:

—Eso no es asunto tuyo.

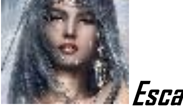
—¿No? —una mano se movió por su espalda como una sutil advertencia—. Soy la persona encargada de cuidarte, así que sí es asunto mío.

-No necesito niñera.

—Ni tampoco un hombre que tiene pensado llevarte a cenar a un lugar así. Es un sitio de pizzas, Mia, de comida rápida y barata.

¿Sería cierto? Mia se quedó mirando la carta sin saber a qué atenerse. Nunca había comido en un lugar así. De hecho, hasta que Nikos empezó a llevarla a sus comidas de trabajo nunca había comido en un restaurante.

—Estarás fuera otra vez antes de enterarte siquiera de que has comido —predijo él—. Y entonces ¿qué? ¿Pasaréis otra hora más en alguno de los pubs



DE LA CALLE PARA QUE TE ABLANDES CON UN PAR DE VASOS DE VINO BARATO, O QUERRÁ IR DIRECTAMENTE A TU CASA PARA TERMINAR LA VELADA EN LA CAMA?

—TÚ DEBERÍAS SABERLO, YA QUE ERES FAMOSO POR TU RAPIDEZ —MIA SE DIO LA VUELTA PARA MIRARLO Y SE LLEVÓ UNA ALEGRÍA AL VER QUE LA COMPARACIÓN DE SUS CITAS AMOROSAS CON UN RESTAURANTE DE COMIDA RÁPIDA LE HABÍA HECHO APRETAR LAS MANDÍBULAS.

—NO ES ESO LO QUE YO...

—GRAZIE POR TU SABIO CONSEJO —LO ATAJÓ MIA A MITAD DE FRASE—. CUANDO LLEGUE MI CITA ME ASEGURARÉ DE PREGUNTARLE CUÁLES SON SUS INTENCIONES.

-O SE LO PREGUNTARÉ YO.

—NO, NO LO HARÁS —RESPONDIÓ ELLA PRENDIÉNDOSE COMO UNA CHISPA.

—NO SÓLO LLEGA IMPERDONABLEMENTE TARDE, SINO QUE NO ESTÁ A LA ALTURA PARA SALIR CON, UNA BALFOUR.

SIN TERMINAR DE CREERSE QUE ESTUVIERAN TENIENDO SIQUIERA AQUELLA CONVERSACIÓN, MIA SE LO QUEDÓ MIRANDO FIJAMENTE.

-¿Y TÚ TE CREES CON DERECHO A HACER ESE JUICIO?

—EN NOMBRE DE TU PADRE, SÍ.

EN OTRAS PALABRAS, PARA NIKOS ELLA ERA UN DEBER QUE SE VEÍA OBLIGADO A SUPERVISAR.

—BUENO, NO ERES MI PADRE. Y EN CASO DE QUE LO HAYAS OLVIDADO, ME DIJISTE MUY CLARAMENTE QUE DEJARA DE MOLESTARTE, ASÍ QUE AHORA YO TE PIDO LO MISMO, NIKOS. VETE DE AQUÍ.

DICHO AQUELLO SE DIO LA VUELTA PARA BAJAR LA CALLE. LOS LARGOS DEDOS DE NIKOS SOBRE SU HOMBRO SE LO IMPIDIERON.



—Mia, esto es una estupidez —aseguró con un suspiro.

«Irritante e infantil». ¿Por qué aquel comentario seguía doliéndole tanto?, se preguntó Mia. No lo sabía. No entendía lo que estaba sintiendo ni lo que hacía.

—Por favor, suéltame —trató de apartarse de él.

—No —se negó Nikos apretándola con suavidad—. Mira, siento haberme mostrado insensible a tus sentimientos, pero eso no cambia el hecho de que tu cita te haya dejado plantada o que no le importe que tengas que estar esperándolo como una idiota.

—¿Es tu parte sensible la que habla ahora? —a punto de llorar, Mia se llevó una mano a la boca. Nikos maldijo en voz baja.

—Yo te llevaré a cenar —se ofreció de un modo tan forzado que Mia estuvo a punto de darle un bofetón.

Pero no lo hizo porque eso habría sido irritante e infantil.

—Puedo pagarme mi propia cena —dijo con tirantez—. Y tú tienes una cita.

—Tenía una cita hasta que... —Nikos se detuvo, apretó los labios y le lanzó una mirada fría— hasta que me dejaron plantado también —concluyó con sequedad.

—¿A ti?

Aquello era como descubrir una grieta en su impenetrable armadura. Mia estaba tan intrigada por aquel fenómeno que dejó de tratar de zafarse de él y lo miró fijamente.

—Nos pasa a los mejores —Nikos se metió a toda prisa en su falso papel—. ¿Por qué no buscamos un lugar más tranquilo que éste para lamentarnos mientras comemos?



«Como un cordero al matadero», se mofó interiormente, y sintió una punzada de remordimiento cuando su hermosa asistente personal le dirigió una mirada de simpatía.

Pero al menos el trato estaba hecho.

Cuatro

Veinte minutos más tarde les estaban mostrando una mesa en un restaurante elegante. El camarero la estaba ayudando a quitarse la chaqueta mientras Mia miraba a su alrededor.

Si ése era el tipo de local que Nikos frecuentaba, entonces estaba dispuesta a sentirse impresionada por su ambiente cálidamente iluminado.

—¿He estado aquí antes? —preguntó Mia.

—No que yo sepa.

Sorprendiéndole con una repentina sonrisa, ella le dijo:

—Si tú no me has traído aquí para alguna de tus comidas de negocios, entonces no he estado nunca. Estos sitios tienen todos un aire parecido ¿verdad?

—¿Tú crees? —Nikos miró a su alrededor, hacia la lujosa y premiada decoración—. Tal vez tengas razón.

—Seguramente tenga un aspecto distinto a la luz del día, cuando esté lleno de hombres de traje y mujeres con aspecto serio e inteligente en lugar de...

Mia dejó la frase sin terminar y se mordió el labio inferior con sus blancos dientes para no pronunciar la palabra potencialmente provocadora que iba a utilizar.

—Íntimo —Nikos no fue tan remilgado—. Eso es tener buen ojo para el negocio. Me refiero a los restaurantes, no a la gente —se explicó—. Cambian el ambiente en función del ambiente de la ciudad. De día proporcionan a los ejecutivos como

yo un lugar donde trabajar mientras comemos. De noche suavizan su apariencia con el fin de ofrecer una atmósfera más relajada a una clientela más sociable. Me encanta el vestido.

—Oh —sobresaltada por el repentino y completamente inesperado cumplido, Mia se sonrojó al mirar el vestido de seda lila—. Era de mi hermana Bella.

—¿Oscar no te ha proporcionado tu propio guardarropa?

Mia se encogió brevemente de hombros.

—Me lo ofreció, pero yo no veía necesidad de comprar más ropa cuando los armarios de la mansión Balfour están llenos de prendas que nadie quiere ponerse.

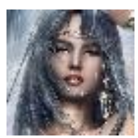
En aquel instante llegó un joven camarero para ofrecerles la carta. Mia le sonrió con calidez y cuando se dio cuenta de que era italiano se puso a charlar con él. Ocultando la mirada, Nikos observó el cambio en ella mientras hablaba. Su voz adoptó un tono cálido que él no le había escuchado con anterioridad. El joven camarero se enamoró mientras Nikos observaba. Mia no era en absoluto consciente del poder que tenía, ni tampoco se había dado cuenta de que al camarero se le habían oscurecido los ojos y se le habían subido los colores.

Nikos experimentó el repentino deseo de darle un puñetazo al joven. Tal vez se movió, no estaba seguro, pero algo hizo que el chico mirara hacia él. Al instante se marchó de allí a la velocidad de la luz murmurando una disculpa.

—Es de San Marcello —le contó Mia, como si su italiano no fuera lo suficientemente bueno para haber seguido toda la conversación y sin tener tampoco ni idea de por qué el camarero había salido huyendo como alma que lleva el diablo.

—Es un vecino entonces —murmuró Nikos.

—Sí, a una colina o dos.



Mia se reclinó en la silla, sacudió su sedosa mata de cabello y agarró la carta.

Al ver que Nikos seguía allí sentado sin decir nada, alzó la vista hacia él y frunció el ceño.

—De acuerdo, ¿qué he hecho esta vez para molestarte? —preguntó—. ¿He roto alguna regla importante de las cenas y me vas a castigar con un plato de comida fría?

—Al menos Brunel sí lo consideraría romper las reglas —respondió Nikos impasible.

—¿Brunel? ¿Qué tiene que ver él con...?

Entonces lo entendió. Mia miró al otro lado del restaurante, donde el amigable camarero estaba tratando de mirar hacia cualquier otro lado que no fuera su rincón.

—Me estás acusando de coquetear —murmuró con asombro.

Nikos agarró la carta y la abrió.

—Lo tenías encandilado. Durante unos interesantes segundos creí que iba a sentarse con nosotros.

—Sólo estábamos hablando de Italia —se defendió ella.

—Tengo la sensación de que estabais a punto de olvidaros de mí. Eso no es bueno para mi ego —Nikos sonrió—. Lección número uno para comportarse en sociedad, cara: concéntrate solamente en el hombre con el que estás cenando.

Mia no sabía si debía reírse ante la ridícula imagen que Nikos había planteado, pero él la distrajo diciendo:

—¿Qué quieres cenar?



Mia se concentró en la carta. Un camarero distinto se acercó a tomarles nota. Nikos utilizó un tono frío y distante que no animaba a dar conversación.

—Háblame —le pidió él bruscamente cuando volvieron a estar solos.

—¿De qué? —preguntó Mia alzando el rostro.

—De cualquier cosa... Del vino —Nikos señaló la copa.

Mia agarró obedientemente su copa de vino y dio un sorbo.

—Muy bueno —aseguró.

—¿Te lo parece?

-¿Se trata de otra lección social? —se atrevió a preguntarle ella.

-No —Nikos esbozó algo parecido a una sonrisa—. Es una simple petición para que amplíes la respuesta. Eres italiana, no puedo creer que lo único que digas del vino es que es bueno.

En otras palabras, le estaba pidiendo que fuera más interesante. De acuerdo. Mia decidió que podía intentarlo y se relajó.

-La tía Giulia y yo hacemos vino con nuestras propias uvas —aseguró—. En realidad se trata de una afición, pero nuestro vino sabe tan rico como éste tan caro —aseguró agitando su copa—. Recogemos y pisamos la uva al estilo tradicional, con las faldas levantadas, así... —hizo un gesto para dar mayor plasticidad a su relato. No era consciente de lo cautivado que tenía a su interlocutor—. Nos reímos mucho, se supone que eso es bueno para el sabor. Si es un buen año, nuestros vecinos vienen a intercambiar otros productos por botellas de nuestro vino. Mi tía tiene unas barricas de roble antiguas realmente maravillosas en la bodega.



Llegó el primer plato y Mia siguió hablando mientras daba pequeños bocados con el tenedor a un róbalo cocinado en una salsa deliciosa que no había probado nunca con anterioridad.

—Tu vida en la Toscana era muy distinta a la que llevas ahora —observó Nikos cuando ella se detuvo a tomar aliento.

Mia asintió y los ojos se le ensombrecieron cuando se inclinó hacia delante para tomar su copa.

—¿Tú echas de menos Grecia cuando estás lejos?

—No mucho —contestó Nikos—. Voy demasiado a Atenas como para echar de menos aquello. —Pero echarás en falta a la familia, entonces.

—No tengo familia.

El modo en que ocultó cuidadosamente la mirada hizo que Mia frunciera el ceño. Estaba prácticamente segura de que había tocado una fibra sensible.

—Cuéntame por qué tardaste tanto en ponerte en contacto con Oscar.

¡Con cuánta facilidad había vuelto a centrar la conversación en ella!

—Porque no sabía que tenía padre hasta este año. Cuando cumplí los veintiuno, para ser exactos.

Mia se dispuso a contarle cómo había descubierto la existencia de Oscar entre deliciosos bocados de comida. No se dio cuenta de que Nikos apenas había probado su plato y que no apartaba sus oscuros ojos de ella. No era consciente de que él no paraba de rellenarle la copa ni de que a ella la lengua se le iba soltando a medida que bebía. Cuando llegó el postre se sentía tan a gusto que incluso se inclinó por encima de la mesa para meter la cuchara en el postre sin probar de Nikos mientras le sonreía.

—Soy muy golosa.



—Entre otras cosas —murmuró él—. ¿Quieres café? —inquirió antes de que ella pudiera preguntarle a qué se refería.

—¿Y estropear el sabor del vino? No, grazie —se negó.

-Entonces, si has terminado, ¿te importa que nos vayamos?

—Oh...

Mía se puso tensa al darse cuenta de pronto de que no había parado de hablar durante toda la cena. No era de extrañar que Nikos tuviera aquella expresión sombría. Debía de haberse aburrido de su conversación.

—He perdido la cuenta del tiempo que llevamos aquí.

-El restaurante se ha vaciado —señaló Nikos con sequedad—. Somos los últimos.

Mia miró a su alrededor y parpadeó con asombro al ver las mesas vacías; trató de disimular su impaciencia.

-¿Por qué no me lo has advertido antes? —susurró avergonzada.

—Estabas disfrutando de la cena. No había necesidad de apurarse —Nikos dirigió una mirada en dirección al camarero, que al instante apareció a su lado—. La chaqueta de mi acompañante —le pidió teniéndole una tarjeta de crédito—. Tienes tiempo para terminarte el vino —le indicó con dulzura a Mia.

—No —aseguró ella poniéndose de pie—. Creo que ya he tomado demasiado.

Le ardían las mejillas.

Quería morirse allí mismo, desinflarse como un globo y desaparecer. Cuando llegó el camarero con su chaqueta, prácticamente se la arrancó de las manos. Tenía tantas ganas de salir de allí que cuando trató de ponérsela no acertaba a encontrar la manga.

—Permíteme.

Se quedó paralizada mientras él agarraba la prenda y se la sostenía abierta. A Mia se le enredó el cabello y aprovechó la circunstancia para mantener la cabeza agachada, de modo que nadie pudiera ver su sonrojo.

Una vez fuera, el aire frío de la noche la golpeó en la cara y se estremeció. Nikos le puso la mano en la parte baja de la espalda para acompañarla al coche. Se escuchó un pitido cuando abrió las puertas y la guió hasta su sitio.

El motor cobró vida. El coche arrancó como una pantera. Cuando Mia bajó la vista para ver cómo sus largos dedos cambiaban las marchas vio algo que le hizo contener al aliento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nikos, que era tan perspicaz que nada se le escapaba.

—Nada —Mia apartó los ojos de la insignia negra y dorada que había visto en el salpicadero y fingió no haberla visto.

Entonces, sin previo aviso, sintió arcadas.

-Me siento mal.

El silencio que siguió a su anuncio se mantuvo durante un segundo o dos. Luego el coche se detuvo. Nikos salió y lo rodeó para abrirle la puerta antes de que ella lo hiciera. Una vez en el frío de la noche, Mia comenzó a temblar con tanta fuerza que él se sintió obligado a pasarle el brazo alrededor de los temblorosos hombros, mientras ella luchaba contra unas náuseas que nada tenían que ver con el vino que había bebido.

Sin embargo, eso Nikos no lo sabía. Se estaba maldiciendo a sí mismo. No sabía a qué había estado jugando en el restaurante, rellenándole a Mia la copa de vino para hacerla salir de su caparazón. ¿Qué quería ganar con eso?



-Normalmente es mejor vomitar y pasar página en lugar de pelear contra ello —le advirtió mientras trataba de recordar cuándo había sido la última vez que había animado a una mujer a emborracharse.

No había habido una vez anterior. Nunca había caído tan bajo antes. Y no le gustaba. Mia le hacía pensar, hacer y desear cosas que no le gustaban.

—Estoy... estoy bien —haciendo un esfuerzo por recomponerse, Mia se apartó para mantenerse por sí sola.

-Lo siento —murmuró Nikos con un suspiro dejando caer el brazo.

¿Lo sentía? ¿Por qué?

—No debería haberte dejado beber tanto vino.

—Yo sé beber, Nikos Theakis —le espetó ella—.Soy italiana, me he criado bebiendo vino. Ha sido tu coche el que me ha mareado. No me gusta, iré a pie el resto del camino.

—¿Qué quieres decir con que mi coche te ha mareado? —Nikos la agarró del brazo cuando se puso en marcha, obligándola a detenerse.

Mia se estremeció.

—Es un coche fabricado por Mario Mattea.

—Una edición limitada —confirmó Nikos—. Sólo se han hecho veinte iguales. La mayoría de la gente...

—Uno por cada año que Mario Mattea estuvo casado con mi madre —susurró Mia.

Y luego apretó los labios porque la náusea amenazaba con volver.

No podía creer que no se hubiera fijado en la famosa insignia con anterioridad. Las dos elegantes emes doradas entrelazadas aparecían en un millón de



productos de lujo, y también en el buque insignia de Mario: sus coches de fórmula 1.

Mia miró el deportivo plateado y soltó una amarga carcajada. A Mario le habría encantado saber que uno de sus coches había estado a punto de atropellarla unos meses atrás.

Apartó la mano de Nikos y comenzó a caminar. Necesitaba apartarse de aquel coche lo más rápidamente posible. Las náuseas estaban subiéndole por la boca del estómago y se abrazó con fuerza las costillas. Había vivido veintiún años en Italia y nunca había visto un coche Mattea. Y nada más llegar a Inglaterra estaba a punto de ser arrollada por uno de ellos, sin saber la afrenta que eso habría supuesto.

—Explícate —Nikos se había puesto a su lado.

—Oscar se acostó con mi madre, Gabriella, la noche antes de casarse con Lillian —relató con voz tensa—. Ella regresó a Italia con su prometido, Mario Mattea, y a la larga se casó con él.

Nikos dejó escapar un suspiro de sorpresa.

—Así que tu madre es Gabriella Mattea...

—Ni te molestes en pensarlo —le soltó ella—. No la reconozco como mi madre. No tenemos contacto.

—Camina más despacio si no quieres cargarte esos ridículos tacones —le pidió con impaciencia agarrándola del brazo.

—Te has olvidado de tu coche —murmuró Mia con la esperanza de que pillara la indirecta y la dejara volver a casa sola.

—Y tú has vuelto a olvidar las normas de una cita —respondió Nikos con frialdad—. Yo acompaño a las mujeres hasta la puerta.

—No hemos tenido una cita —negó Mia—. Me has pescado en la calle.

—Se aplica la misma regla.

Sin soltarla, Nikos se centró en los coches que subían y bajaban por la calle. Divisó una brecha y le apretó con más fuerza el brazo.

—Vamos —dijo—. Crucemos mientras podamos. Mia se vio de pronto inmersa en el tráfico y miró instintivamente a ambos lados. Deslizó la mirada sobre el coche plateado que había quedado abandonado unos cien metros más allá y se estremeció antes de volver a apartar los ojos de él. Odiaba la afirmación de poder que representaba, el brillo de prepotencia del apellido Mattea. En Italia era sinónimo de vida mundana y riqueza incalculable..., algo parecido a lo que sucedía allí con el apellido Balfour, se dijo odiando de pronto todo.

—Me sorprende que la prensa de aquí no haya averiguado la identidad de tu madre —murmuró Nikos cuando estuvieron a salvo en la acera de enfrente.

—Oscar ha tenido mucho cuidado —confesó Mia—. Gabriella se apellidaba Bianchi cuando él... cuando la conoció.

Bianchi era el único apellido que Gabriella le había permitido tener a Mia. ¿Le importaba? No, se dijo. Ya era suficientemente malo que todo el mundo supiera que era el resultado de la sórdida aventura de una noche de su padre, Oscar Balfour, como para que además la relacionaran con Gabriella Mattea.

—Bianchi es un apellido muy común en Italia. Habían tomado la calle en la que estaba situado su edificio. Nikos volvió a reducir el paso.

—¿Por qué no te apellidas Mattea?

¿Es que no podía dejarla en paz?, se dijo Mia.

—¿A qué viene este repentino interés en mi sórdido pasado?

—La sordidez no es tuya, Mia, es de ellos —señaló Nikos.



Algo aplacada por su respuesta, ella dejó escapar un tenso suspiro.

—Cuando Gabriella descubrió que estaba embarazada trató de hacerme pasar por hija de Mario, pero le salió mal —se explicó—. Al parecer Mario no podía tercer hijos y, por supuesto, no quería que la hija de otro hombre apareciera en su vida, así que le dio un ultimátum. Se quedaba conmigo y lo perdía a él o renunciaba a mí y seguía con él. El resto ya lo conoces —concluyó apretándose con más fuerzas las costillas, como si tratara de contener sus sentimientos de amargura.

—La granja aislada en la Toscana —confirmó Nikos—, una tía que apenas ganaba para que comierais las dos mientras que tus millonarios padres llevaban una vida de lujo... Tiene todos los ingredientes de un drama costumbrista del siglo diecisiete sobre los secretos de dos casas reales.

Mia se detuvo y se giró para mirarlo.

—Conseguirías que un buen número de paparazzi te escuchara —le espetó con fiereza—. Y seguramente lo disfrutarías.

Los labios de Nikos se curvaron en una especie de sonrisa ante su creciente furia.

—¿Te parece divertida mi vida?

—Me parece que no tiene precio —Nikos sonrió abiertamente mostrando sus blancos dientes—. Igual que tú.

Mia se retiró el cabello hacia atrás y lo miró. Su rostro moreno era tan sumamente atractivo que...

—No quiero seguir hablando de esto —se dio la vuelta otra vez. Odiaba la cálida tensión sexual que sentía en su interior.

Volvió a ponerse en marcha y Nikos le siguió el paso.



—Si quieres saber mi opinión, Mia...

—No quiero —lo atajó ella.

—Deberías hablar de ello más a menudo —continuó él de todas formas—. ¡Y deja de hacer eso!

Nikos suspiró y le dio la vuelta para obligarla a mirarlo. Luego le apartó los brazos de las costillas y se los puso a los costados. Ella apretó los nudillos con fuerza. Nikos la observó con desesperación.

—El lenguaje corporal dice mucho —suspiró—. ¿No se te ha ocurrido pensar que si a ti no te importa de dónde vienes a nadie más le importará?

—¿Quieres decir que lo airee a los cuatro vientos?

—Eso sería mejor que guardártelo dentro con rencor. Despierta y huele la realidad, Mia. Deja de compadecerte a ti misma. Tienes un pasado turbulento. ¿Y qué? Sin él no estarías aquí en este momento.

¿Compadecerse a sí misma? Mia quiso decirle que no sabía lo que era ser como ella, pero eso sería compadecerse a sí misma, así que apretó los labios y no dijo nada. Se limitó a lanzarle una mirada furiosa. Los ojos de Nikos se veían casi negros en la oscuridad, iluminados por la luz dorada de la farola. Lo mismo sucedía con el color de la piel de aceituna que cubría la firme belleza de sus pómulos, la nariz, los contornos más oscuros de su sensual y suave boca.

Algo nuevo cargó la atmósfera. Comenzó con un leve batir de sus largas pestañas cuando deslizó la vista hacia la boca de Mia. Quería besarla. El corazón dejó de latirle y luego lo hizo a un ritmo más rápido, porque ella también lo deseaba... y mucho.

Nikos sabía que iba a hacerlo. Sabía que no podía contenerse. Era una criatura hermosa, cálida y deseable, con pasión en los ojos y en la boca. Deslizó los dedos por su cabello y le acarició la suavidad del largo cuello con una yema. El

azul de los ojos de Mia se convirtió en púrpura y entreabrió los labios. Nikos experimentó una creciente oleada de sangre caliente en los suyos. Mia se acercó todavía más. Sintiéndose como controlado por un imán, Nikos se mantuvo completamente quieto cuando ella le aproximó la boca más y más.

Entonces un coche pasó por delante de ellos haciendo sonar el claxon con fuerza y se separaron como dos resortes a los que hubieran accionado

Mareada por la tensión que había surgido en su interior, Mia dio unos cuantos pasos vacilantes hacia atrás al mismo tiempo que Nikos le soltaba el brazo. Se lo quedó mirando fijamente con una creciente sensación de confusión que al instante se convirtió en horror al darse cuenta de que había estado a punto de besarlo.

Se dio la vuelta temblando, necesitaba escapar de lo que había estado a punto de hacer. El aparcamiento del edificio estaba a sólo unos metros. Estaba tan nerviosa por marcar el código de seguridad, para poder entrar antes de que Nikos llegara a las puertas, que marcó los números mal y tuvo que cancelar la operación para empezar de nuevo. El brazo de Nikos apareció por encima de su hombro para hacerlo por ella.

La puerta se abrió. Entraron en el portal. Ninguno de los dos dijo ni una palabra mientras el ascensor los conducía al último piso. Negándose a mirar en los espejos, Mia clavó la vista en el suelo de mármol. Sin embargo, podía sentir la presencia de Nikos como una potente fuente de energía que le dificultaba incluso la respiración.

En cuanto las puertas se abrieron salió a toda prisa para escapar.

—Espera un momento, Mia —su voz tranquila hizo que ella se detuviera en medio del recibidor—. Olvidas algo.

Con los estrechos hombros rígidos por la tensión, ella no quería darse la vuelta, pero el orgullo la obligó a hacerlo. Nikos estaba cerca del ascensor

con una actitud que quería aparentar pasividad. A pesar de su nula experiencia, Mia era capaz de detectar el impulso sexual que latía dentro de él.

Ella sentía mariposas en el estómago. Sin ser consciente de lo que estaba haciendo, entrecruzó los dedos delante en actitud defensiva.

-¿Qué? —preguntó sin atreverse a mirarlo a la cara.

Nikos se preguntó cómo reaccionaría si le proponía terminar lo que habían empezado en la calle. Estaba tan guapa allí de pie, tratando de no demostrar su tristeza. Y su ingenuidad lo destrozaba. Le daban ganas de...

¿De qué?

El deseo de esa mujer era un potente afrodisíaco, pensó. Una mirada robada, la tentadora idea de aquellos dedos ansiosos tocando su cuerpo, la sensual promesa que sus labios abiertos le habían ofrecido en el aparcamiento... Lo único que hacía falta era relajar el control y la chispa saltaría. Así los dos podrían encontrar algo de alivio.

Avergonzar a Oscar fue lo que impidió que siguiera adelante.

—Tus modales —respondió Nikos finalmente—. Lo normal es darle las gracias al tipo que te ha invitado a cenar.

Fue como si le hubiera cortado el cuello. Tan frío, tan irónico. Mia cerró los ojos para soportar el modo en que la estaba tratando.

-Muchas gracias por una velada tan agradable, signore —dijo con rigidez.

-Ha sido un placer, signorina —contestó él. Y ni siquiera Nikos, con todo su dominio de sí mismo, fue capaz de contener la mueca que se apoderó de su boca.

Le pareció atisbar algo de la arrogancia de Oscar en el modo en que ella asintió con la cabeza antes de darse la vuelta sobre sus ridículamente altos tacones. Tenía la barbilla levantada, los hombros hacia atrás y el cabello le caía en un

mar de ondas negras sobre la rígida espalda. Su cuerpo no mostró ni el más mínimo temblor mientras se acercaba a la puerta de su apartamento, marcaba su número de seguridad y entraba.

La puerta se cerró tras ella con un movimiento controlado. Como si ésa fuera la señal de que podía bajar la guardia, Nikos apoyó los hombros contra la pared que tenía detrás y cerró los ojos.

Mia Bianchi se estaba convirtiendo rápidamente en una adicción en la que no quería caer. Una adicción de ésas a las que uno se entregaba sólo cuando se quería perder el control por completo.

Necesitaba una mujer, se dijo Nikos. No debería haber renunciado a la que iba a ver aquella noche para perseguir a otra a la que no podía tener.

Se apartó de la pared, abrió los ojos y dirigió una última mirada hacia la puerta cerrada. Luego volvió al ascensor y apretó el botón que lo llevaría de vuelta al piso de abajo.

Mia observó desde la ventana de su dormitorio cómo Nikos cruzaba el aparcamiento a grandes zancadas. Había cumplido con su deber, pensó con tristeza. Había devuelto sana y salva a su casa a su incómoda responsabilidad y ahora volvía a salir para recuperar su vida. Tenía el teléfono móvil pegado a la oreja.

¿Una mujer?

Por supuesto que una mujer, se dijo Mia y tiró de la correa de la persiana para no tener que seguir viéndolo.

Cinco

El sonido del móvil sacó a Mia de las oscuras profundidades del sueño en el que había caído finalmente tras pasarse media noche dando vueltas sin poder dormir.

Estiró el brazo hasta la mesilla de noche para agarrar el aparato y se lo llevó a la oreja por debajo del edredón.

—Ciao.

—Soy Nikos —dijo él con su habitual impaciencia—. Tengo que ir a Hampshire y tú vienes conmigo.

Mia se incorporó de un salto y abrió mucho los adormilados ojos.

—¿Hampshire? —repitió—. ¿Qué... qué hay en Hampshire?

—Trabajo —fue la irónica respuesta—. Uno en el que hay que socializar.

Mia se apartó los rizos de ébano de la cara mientras trataba de sacudirse el sueño.

—Pero es sábado —le recordó—. Se supone que tengo que ir a ver a...

—No recuerdo haberte dicho que tendrías los fines de semana libres cuando viniste a trabajar conmigo —la interrumpió Nikos—. Así que cancela lo que tuvieras programado. Tengo que salir durante unas horas pero cuando regrese quiero que estés lista. Necesitarás un vestido. Algo formal.

-Formal —repitió Mia, asombrada por el modo en que él había descartado sus planes—. ¿Cómo de formal?

-Formal como Bella en la alfombra roja —afirmó él con sequedad refiriéndose a su bellísima y sofisticada hermanastra—. ¿Tienes algo que ponerte?

Mia se acercó al extremo de la cama y se puso de pie.

—Creo que sí —murmuró pensando en la ropa que había en el armario de la otra habitación—. Pero Nikos, no se me da muy bien ese tipo de eventos sociales —reconoció nerviosa—. No creo que...



—Esto es idea de Oscar, no mía —la informó con la frialdad con la que un asesino le clavaría un cuchillo en el pecho—. Quiere que estés allí para representar a la familia porque nadie más puede asistir. ¿Quieres llamarlo y decirle que no puedes asumir semejante responsabilidad?

-No —Mia se rindió al instante—. Iré.

—Bien —aprobó Nikos—. Prepara una bolsa de viaje porque vamos a quedarnos a pasar la noche. Te veré a la una.

Colgó antes de que ella encontrara las neuronas necesarias para hacer alguna pregunta. Se dejó caer sobre la cama y su aturdido cerebro hizo una lista: Hampshire, un vestido elegante de noche, una bolsa de viaje. Preparada a la una en punto...

Entonces sucumbió al pánico y llamó por teléfono a su hermanastra Sophie.

—¿Qué va a pasar esta noche en Hampshire? —preguntó agobiada.

—¿En Hampshire? —repitió Sophie Balfour—. Oh, Dios mío...

—¿Qué significa eso? —inquirió Mia, que ya sentía un escalofrío de alarma en la espina dorsal.

—¿Va a llevarte Nikos?

—Sí.

—Entonces ármate de valor antes de ir, cariño —la aconsejó su hermanastra—. Si pensabas que asistir al baile benéfico de Balfour era duro, entonces vas a sufrir un infarto, porque lo de Hampshire es peor.

—Peor —susurró Mia tratando de comprender el significado de la palabra—. Tendrás que explicarme qué significa eso —suplicó.

—¿Has oído hablar de los hermanos D'Lassio?



Escaneo y Corrección-Consuelo

—No —Mia frunció el ceño—. ¿Tendría que conocerlos?

—¿Qué clase de italiana eres tú que nunca has oído hablar de los dos potentados más sexys de Italia? —Sophie parecía asombrada—. Santino D'Lassio está casado con la bellísima Nina Francis y trabaja en Londres. Alessandro D'Lassio está soltero, es impresionante y trabaja en Milán. Cada año celebran unas fiestas benéficas que ensombrecen a todas las demás. Una de ellas tiene lugar en su fabulosa mansión de la campiña de Hampshire y la otra en una magnífica villa situada a orillas del lago de Como. Los dos eventos estarán conectados por satélite. Habrá cadenas de televisión y periodistas a mansalva. Asistirán estrellas del pop, miembros de la realeza, los más ricos y los más famosos. Te va a gustar tanto como un disparo en la cabeza —vaticinó Sophie—. Y apuesto a que Lois Mansell se ha ofendido porque Nikos va a llevarte a ti en lugar de a ella.

Mia se puso tensa, como si alguien le hubiera deslizado un trozo de hielo por la espina dorsal.

—¿Quién... quién es Lois Mansell?

—Échale un vistazo al periódico de hoy —le aconsejó su hermanastra—. Es la rubia despampanante a la que han fotografiado abrazada a Nikos cuando salían juntos anoche de una discoteca.

***

A la una en punto, Mia se presentó en el vestíbulo oval del piso superior con su bolsa de viaje, según le habían dicho, y el vestido que había decidido llevar aquella noche colgado sobre el brazo en un envoltorio de seda. Llevaba puestos unos vaqueros de marca, camiseta negra de diseño ajustada y zapatos negros de tacón altísimo. Se había recogido el pelo en la nuca con una pinza grande y brillante y llevaba poco maquillaje.



El estricto y frío control de sus emociones era la clave de que estuviera allí. Había estado a punto de utilizar la excusa de un catarro hasta justo el momento de salir por la puerta de su apartamento.

La puerta del de Nikos se abrió y a ella le dio un vuelco al corazón cuando lo vio salir. Iba vestido más informalmente de lo habitual, con pantalones claros, camisa azul pálido de cuadritos y jersey de cuello pico en tono gris. Guapo, moreno y elegante, pensó Mia, y tuvo que contener una mueca amarga cuando en su mente se dibujó otra imagen de él vestido con traje negro y saliendo de una famosa discoteca con una rubia colgando del brazo.

Sus miradas se cruzaron durante un segundo. Mia sintió tal nudo en la garganta que se vio obligada a tragar saliva, pero no encontró alivio al hacerlo. Se saludaron con un murmullo y fue ella la que rompió el contacto visual bajando las pestañas.

—Deja que te lleve la bolsa.

Cuando él se inclinó para recoger la bolsa que tenía a los pies, Mia se quedó mirando su coronilla, donde el cabello negro formaba unos remolinos.

Sin duda, Lois Mansell habría hundido los dedos en ese remolino la noche anterior, pensó Mia atormentándose con la imagen.

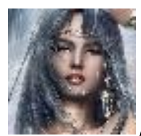
-¿Quieres que te lleve también el vestido?

-No, gracias —consiguió decir de una manera educada.

El ascensor llegó y, decidida a mantener una distancia profesional aunque muriera en el intento, Mia entró en él y se mantuvo con la cabeza baja para no tener que mirarlo mientras descendían.

La imagen que había publicado el periódico llevaba el pie de foto siguiente:

¿Es ésta la rubia por la que el multimillonario griego Nikos Theakis ha reemplazado a Lucy Clayton?



El artículo hablaba de su debilidad por las rubias de piernas largas, para las que exigía poco requisitos. Mia ya sabía todo lo que tenía que saber. Por fin se había dado cuenta de que había llegado el momento de superar a Nikos, y si eso implicaba no mirarlo, entonces no lo miraría.

—¿Ocurre algo? —preguntó él con voz grave.

—Nada —contestó Mia.

—Si estás preocupada por lo de anoche…

—No estoy preocupada por nada —salió del ascensor antes de que él pudiera decirle nada más.

Cuando Nikos se le adelantó para abrirle la puerta, se dio cuenta de que él no llevaba bolsa de viaje. Mia dio por hecho que ya la habría dejado en el maletero y pasó por delante de él para salir a la brillante luz del día… Se quedó paralizada cuando vio un reluciente deportivo rojo en la puerta, en lugar del Mattea plateado.

Su actitud fría se vino un poco abajo.

—Has… has cambiado de coche.

—Prefiero no someter a mis pasajeros a una tortura mental —contestó Nikos con sarcasmo.

Cuando ella se acercó a la puerta que él le estaba sosteniendo captó el brillo de sus ojos, que le indicaban que estaba esperando a que le diera algún tipo de respuesta positiva, ya que se había tomado tantas molestias exclusivamente por ella.

Al ver que no decía nada, Nikos torció el gesto.

—Puedes darme las gracias más tarde —murmuró—, cuando cambies la cara porque he estropeado tus planes de hoy.



Mia tardó un instante en darse cuenta de que se estaba refiriendo a sus planes con Sophie. Tenían pensado ir de compras y al cine, pero Nikos no le había dado la oportunidad de decírselo durante la llamada telefónica de aquella mañana. Abrió la boca para contárselo, pero volvió a cerrarla de golpe. Que pensara lo que quisiera. Lo que ella hiciera en su tiempo libre no era asunto suyo. Y viceversa.

—Ponte el cinturón de seguridad —le pidió Nikos mientras tomaba asiento a su lado.

Mia se dio cuenta de que el tono amable de su voz había desaparecido.

Unos minutos más tarde avanzaban a lo largo del río en dirección a Battersea. Mia trató de no fijarse en cómo controlaba su coche nuevo, como si llevara años conduciéndolo. Lo había visto en demasiadas ocasiones en el trabajo como para no sentirse impresionada por el modo en que podía controlar la mayoría de las situaciones con un facilidad tan pasmosa que ni siquiera los que estaban a su alrededor lo percibían.

Sin duda era arrogante a veces y un poco mandón cuando pensaba que debía serlo. Incisivo y decidido, estaba acostumbrado a tener siempre razón, así que ¿por qué no iba a esperar que los demás hicieran lo que él decía?

Tras tratar de iniciar varias conversaciones a las que Mia respondió con monosílabos, Nikos dejó escapar un suspiro.

-Cambia ese gesto frío, Mia —dijo—, o doy ahora mismo la vuelta y te llevo de regreso a casa. Mia se estiró en el asiento.

-No estoy poniendo ningún gesto.

Nikos se detuvo en un semáforo en rojo y se giró para mirarla. Sus profundos ojos oscuros brillaron.

-Me recuerdas a una gata salvaje que tuve de niño y de la que trataba de hacerme amigo. Se mostraba dulce y coqueta y se frotaba contra mi pierna... y sin avisar, me clavaba las uñas en el cuello.

-¡Yo nunca me he frotado contra ti! —exclamó Mia. Entonces se sonrojó al recordar cómo se había acercado a él la noche anterior—. Ni tampoco te he clavado las garras —añadió para disimular—. Y si yo te recuerdo a tu gata salvaje, tú me recuerdas a nuestro burro —le espetó.

-¿A quién? —preguntó él.

—A Tulio, nuestro burro —se explicó Mia—. Está tan tranquilo y relajado... y de pronto, se comporta como si no fuera del mismo planeta que los demás.

-¿Me estás acusando de tener cambios de humor? —quiso saber Nikos.

Ella clavó la vista en las luces del semáforo.

—No puedo predecir cómo me vas a hablar de un minuto al otro. Con Tulio sucede lo mismo. Aunque no habla. Sólo me mira como diciendo que ya no quiere ser amable conmigo, y no lo es —Mia añadió un encogimiento de hombros a la explicación—. El semáforo está verde —señaló.

-Un burro —murmuró Nikos girando el coche a la derecha antes de acelerar—. Grazie, cara —dijo con sarcasmo mientras guiaba el vehículo hacia un pequeño aparcamiento de la orilla del río.

Luego apagó el motor y salió.

Mia sonrió complacida para sus adentros cuando lo vio rodear el coche. Así que lo había insultado y le había estropeado el día. Bien, pensó, porque él le había arruinado el suyo con sus actividades nocturnas reflejadas en los periódicos. ¿Tenía derecho a estar enfadada por eso?

No le importaba si tenía derecho o no: lo estaba.



Lo odiaba. Esperaba que Lois Mansell fuera la peor amante que se hubiera llevado a la cama en su vida. Y no estaba celosa, se dijo enfadada. Estaba...

Nikos le abrió la puerta con más fuerza de la que necesitaba aquella bella pieza de ingeniería. Mia se movió con cuidado sobre sus zapatos de tacón. La impaciencia de Nikos quedó reflejada en el modo en que le agarró con fuerza el brazo para ayudarla a salir. Aterrizó con más impulso del que era necesario y casi se cae encima de él. Mia alzó la vista.

Sus miradas se cruzaron. La de Nikos estaba algo entornada y echaba chispas, haciéndole ver que debía tener cuidado con lo que hacía o decía a continuación. Los ojos de ella brillaban en azul desafío, retándolo a hacer alguno de sus comentarios.

Nikos optó por un tipo de ataque diferente. Relajó las comisuras de la boca, le pasó la mano por la nuca desnuda e inclinó la cabeza para capturar su boca con un beso duro y arrebatado.

El asombro se apoderó de Mia. Era algo tan inesperado y tan asombrosamente íntimo que no fue capaz de hacer otra cosa que permitir que explorara los contornos de su boca con una fluidez sexual que la dejó paralizada en el sitio.

Completamente noqueada, se tambaleó cuando Nikos levantó por fin la cabeza. Temblorosa y sin aliento, incapaz de concentrarse en nada, se limitó a quedárselo mirando con ojos nublados.

—Un cambio de humor, cara —ronroneó como si estuviera hablándole a su gata salvaje—. Confío sinceramente en que Tulio no sea tan osado.

Mia contuvo el aliento ante aquel comentario. Como si supiera que merecía su reacción, Nikos asintió con su oscura cabeza, la soltó y luego se giró bruscamente para mirar al joven que se había acercado a ellos sin que se dieran cuenta.



—Saca las bolsas del maletero, dáselas a mi piloto y luego llévate el coche de regreso —le ordenó lanzándole las llaves.

Demasiado impresionada todavía para procesar lo del piloto, Mia miró a la persona con la que Nikos estaba hablando y vio que era el hombre de contabilidad con el que ella había comido el día anterior. También vio que sus ojos reflejaban puro asombro.

Mia notó el rostro sonrojado como una llama. Estaban a plena luz del día y Nikos Theakis la había besado en la boca delante de un miembro de su equipo.

-Tú... ¡lo has hecho a propósito! —susurró temblando.

Nikos la tomó de la mano y se apartó del coche.

—Necesitaba que lo pusieran en su sitio en lo que a ti se refiere.

-¿En lo que a mí se refiere? —jadeó Mia—. No entiendo qué quieres decir —aseguró apretando el paso para poder seguirlo.

—Anoche te dejó plantada.

—¡No!

—Sí —insistió Nikos—. Y acabo de dejarle claro lo que pienso.

¿Podrías explicarme de qué estás hablando?

Nikos tiró de la mano que tenía sujeta y se detuvo frente a una entrada de vidrio. A Mia le ardían los cálidos y mortificados labios y se sentía paralizada, pero consiguió alzar la vista para mirarlo.

Nikos hizo lo mismo, con la frialdad y la arrogancia habituales en él.

—Te vi hablando ayer con él en el vestíbulo de la oficina —reconoció—. Cuando se recupere de la sorpresa y capte el mensaje que acabo de darle entenderá que estás fuera de su alcance si quiere conservar su puesto de trabajo.



Mia se quedó estupefacta y fue incapaz de pronunciar una sola palabra. Giró la cabeza para mirar hacia el deportivo rojo donde sin duda el empleado de contabilidad seguiría anonadado.

Se estremeció.

—Tú... tú me has tendido una trampa para besarme delante de él —susurró Mia entendiendo por qué aquel empleado en particular había sido escogido para ocuparse de su coche.

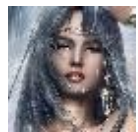
—No, fue Tulio. Hasta que Tulio hizo aparición, pensé que bastaría con que ese contable viera que ibas a pasar el fin de semana conmigo para que dejara de pensar en intentar algo. Tu burro subió la apuesta.

Poniéndola otra vez en movimiento, abrió la puerta de cristal y entraron en el edificio. Nikos la mantuvo pegada a su lado mientras hablaba con la recepcionista del mostrador. Mia ardía de furia y deseaba negar lo que Nikos había dado por hecho, pero sabía que no podía hacerlo sin revelar la verdadera razón por la que había salido la noche anterior, y nada haría que admitiera la verdad ante él.

Así que se quedó bullendo de rabia a su lado, con los ojos al nivel de los anchos hombros de Nikos, y no empezó a darse cuenta de lo que la rodeaba hasta que fijó la atención en una ventana y vio el helicóptero que brillaba bajo la luz del sol en lo que parecía ser un espigón del Támesis.

Clavó la uñas en la palma de Nikos. Nunca había viajado en helicóptero y no estaba muy segura de querer hacerlo.

Nikos trató de no estremecerse cuando sintió sus uñas clavadas en la piel mientras firmaba los documentos necesarios y se sintió vivo por primera vez desde hacía dos largas semanas. Un fuego ardía en su interior. No sabía cómo se las había arreglado Mia para conseguirlo, pero si estuviera en medio del bosque se habría puesto a aullar como un lobo en celo.



Se lo había advertido a Oscar. Se lo había advertido a Mia. Incluso a sí mismo. Pero había bastado un burro llamado Tulio para que su instinto natural de cazador se liberara de las restricciones que él mismo le había impuesto. Se giró de nuevo hacia las puertas de cristal y volvió a sacar a su prisionera fuera. El deportivo rojo no se veía ya por ninguna parte. Sonrió al pensar en cómo estaría disfrutando su joven conductor, el premio de consolación para aquel estúpido. Nikos se dirigió hacia el espigón en el que los esperaba el helicóptero.

Mia se vio obligada a aceptar su ayuda para subir la escalerilla hasta el lujoso interior de piel. Él mostraba la impaciencia de un hombre que se creía con derecho a manejarla.

Ella escogió un asiento al otro lado de la cabina y se sentó. Se negó a mirar a Nikos cuando éste se acomodó en el asiento más alejado del suyo. El hacha de guerra estaba desenterrada.

La puerta se cerró. Las hélices empezaron a moverse. Las mariposas que revoloteaban en su estómago se convirtieron en punzadas de ansiedad cuando sintió cómo el aparato despegaba del suelo. El corazón le latía con alarmante fuerza mientras miraba fijamente el río, que parecía una cinta de plata brillando bajo el sol.

Nikos no habló. Ella tampoco, pero podía sentir la tensión entre ambos.

Le quemaban tanto los labios tras el apasionado beso que decidió refrescarlos con la punta de la lengua. Su boca cobró de pronto vida con el sabor de Nikos. Sorprendida de que un beso pudiera dejar un poso tan íntimo, colocó la lengua contra la parte de atrás de los dientes y se negó a volver a moverla.

—¿Quieres beber algo?

Ella se obligó a mirarlo y sintió un extraño peso en el pecho. Nikos parecía otra vez distinto... y peligroso. Su postura reclinada, en el extremo del lujoso asiento de cuero, con las largas piernas extendidas, parecía fría y arrogante,



pero de sus ojos entornados emanaban un brillo que advertía de un nuevo cambio de humor.

Pasión y deseo, pensó Mia, sin saber cómo había reconocido ambas cosas. Deslizó la mirada hacia su boca sensual. ¿Podría seguir saboreándola, como le pasaba a ella? Sacudió la cabeza y miró hacia el horizonte. La ciudad había empezado a empequeñecerse y la tierra se iba convirtiendo lentamente en miles de tonos verdes mientras sobrevolaban la campiña.

Al otro lado de la cabina, Nikos hablaba por teléfono. Poco rato después empezaron a descender. Mia vio varios tejados de pizarra que formaban una enorme casa de campo, en el centro de unos cuidados jardines que desembocaban en un lago.

Cuando aterrizaron sobre la hierba, a escasa distancia de los muros pintados de beis de la casa, Mia dio por hecho que se trataba de un hotel. Se dio cuenta de su error cuando Nikos se abrió camino hasta la puerta delantera y lo escuchó saludar a un hombre bien vestido de poblado cabello gris, antes de acercarse a una mesita y empezar a mirar la pila de cartas que había encima.

—Esto es una casa —murmuró ella mirando a su alrededor.

—¿Qué creías que era? —quiso saber Nikos.

—Un hotel.

Él sonrió.

—Ésta es mi casa... o al menos la que utilizo los fines de semana si estoy en Inglaterra.

—Sophie no lo mencionó.

—¿Por qué habría de hacerlo?



Mia dirigió la vista hacia la pesada escalera de roble que ocupaba el centro del vestíbulo.

—Por nada —dijo.

Sin embargo, Sophie siempre parecía al tanto de todo, así que el hecho de que no supiera que Nikos tenía una casa de campo en Hampshire le resultó extraño.

-¿Cuántas casas tienes? —preguntó con curiosidad.

—Seguramente demasiadas —se mofó él—. No me gustan los hoteles —se explicó—, prefiero tener mi propio espacio.

Había algo en el modo en que lo dijo que hizo que Mia frunciera el ceño y observara su rostro. No descubrió nada en él, parecía estar completamente relajado. Y sin embargo...

Alguien entró entonces por la puerta de entrada y Mia se dio la vuelta. Era el hombre al que Nikos había saludado a su llegada, que llevaba su bolsa de viaje y el vestido.

-Éste es Lukas —Nikos hizo las presentaciones—. Él es quien lleva la casa. Si necesitas cualquier cosa mientras estés aquí, Lukas te la proporcionará.

-Buenas tardes, señorita Balfour —la saludó educadamente el hombre—. Llevaré sus cosas a su dormitorio y luego me encargaré de que le sirvan un refresco.

Se dirigió a las escaleras dejando a Mia mordiéndose el labio inferior mientras lo veía marcharse. Todo era muy elegante, muy educado. Parecido a lo que se vivía en la mansión Balfour, y sin embargo no se parecía en nada. La mansión Balfour era más grande comparada con aquella casa, con grandes paneles de madera y largos pasillos repletos de obras de arte y asombrosas antigüedades. Las paredes de la casa de Nikos eran de un tono beis pálido y tenían un aire más clásico.



Le gustaba.

-Date una vuelta por ahí mientras yo termino de leer esto —propuso Nikos dirigiendo de nuevo la atención a su correspondencia.

Mia deambuló por la casa y descubrió que todas las puertas estaban abiertas, como si fuera una invitación a que ella entrara. La primera que escogió resultó ser una preciosa salita con sofás y sillas de terciopelo en tonos dorados. Había un enorme piano situado frente a un ventanal en un extremo.

-¿Sabes tocar? —preguntó a Nikos cuando salió de la salita.

-Antes sí, pero últimamente no tengo mucho tiempo.

Preguntándose por qué parecía tan indiferente ante la posesión de tan maravilloso don, Mia cruzó el vestíbulo hacia el otro lado y descubrió un estudio lleno de libros con un gran escritorio que ocupaba toda la ventana.

Cuando volvió a salir vio que Nikos había terminado con las cartas y estaba observándola. Sintió un escalofrío que le atravesó el cuerpo. Consciente de pronto de que al parecer estaban allí solos, sin contar con Lukas, Mia no sabía si se sentía muy cómoda con la situación, aunque trató de disimularlo.

—¿Estamos muy lejos de la casa de los D'Lassio? —preguntó.

—Cinco minutos en helicóptero, veinte en coche. ¿Quieres ver el resto de la casa o te apetece tomar algo?

Mia no sabía qué quería hacer. Entrelazaba los dedos nerviosamente y volvía a soltarlos, y por alguna razón no sabía muy bien de qué humor estaba Nikos en aquel momento. Parecía relajado, sí, estaba siendo muy amable, pero había algo diferente en él que la hacía desear...

¿Qué? ¿Recular? ¿Salir corriendo?

No se había ofrecido a mostrarle su habitación, que era normalmente lo primero que hacía un anfitrión con un invitado que se iba a quedar a pasar la noche. No es que ella quisiera que lo hiciera, se dijo Mia al instante, pero...

¿Pero qué?

Desesperada consigo misma, decidió optar por la mejor elección en aquel momento teniendo en cuenta su nerviosismo.

—Creo que me gustaría seguir echando un vistazo.

Nikos asintió con su oscura cabeza y la guió hacia la parte de atrás de la casa. Media hora más tarde le había enseñado un completísimo gimnasio, una piscina interior, un elegante comedor, dos salas más informales y un enorme jardín trasero lleno de color por los florecientes bulbos de principios de verano.

Nikos no la rozó ni una sola vez, pero Mia sentía un escalofrío constante, como si temiera que fuera a hacerlo. Se dijo que todo era culpa del beso. Había sido un gesto impulsivo y, por tanto, podía volver a hacer algo inesperado.

Nikos era voluble e impredecible. La clase de hombre que se guiaba por sus propias leyes. La fascinaba y la irritaba a partes iguales, y su cercanía le ponía los nervios de punta y los sentidos en alerta.

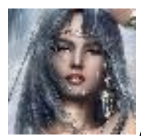
—Es una casa muy grande para que Lukas se ocupe solo de ella —comentó finalmente—. ¿No tienes más personal? —no había visto a nadie más.

—Mucho, pero saben que no deben estar por el medio cuando vengo yo —aseguró Nikos.

Porque como él mismo había dicho, le gustaba tener su propio espacio.

Entonces sonó el teléfono móvil de Nikos y, tras contestar la llamada, murmuró:

—Discúlpame. Tengo que ocuparme de algo.



Y se dirigió hacia su estudio hablando en griego.

Era como si hubiera sido puesta en libertad por buen comportamiento, pensó Mia aliviada. Trabajar codo a codo con él era duro, luchar con él era duro, pero que la tratara durante una hora entera con exquisita educación la había dejado exhausta.

¿Cómo se las arreglaba para cambiar de humor con aquella facilidad? ¿Cómo pasaba de ser un jefe impaciente a besarla de forma implacable y posesiva? ¿Cuál iba a ser su siguiente estado de ánimo, el de urbanita sofisticado y una Balfour colgada del brazo?

Nikos la estaba volviendo loca con sus repentinos cambios de humor. Necesitaba hacer algo para dejar de pensar en él.

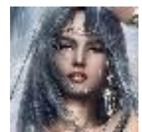
Por suerte Lukas apareció como por arte de magia para ofrecerle el prometido aperitivo.

—Hace un día precioso. Tal vez prefiera tomarlo en la terraza. Estoy seguro de que el señor no tardará mucho.

El señor podía tardar todo lo que quisiera, se dijo Mia mientras seguía a Lukas hacia el exterior. En cuanto se hubo relajado en una mullida silla y el calor del sol le acarició el rostro, sintió nostalgia de la Toscana, la granja de la tía Giulia y los viejos muebles de madera que utilizaban como una extensión de la cocina durante los largos meses de verano.

Lukas abrió una enorme sombrilla de lona que de pronto la dejó en la sombra. Sabía que lo había hecho con buena intención, pero hubiera preferido cerrar los ojos y tomar el sol durante un rato, algo que no había tenido oportunidad de hacer desde su llegada a Inglaterra. Una cosa más que echaba de menos de la Toscana.

—¿Desea tomar algo fresco o prefiere café o té? —preguntó Lukas.



Un impulso repentino le hizo desear pedir un trago de vodka sólo para ver cómo reaccionaría Lukas. Nunca había probado el vodka, pero la casa, Lukas y todas aquellas educadas atenciones no casaban con la fría, dura e impersonal naturaleza de Nikos Theakis.

—Algo fresco —dijo sonriéndose para sus adentros.

—Café para mí, Lukas —ordenó una tercera voz.

Nikos salió de la casa y se detuvo un segundo, alzando el rostro como si él también hubiera echado de menos su calor. Se había quitado el jersey y se había remangado la camisa de cuadros, dejando al descubierto unos fuertes y musculosos antebrazos cubiertos de vello.

Durante un instante eterno, Mia se quedó hipnotizada ante su bronceada belleza. Sintió cómo se le encendía una llama en la parte inferior del vientre.

Entonces Nikos volvió a bajar la barbilla y Mia apartó los ojos de él, sintiéndose momentáneamente indefensa ante la oleada de atracción que seguía experimentando.

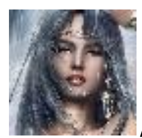
—Van a cerrar el espacio aéreo sobre la mansión de D'Lassio esta noche para evitar que la prensa sobrevuele —estaba diciendo Nikos a Lukas—. Así

que asegúrate de que el piloto sepa que necesitamos llegar antes de las siete.

Lukas asintió y los dejó solos en la terraza. Mia clavó los ojos en el jardín, donde una elegante diosa griega vertía graciosamente agua de una vasija en un estanque circular. Todo muy tranquilo, pensó, cuando no había nada de tranquilo en el hombre que debió ordenar que colocaran allí la diosa y el estanque.

-Bueno, ¿qué opinas? —Nikos se había sentado a su lado con la espalda reclinada y las largas piernas estiradas.

-¿Sobre la casa? Ya debes saber que es preciosa.



-Se la compré el año pasado a un conocido que necesitaba dinero urgentemente —le contó con naturalidad—. La idea era venderla enseguida, pero la situación del negocio inmobiliario me llevó a decidir conservarla durante un tiempo.

-Eso lo explica todo —murmuró Mia.

Nikos giró la cabeza para mirarla.

-¿Qué explica?

—¿Lukas venía con la casa? —preguntó ella a su vez.

-Sí —confirmó Nikos.

—¿Y la decoración y el mobiliario?

Él entornó los ojos y Mia sintió una descarga de electricidad en el aire. Tuvo que humedecerse los labios con la punta de la lengua antes de continuar hablando.

—Tú... personalidad no resulta visible aquí—aseguró ella—. Digamos que ésta es la típica casa de campo de un inglés.

-¿Qué sabes tú de los ingleses? —se rió Nikos—. Eres una chica de pueblo de la Toscana cuyo mejor amigo es un burro llamado Tulio

—La mitad de mi sangre es inglesa —se defendió ella.

—Y la mía también podría serlo, eso tú no lo sabes —le espetó Nikos.

Mia abrió unos ojos como platos.

-¿En serio?

-No —reconoció él—. Pero tú no podías saberlo. Estás dando por sentado cosas sobre mí sin estar en posesión de todos los datos. Eso es peligroso, cara.



Mia sabía que tenía razón. Y sin embargo, todo tenía un toque peligroso desde que se había levantado aquella mañana.

Y al ver que no podía dejar de mirar a Nikos, comprendió que las cosas estaban empeorando.

Seis

Mia se giró para mirarse en el espejo de cuerpo entero y sintió un escalofrío.

El vestido había sido de Bella. Se había pasado la mitad de la mañana acortando el largo de la falda de seda, de color azul hielo, pero era el resto del vestido lo que le aceleraba los sentidos. La parte de arriba no tenía tirantes y se ajustaba a la perfección a la forma de sus senos antes de abrazar cada curva de su cuerpo, banda tras banda, en exquisitos e intrincados pliegues que llegaban hasta los muslos. Después la seda caía hasta los pies, elevados por un par de sandalias con tacones de cristal.

—Oh, Dios mío —jadeó robándole a Sophie la expresión que había utilizado por la mañana al teléfono, porque de pronto había cobrado mucho sentido.

Entre los tirantes pliegues bailaban brillantes cristales en forma de gota, los cuales acentuaban las curvas de su cuerpo cuando se movía o incluso cuando respiraba. Se había recogido el cabello en la nuca con un moño suelto y su piel tenía un brillo dorado que contrastaba con el azul del vestido. Un fabuloso diamante, regalo de Oscar, descansaba en su fina cadena de oro justo encima de la suave curva de sus senos. En las orejas brillaban los pendientes a juego. Su idea era conseguir un aspecto elegante y sofisticado, pero al parecer lo que había conseguido era un efecto encantadoramente sensual. Incluso se sentía sensual en lugares en los que no se atrevía ni a pensar para no sonrojarse.

Se mordió los labios pintados de rosa y frunció el ceño, porque una cosa era imaginarse vestida así para impresionar a cierto hombre... y otra darse cuenta de que se estaba asombrando a sí misma.



Nikos estaba en el vestíbulo hablando por el móvil cuando Mia apareció en lo alto de las escaleras. Cuando alzó la vista y la vio, se detuvo a mitad de frase y se quedó paralizado. Sus oscuros ojos brillaron momentáneamente y luego recorrió cada centímetro de su voluptuoso cuerpo con la mirada.

«Theé mou, tengo un problema», eso fue lo único que acertó a pensar cuando un calor familiar se le encendió en la entrepierna y consiguió mezclarse con su respiración. Entonces fue consciente de que todavía estaba sosteniendo el teléfono en la oreja y le dio la espalda a Mia mientras ponía fin a la conversación y al mismo tiempo trataba de contener su desencadenada libido.

«Éste es un fin de semana de trabajo», se recordó. Aunque el beso que todavía podía saborear indicaba lo contrario.

El modo en que se había ensombrecido su expresión y cómo había apretado las mandíbulas antes de darse la vuelta fue suficiente para acrecentar el nudo de ansiedad que sentía Mia en el estómago. Había vuelto a hacerlo, la había hundido con su crítico silencio. No sabía si enfadarse o llorar. Llegó al último escalón antes de que Nikos volviera a darse la vuelta con su expresión de frío urbanita.

—Perdona —dijo—, Petros necesitaba hablar de algo urgente conmigo antes de que nos fuéramos.

Se estaba acercando a ella mientras hablaba. Era la personificación de la belleza masculina, vestida de esmoquin.

—Estás preciosa —dijo con naturalidad—. Me encanta el vestido.

Mia esbozó una sonrisa tensa por respuesta.

—¿No tienes abrigo, o un chal?

—Hace muy buena noche —aseguró ella negando con la cabeza.

Lo cierto era que había olvidado llevar algo para cubrirse, pero no iba a admitirlo delante de aquel hombre que estaba asintiendo ahora con su oscura cabeza.

—Entonces vámonos.

Mia adoptó una actitud profesional y caminó a su lado hacia la puerta de entrada. Nikos no necesitaba decirlo en voz alta para que ella supiera que aquello no era más que trabajo. Tenían que figurar en la escena social mientras fingían que se estaban divirtiendo. Proyectar su presencia en la fiesta y recordar a las personas que Nikos consideraba que podrían serle útiles en algún momento.

Mia deseaba preguntarle si iba a cobrar horas extras, pero decidió no empezar la noche con un sarcasmo que sin duda iba a molestarlo.

Cuando se acercaron a la mansión D'Lassio, Mia se quedó maravillada ante su palaciego esplendor. La de los Balfour tenía una arquitectura más tradicional y la pátina del tiempo había suavizado sus gruesos muros grises de piedra. En cambio, esa casa estaba diseñada para presentar un aspecto más parecido a una villa romana, con su patio central y jardines que se desplegaban a los tres lados de la casa. La entrada brillaba con el reflejo de los mortecinos rayos del sol cayendo sobre las hileras de coches que ya había allí aparcados.

Mia contó seis helicópteros aparcados al otro lado de la entrada y, cuando descendieron un poco más, divisó dos piscinas, una exterior y otra situada bajo una cúpula de cristal. Dos equipos de televisión y lo que parecían ser mil fotógrafos esperaban para grabar su llegada. En cuanto los vio el corazón empezó a latirle a toda prisa.

—Compón la sonrisa Balfour, glikiá mou —le pidió Nikos con dulzura ayudándola a bajar por la escalerilla del helicóptero.



Mia obedeció. Los operadores de cámara comenzaron a grabar sin piedad y los focos iluminaron la tenue luz del atardecer. Nikos le sujetaba con fuerza la mano mientras aguantaban el acoso de la prensa hasta llegar a una alfombra de césped artificial. Detrás de ellos el helicóptero puso las hélices en marcha de nuevo. Les estaban gritando un montón de preguntas y alguien le puso a Mia un micrófono en la cara.

—Buenas noches, señorita Balfour. ¿Podría decirnos quién ha diseñado el vestido que luce esta noche?

Sorprendida al encontrarse directamente bajo el foco de una cámara de televisión, Mia respondió sin pensar hasta que fue demasiado tarde para preguntarse si el famoso diseñador italiano querría que se relacionara su nombre con aquel vestido, el cual tenía ya más de dos temporadas.

—Buona sera, signorina.

El sonido de su lengua nativa hizo que Mia girara la cabeza hacia el otro lado, directamente a otra cámara de televisión.

—El signore Valencia sabe cómo sacar partido a una estupenda figura, ¿verdad? —el periodista había escuchado el nombre del diseñador—. ¿Le importaría contarle a Italia qué significa para una joven campesina de la Toscana descubrir que es hija de un inglés tan rico?

La pregunta llegó sin previo aviso. El cámara hizo zoom sobre su rostro. Mia apretó los dedos de Nikos y sintió una oleada de timidez al ver que él se limitaba a quedarse allí a su lado, sonriendo y esperando a que diera una respuesta.

Era una prueba, otra lección que quería que ella aprendiera por sí misma. Profesor y alumna en el aula de la vida.

—Si... Grazie Buona sera, Italia...



Mia consiguió sin saber cómo mantener la sonrisa en su sitio y hacer un comentario inteligente sobre las diferencias entre su antigua vida y la actual.

—Me encanta su voz, Nikos —dijo alguien en inglés—. Es muy sexy. Podría estar escuchándola toda la noche. ¿Qué opina usted, Nikos?

El se limitó a sonreír y comenzó a avanzar con ella de la mano pensando que «sexy» no describía con exactitud aquellos tonos graves que utilizaba cuando hablaba en su lengua materna.

Inclinó la cabeza y le dijo en un murmullo:

—Lo has hecho muy bien. Ahora veamos si logras sobrevivir al resto de la velada —le puso el brazo en la espalda para urgirla a entrar en la casa.

La siguiente media hora transcurrió en un torbellino de presentaciones que más cámaras de televisión registraron minuto a minuto. Cuando por fin pudo recuperar el aliento, Mia se sentía mareada.

—Podrías haberme avisado —se quejó ante Nikos.

—De haberlo hecho, habrías salido corriendo —aseguró él agarrando dos copas de champán y pasándole una.

—Este lugar es increíble —Mia cambió de tema y miró hacia el alto techo, donde un paso voladizo de cristal parecía sostenerse como por arte de magia.

-A Santino le gusta impresionar a la gente con su habilidad para la ingeniería estructural —murmuró Nikos con acidez.

—Creía que los D'Lassio eran unos magnates de la prensa —Mia frunció el ceño.

—¿Has hecho los deberes?

Ella alzó la barbilla y respondió:


Escaneo y Corrección-Consuelo

-La razón por la que estoy aquí contigo es para mejorar mi formación, ¿no es así?

Era un desafío directo. Nikos arqueó una ceja porque no se lo esperaba. Como un estúpido, jugando a un juego peligroso, clavó la mirada en sus profundos ojos azules y aguantó la presión de la constante tensión sexual que estaba siempre presente entre ellos.

Mia fue la primera en apartar la vista.

-Vamos —dijo Nikos—. Entremos donde está la auténtica acción.

Entraron en una amplia sala de recepción abarrotada de gente elegante y arreglada. La retransmisión empezó en aquel instante. Nikos la mantuvo a su lado cuando entró. No le hizo falta llamar la atención porque todos estaban más que dispuestos a saludarlo. Se debía a la combinación de riqueza, brillantez, un impresionante aspecto físico y su encanto natural. Manejaba a la gente con una frialdad que les hacía trabajar más duro para conseguir una mirada o una sonrisa aprobatoria.

Calmado. Con esa palabra lo describió Mia mientras se fundía entre los que eran como él.

Entonces, para arruinárselo, Nikos dijo:

—Aquí es donde te dejo un rato sola.

Mia se puso blanca como el papel. Él dejó escapar un suspiro, la agarró de los hombros y la giró para obligarla a mirarlo.

—Lo único que tienes que hacer es circular y escuchar. Si sabes de qué están hablando, intervén. Si no lo sabes, entonces pregunta —le explicó como si fuera así de sencillo—. A la gente no le importa que le hagan preguntas. De hecho les gusta mostrar sus conocimientos. Lo que no les gusta es que haya alguien que finja saber de qué están hablando cuando en realidad no es así, ¿de acuerdo?



Mia asintió con la cabeza.

—Y tú eres una Balfour —le recordó Nikos—. Las personas que están aquí lo saben y les encantará recibirte en su grupo. Seguramente habrá algunos que quieran impresionarte para que luego se lo cuentes a Oscar.

—¿Y a ti no?

—A mí también —reconoció Nikos—. Si te preguntan algo demasiado personal, córtales al instante, como harías conmigo. Tienes carácter, Mia —continuó—, utilízalo a tu favor. Sé siempre educada y controla en todo momento cuánto bebes. Iré a buscarte dentro de media hora aproximadamente, antes de cenar.

Mia consultó el reloj de plata fina que la tía Giulia le había regalado por su último cumpleaños y dijo con un ligero temblor de voz:

-De acuerdo. Nikos captó su nerviosismo y exhaló un suspiro.

-No pasa nada, de verdad —aseguró ella estirando los hombros—. Esto es trabajo, ¿verdad? Y así tengo que tomármelo.

Nikos vaciló un instante y Mia tuvo la impresión de que quería decir algo más, pero finalmente se dio la vuelta y se marchó.

Durante la siguiente media hora, Mia se enfrentó a las ganas de la socialización. Tal y como Nikos había dicho, fue más sencillo de lo que esperaba porque la gente la reconocía al instante y la atraían hacia su conversación en lugar de ser ella la que entrara.

Nikos habría deseado que le resultara fácil apartarse de ella, pero no fue así. Sentía como si hubiera abandonado a un cachorrito en una autopista, pero necesitaba hablar con algunas personas sobre Lassiter-Brunel. En su investigación, Mia había dejado al descubierto, sin saberlo, ciertos asuntos. Sí, razonó Nikos, había cancelado el acuerdo, pero por razones personales. Esa



mañana, cuando había pasado por la oficina para echarle un vistazo al informe de Mia, había descubierto otras cosas que lo inquietaban.

Era buena husmeando, reconoció sonriendo para sus adentros. Sus colegas en el negocio seguramente no tendrían un hurón tan hermoso como para que Brunel bajara la guardia hasta el punto de que cualquiera pudiera preguntarse si era tan respetable como quería hacer creer.

En aquel instante unos dedos finos se enredaron alrededor de su brazo.

-Así que te han encasquetado al pichón de Oscar —se mofó una voz.

Nikos bajó la mirada y se encontró con la sonrisa de la guapa y peligrosa columnista de cotilleos Diana Fischer.

-Quién iba a pensar que Oscar guardaba un secreto tan oscuro —continuó ella—. Quizá haya sido mejor que el escándalo estallara después de que la pobre Lillian pasara a mejor vida. Imagínate qué horror si se hubiera enterado de que el hombre con el que llevaba veinte años casada le había sido infiel durante su matrimonio.

Estaba buscando información, detalles cronológicos que Nikos no iba a revelar. Apretó los dientes y dijo con ironía:

-¿Sigues jugando a ser una criatura sin corazón, Diana?

—¿Que yo no tengo corazón? —abrió como platos sus preciosos ojos verdes—. Dime, Nikos, ¿cuántos has roto tú desde que empezaste a ser sexualmente activo?

—Me estaba refiriendo a tu falta de respeto hacia los muertos.

-Yo quería mucho a Lillian —afirmó Diana—, todo el mundo la quería. Estaba mostrando mi simpatía hacia ella —aseguró haciendo un puchero—.Después de todo, ¿quién querría enterarse de que su marido se ha estado acostando con otra mujer?



-Recuérdame por qué Lance está divorciándose de ti —murmuró Nikos.

-Oh —el puchero se hizo más pronunciado—. Eso es un golpe bajo, Nikos.

Él dejó escapar una risa amarga. Diana era una descarada, pero al menos no fingía ser otra cosa. Eso le gustaba de ella..., siempre y cuando se mantuviera alejada de Oscar y de sus hijas.

De una hija en particular, reconoció, incapaz de dejar de mirar al otro lado de la sala para seguirle el rastro. Divisó su oscura cabeza asomando entre un grupo de jóvenes y no le gustó la sensación punzante que experimentó.

-Este pichón es diferente a las otras siete, ¿verdad? —tanteó Diana siguiendo la dirección de su mirada—. Es tan tímida y reservada... Mira cómo se sonroja con lo que le está diciendo Joel Symons.

Nikos estaba mirando a Mia.

—No sabe cómo comportarse con gente como nosotros —concluyó Diana.

-¿Como nosotros? —Nikos sintió curiosidad.

—Bueno, ya hemos dejado claro que yo soy una desalmada y tú un cruel rompecorazones. Y esta noche la sala está llena de personas como nosotros. Gente elegante y aburrida —continuó—. Hombres con el ego en la cartera y en los calzoncillos y mujeres que tienen el suyo situado exactamente en el mismo sitio. El pichón nos mira como si fuéramos marcianos, y no me extraña. Imagínate lo que ha debido ser para ella caer como un meteorito en el círculo social de los Balfour, después de haberse pasado la vida en una montaña cultivando la tierra.

—Y tal vez se haya dado cuenta de que es el blanco de lenguas viperinas como la tuya —comentó Nikos.


Escaneo y Corrección-Consuelo

Y de pronto comprendió que tenía razón. Mia no estaba abrumada por la elegancia y el lujo de su nueva vida, sino por verse expuesta de pronto a la fama como hija ilegítima de Oscar Balfour.

—Hazme un favor, Diana —le pidió en voz baja—. Mantén tus garras lejos de Mia.

-¿Y qué harás tú por mí a cambio? —le espetó ella.

Nikos se inclino y le depositó un suave beso en la mejilla.

-Respetarte —murmuró antes de marcharse.

Mia vio el beso y se preguntó quién sería aquella rubia. Al parecer las rubias guapas se le salían por las orejas, pensó con acidez al recordar a Lois Mansell, con la que había estado la noche anterior.

Sintió lástima por la que acababa de besar, pensó mientras se giraba para dirigirse en la otra dirección. Nikos le había explicado algo que le impedía sentir celos de la nueva rubia y el beso. Él se iba con la mujer con la que había llegado y la dejaba sana y salva en la puerta de su casa.

O en la puerta de su dormitorio, como era su caso aquella noche.

O dentro del dormitorio, si se trataba de otra mujer.

Una mano le agarró la muñeca cuando iba a salir a la terraza de la piscina. Durante un instante pensó que se trataba de Nikos y una sonrisa acudió a sus labios cuando giró la cabeza para decirle que todavía no había transcurrido la media hora.

Pero la sonrisa se borró al instante cuando se encontró mirándose en los fríos ojos plateados de Anton Brunel.

—Quiero hablar un momento contigo —la informó él con sequedad.



—No va a ser posible —Mia trató de zafarse de su mano y le dolió la muñeca cuando él apretó más—. ¡Suélteme!

—No lo haré hasta que me hayas dado algunas respuestas.

Brunel la apartó del umbral y la llevó hacia una esquina de la habitación, tras una planta gigante.

—Me debes una explicación —exigió acercando su rostro al de ella—. ¿A qué diablos crees que estás jugando contándole a Theakis mentiras sobre mí?

—Yo no he mentido —aseguró Mia estremeciéndose cuando sus dedos le apretaron los tiernos huesos de la muñeca.

—¡Te pasaste toda la comida calentándome con tus miradas insinuantes y luego le dijiste que fui yo quien te acosó!

—Está mal de la cabeza si de verdad cree lo que está diciendo, signore —contestó ella burlona tratando de soltarse y mirando detrás de él para ver si alguien se había dado cuenta de que la tenía acorralada.

Entonces comprendió que Brunel había escogido aquel lugar porque la enorme planta les impedía ser vistos.

Jadeó al notar que apretaba su cuerpo contra el de ella y la arrinconaba contra la pared.

—Escúchame —dijo él—, quiero que le cuentes a ese malnacido celoso la verdad. Tú me buscaste a mí. Te me insinuaste en esa maldita comida y, si yo mordí el anzuelo, la única culpable eres tú. No sé por qué tengo que perder el mejor acuerdo que ha logrado mi empresa porque a ti te gusten los jueguecitos sexuales en la mesa.

Tenía la cara tan cerca de la de ella que Mia respiraba el alcohol de su furiosa respiración.



—No me insinuaría nunca ante usted —le espetó estremeciéndose de asco—. Y si no me suelta ahora mismo empezaré a gritar para pedir ayuda.

—No, no lo harás —se burló Brunei—. Eres una Balfour y te da terror montar una escena. A Theakis no le gustaría. Ni a papaíto tampoco.

—No soy yo la que está montando una escena, es usted. Y ahora... ¡suélteme!

Consiguió zafarse dando un tirón. Cuando Brunel trató de volver a sujetarla, lo empujó con los puños, con la suficiente fuerza como para que él se tambaleara. Eso le proporcionó espacio suficiente para rodearlo y escabullirse.

Temblando de furia, salió a la terraza. Le daba miedo que la hubiera seguido, pero estaba decidida a no mirar atrás para comprobarlo. Se dirigió al primer grupo que encontró al borde de la piscina, aspiró con fuerza el aire y se acercó lo suficiente para que se fijaran en ella. Sonrió agradecida cuando vio que abrían el círculo para invitarla a unirse.

¿Habría hecho las cosas de las que la había acusado Anton Brunel? Los ojos se le humedecieron ante la aterradora idea de haberlo hecho sin darse cuenta siquiera. ¿Acaso no la había acusado Nikos de hacer lo mismo la noche anterior con el camarero?

¿Qué era, una especie de seductora inconsciente?

Se dio cuenta de que le dolía la muñeca y se frotó suavemente el punto en el que Anton Brunel le había apretado los huesos. Alguien le ofreció una copa de champán. Mia sonrió al aceptarla con la esperanza de que nadie advirtiera la tensión de su mirada. No quería ser una seductora, no le gustaba lo que eso significaba.

Pensó en darle un sorbo a su copa, pero sabía que no sería capaz de tragar. Sentía la garganta rasposa y los nervios alterados. Fuera estaba oscuro ya y el aire era más fresco que antes. Se habían encendido unas luces suaves para



MARCAR EL CAMINO A LA MARQUESINA DEL JARDÍN Y EL AGUA AZUL DE LA PISCINA BRILLABA.

Mia escuchó el tono profundo de la voz de Nikos y se giró para verlo aparecer por la puerta que daba a la sala principal. Estaba flanqueado por Santino D'Lassio y Nina, su bella mujer pelirroja. Los tres sonreían relajadamente, como buenos amigos.

—¡Eh, Nina! —gritó alguien—. ¿Cuándo vas a darnos de comer?

La alegre risa de Nina D'Lassio inundó la terraza, y resultaba tan contagiosa que hasta Mia sonrió. Entonces una mano se posó en el centro de su espalda y la empujó hacia delante. Durante un instante se mantuvo de puntillas, como una bailarina, luchando contra el impulso que la empujaba hacia delante, con los ojos muy abiertos mientras miraba fijamente la iluminada profundidad azul de la piscina.

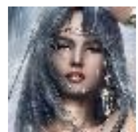
Perdió la batalla y lo siguiente que supo fue que se estaba cayendo. Gritó antes de caer al agua.

Nikos la sujetó por los brazos cuando volvió a salir a la superficie jadeando en busca de aire. Lo primero que vio fue su rostro crispado, sus ardientes ojos negros mientras la sacaba del agua. Ella temblaba, parecía un trapo mojado.

Los focos de las cámaras se encendieron en medio del atónito silencio que se hizo en la terraza de la piscina. Demasiado conmocionada para que le importara en aquel momento, Mia se agarró a los músculos de los antebrazos de Nikos en un esfuerzo por mantenerse derecha. Las piernas se le habían convertido en gelatina y había perdido los zapatos. Se le había soltado el pelo, que ahora tenía pegado a la cara, y las lágrimas le ardían en los ojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nikos con aspereza.

-Juraría que la han empujado —aseguró una voz.



Al escuchar a alguien decirlo en voz alta, prorrumpió en sollozos.

Maldiciendo en voz baja, Nikos trató de estrecharla entre sus brazos pero ella se retiró.

—Te voy a mojar.

—¿Tú crees que eso me importa?

Alguien le colocó una toalla sobre los hombros y Mia se arrebujó en ella, agradecida. Había refrescado y ella estaba empapada. Temblaba.

-¿Te encuentras bien, Mia?

Al escuchar la voz preocupada de Nina D'Lassio se dio cuenta de que debía de haber sido la anfitriona quien le había puesto la toalla.

-¿Te duele algo?

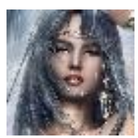
Ella negó con la cabeza e hizo un esfuerzo por recuperar la compostura. Se retiró el cabello mojado de la cara y se dio cuenta de que todavía le dolía la muñeca.

-Estoy bien —dijo soltando una risita aterrorizada—. No sé cómo ha sucedido, pero no me ofenderé si pensáis que estoy bebida.

Una cascada de risas recorrió la terraza. Después de eso la gente empezó a relajarse y a hablar otra vez, dándole a Mia la oportunidad de hacerse una idea del aspecto que debía tener. Bajó la mirada y vio que el vestido estaba arruinado y que tenía los pies desnudos curvados sobre el blanco suelo frente a los zapatos negros de Nikos.

—Yo me ocuparé de ella, Nikos —anunció la anfitriona con voz pausada—. Necesita quitarse esta ropa mojada.

Fue entonces cuando Mia se dio cuenta de que Nikos la estaba sosteniendo con fuerza y alzó la vista para mirarlo. Alto, moreno, increíblemente guapo, era



como estar viendo al gladiador que había visto por primera vez en la entrada de la mansión Balfour. Al notar que ella lo estaba mirando, sus ojos brillaron e inclinó la cabeza para verla mejor, con una furia contenida que llevó a Mia a contener un gemido.

-Es-estoy bien —repitió sintiendo la extraña necesidad de tranquilizarlo—. Sólo me he llevado un susto al caer de pronto al agua.

-¿Te han empujado?

Aunque su voz sonaba pausada, Mia reconoció la tensión que estaba tratando de controlar.

Miró de reojo a derecha e izquierda y vio que todavía había gente mirándolos fijamente. Los focos le recordaron que seguramente el incidente habría quedado registrado en las cámaras. Nina y Santino D'Lassio estaban también cerca y, al igual que Nikos, también esperaban su respuesta.

Humedeciéndose los labios temblorosos, Mia bajo la vista mientras trataba de decidir qué contestar. ¿Debía mentir y decir que no sabía qué había ocurrido, o debía decir la verdad y admitir que sospechaba que Anton Brunel la había empujado a la piscina?

—Tal vez haya resbalado.

Optó por la opción menos sensacionalista y luego frunció el ceño, confundida al ver que Nikos la agarraba con más fuerza.

—Vamos, Mia —Nina D'Lassio parecía aliviada cuando le pasó el brazo por los temblorosos hombros—. Tenemos que secarte y encontrar algo que puedas ponerte.

—Llamaré al helicóptero —aseguró Nikos.

—¡Ni se te ocurra! —Mia reaccionó al instante—. No quiero que la gente piense que soy una débil, además de ser el desliz de Oscar —aseguró con ferocidad, sin



darse cuenta de que sus anfitriones la estaban mirando asombrados ante su arrebato—. Estoy mojada, hecha un desastre, y mañana voy a salir en todos los periódicos con esta pinta. ¿Quieres que además se rían de mí por haber huido?

—Santino lidiará con la prensa, Mia —le aseguró Nina—. Oh, suéltala ya, Nikos, no va a caerse.

El hecho de que tanto Mia como Nina se mostraran tan decididas pareció servir para que Nikos saliera de dondequiera que se encontrara desde que la había sacado de la piscina. Flexionando los impresionantes músculos, apartó los brazos y dio un paso atrás para permitir que Nina se llevara a Mia.

—Mi equipo de seguridad está viendo las grabaciones para averiguar qué ha pasado —informó Santino D'Lassio en voz baja—. Por suerte tenemos un retraso de cinco minutos sobre lo que se retransmite por televisión, así que el incidente no saldrá en las pantallas.

—Entonces ¿crees que la empujaron? —preguntó Nikos muy serio.

—Ya viste cómo cayó, Nikos —respondió Santino—. O saltó o la empujaron. ¿Qué crees tú que pasó?

Se apartó y guió a los invitados hacia la marquesina, dejando a Nikos pensativo mientras éste revivía la escena dentro de su cabeza: Había mucha gente alrededor de la piscina, pero él vio a Mia en cuanto salió a la terraza. Ella lo estaba mirando y notó cómo sus ojos azules se iluminaban al encontrarse con los de él. Luego vino el repentino movimiento de su cuerpo y la expresión de asombro y horror antes de caer al agua.

Lo que no vio fue quién estaba lo suficientemente cerca como para arrojarla a la maldita piscina, porque tenía toda su atención centrada en ella.

—Así que el pichón ha estado a punto de ahogarse y yo me lo he perdido —bromeó una voz con tono desilusionado detrás de él—. Qué lástima.

Nikos no estaba dispuesto a soportar el retorcido sentido del humor de Diana Fischer, así que dijo con sequedad:

—Tienes una vida muy triste, Diana.

A continuación se dio la vuelta y se acercó al bar de la piscina. Pidió una copa mientras esperaba el regreso de Mia.

Cuando las dos mujeres volvieron a salir de la casa, él era el único invitado que quedaba en la terraza. Nikos se centró en la transformación que había sufrido Mia. Había pasado de estar empapada y hecha un desastre a convertirse en una sirena llena de curvas.

Llevaba puesto un vestido de tubo negro sin tirantes que se le ajustaba al cuerpo y resultaba absolutamente deslumbrante. Durante unos segundos, volvió a revivir el momento en que la había visto por primera vez en la entrada de la finca de los Balfour.

El calor se apoderó de su cuerpo. Sintió un deseo tan feroz que no sabía cómo era capaz de disimularlo. Mia llevaba el pelo húmedo recogido hacia atrás y se había aplicado únicamente un toque .de lápiz de labios. Su belleza natural brillaba por sí misma.

Sin embargo, cuando se acercaron más vio que estaba muy pálida y supo instintivamente que se hallaba más afectada por el incidente de lo que quería dar a entender. Entonces se fijó en el modo en que se frotaba la muñeca derecha con la palma de la otra mano y su deseo se transformó en rabia.

Mia estaba contestando con una sonrisa a algo que Nina decía cuando vio a Nikos en la barra del bar. Detuvo sus pasos y se quedó mirándolo fijamente.

—Ya ves, te la devuelvo de una pieza, Nikos —bromeó Nina—. Lo único que tienes que hacer es borrar esa mirada fija de oso hambriento y tal vez podamos unirnos a los demás para comer algo.



Mia se dio cuenta de que Nikos estaba mirando fijamente. A ella.

Si hacía algún comentario, si se le ocurría criticar aunque fuera un poco el aspecto que tenía, pensó decidida, entonces él sería el siguiente en aterrizar en la piscina.

—¿Por qué te frotas la muñeca de ese modo? —preguntó Nikos.

Siete

Mia alzó la vista, sorprendida al darse cuenta de que, efectivamente, estaba frotándose la muñeca con la otra mano.

—Eh... creo que me hice daño al caer al agua —mintió.

Nina dejó escapar un gemido de sorpresa.

—¿Por qué no dijiste nada?

-Había demasiadas cosas en las que pensar —aseguró Mia—. Y no me duele tanto.

Dejó caer la mano a un lado para demostrarlo. Nina no parecía muy convencida y Nikos tampoco. Seguía mirándola fijamente con cara muy seria.

-Me muero de hambre —aseguró Mia alegremente en un intento de desviar la atención.

Lo cierto era que iba a tener que hacer un esfuerzo por probar bocado, y que la muñeca le dolía.

Los tres caminaron juntos por el sendero hacia la marquesina. La gente aplaudió cuando los vio llegar, y Mia se sonrojó y sonrió tímidamente. Nina fue a reunirse con su marido. Cuando Nikos le posó la mano en la parte baja de la espalda, Mia se estremeció ligeramente ante el eléctrico contacto. Si Nikos percibió su reacción, no dijo nada. La guió a través de una serie de grandes

mesas redondas hacia la de ellos. Y mantuvo aquel perturbador contacto en su espalda hasta que la vio sentarse.

Aquello la llevó a responder con demasiada alegría a la curiosidad y el interés de sus compañeros de mesa, que estaban deseando saber qué le había sucedido. Restó importancia a la caída mientras Nikos se recostaba en la silla, a su lado, con una sonrisa educada en los labios y sus ojos negros ocultos bajo las pestañas.

Cuando Mia experimentó un estremecimiento de dolor al agarrar la copa de vino, Nikos tuvo que contenerse para no tocarla. Quería agarrarle la muñeca e inspeccionar el daño. Quería apartar aquel mechón de pelo húmedo de su pálida mejilla. Recordó lo que Mia había dicho respecto a que siempre la estaba tocando y la certeza de que tenía razón lo atrapó como a un prisionero, porque cada vez era más consciente de cuánto quería tocarla.

Agarró su propia copa para entretener a sus inquietos dedos y bebió un largo sorbo de vino. Mia lo estaba arrastrando a la bebida, pensó sombríamente. Lo estaba arrastrando a muchos lugares, se dijo, sin darse cuenta de que alguien estaba hablando con él. Fue Mia quien le hizo volver a la realidad tirándole suavemente de la manga de la chaqueta. Nikos la miró directamente a los ojos. Durante una décima de segundo se visualizó a sí mismo inclinándose para reclamar su boca con un beso suave y apasionado.

A Mia le temblaron las pestañas y apartó la vista. Sabía en qué estaba pensando él, y la tensión de Nikos aumentó mientras se obligaba a sí mismo a fijarse en el resto de comensales que había en la mesa y se forzaba a unirse a ellos.

Tenía que reconocer que Mia estaba llevando aquel juego mucho mejor que él, pensó mientras la infernal cena seguía su curso. Ella sólo picoteó del plato, lo mismo que él. Finalmente Santino se puso de pie para dar las gracias a todos los presentes por su asistencia con unas palabras cargadas de humor, pero Nikos fue incapaz de sonreír.



Entonces vio a Mia inclinar ligeramente la cabeza y dejar al descubierto su delicada nuca. La tensión se apoderó de él, una tensión sexual. Cuando ella alzó la mano para frotarse la frente, vio cómo le temblaban los dedos, y su palidez pareció multiplicarse por diez cuando bajó de nuevo la mano.

Ya había tenido bastante. Tomó la decisión al instante. La gente había empezado a levantarse, así que aprovechó el momento para ponerse de pie. Mia se sobresaltó al sentir que la agarraba del codo para incorporarla, pero no protestó cuando salió con ella de la marquesina sin decir ni una palabra a nadie. Tras la cena se iba a celebrar una subasta benéfica y los famosos que habían asistido llevarían a cabo una actuación musical que iba a retransmitirse a la fiesta del lago de Como vía satélite.

A Nikos no parecía importarle lo más mínimo.

Hizo caso omiso de las cámaras de fotos y de televisión que grababan su salida mientras trataba de ajustar sus grandes zancadas a los pequeños pasos que daba Mia con los zapatos prestados de Nina, y le pasó la mano por la cintura con gesto posesivo.

Se dirigieron hacia la casa en tenso silencio. Cuando pasaron por la piscina, Mia no pudo contener un ligero estremecimiento y él reaccionó atrayéndola más hacia sí. Estaba utilizando el móvil para hablar con el piloto cuando entraron en la casa. Cuando volvieron a salir por la puerta principal, Mia vio cómo el helicóptero se acercaba para aterrizar en la misma franja de hierba en la que los había dejado al llegar.

Unos minutos más tarde tomó asiento, agradecida, en el interior del aparato. La muñeca le dolía y tenía un fuerte dolor de cabeza.

—Bueno —dijo Nikos en cuanto hubieron despegado—, dime qué ha pasado.

Mia lo miró y se dio cuenta de que no estaba precisamente de buen humor. Estaba sentado con las largas piernas estiradas y el codo apoyado en el estrecho



repecho de la ventanilla. Sus dedos soportaban el peso de la mandíbula y le brillaban los ojos.

—No sé qué pasó —respondió Mia manteniéndose en su decisión de quitarle importancia el incidente.

—Si me estás mintiendo, me enteraré —advirtió Nikos con voz pausada—. El personal de Santino está revisando las grabaciones de seguridad mientras hablamos. Te vi caer, y creo que te empujaron. Quiero saber quién crees que lo hizo y por qué.

—Podría tratarse de un accidente —suspiró Mia—. No entiendo por qué estás tan obsesionado con este asunto.

Por toda respuesta, Nikos metió la mano en el bolsillo y sacó el móvil. Mia supo sin preguntar que iba a llamar a Santino para conseguir la información que deseaba.

—Eres un acosador —lo acusó ella—. Guarda el teléfono.

Suspiró en señal de rendición al ver que Nikos seguía manteniendo el teléfono listo con los ojos clavados en su pálido rostro.

—Creo que fue Anton Brunel quien me empujó —reconoció.

—¿Brunel? —Nikos frunció el ceño—. ¿Estaba en la fiesta?

Mia se humedeció los labios resecos y asintió con la cabeza.

—Se acercó a mí cuando iba a salir a la terraza —se le oscurecieron los ojos de ira al recordar cómo la había acorralado en aquella esquina—. Me agarró y empezó a lanzar todo tipo de acusaciones contra mí. Dijo... dijo que yo te había mentido, que había estado coqueteando con él.

—¿Y es cierto?

—¿Cómo te atreves a decirme eso? ¿Cómo te atreves? —le espetó Mia furiosa—. Ya hemos mantenido esta conversación antes y no me gustó la actitud que tuviste entonces.

—Lo utilizaste para tirarme de las cuerdas con tu dossier de investigación y con la descripción de lo que había sucedido aquel día entre vosotros —Nikos se encogió de hombros—. ¿Cómo sé que no empezaste tu campaña con un poco de coqueteo durante la comida?

—Así que soy una coqueta irredenta y una manipuladora, ¿es eso lo que estás diciendo?

Mia estaba asombrada ante el nivel de vanidad de ambos hombres, pero lo que más la preocupaba era que pudieran tener razón.

—Supongo que también piensas que me merecía el empujón a la piscina.

—No he dicho eso.

—Pero lo has dado a entender —estaba tan disgustada que alzó la barbilla y apartó la vista mientras luchaba contra las lágrimas—. También me magulló la muñeca, pero supongo que debería pedirle disculpas por no permitir que me estrangulara al mismo tiempo... ¿Qué estás haciendo?

Nikos se había quitado el cinturón de seguridad y había salvado la distancia que los separaba a la velocidad de una serpiente al ataque. Le agarró la muñeca magullada y la inspeccionó. Soltó varias palabrotas en idiomas diferentes.

—Lo voy a matar —murmuró con voz ronca, y se puso pálido de furia al ver las marcas de los dedos de Brunel sobre su delicada piel.

Mia tiró de la muñeca para retirarla y le dolió al hacerlo, pero no le importó.

—Los hombres sois todos iguales, dispuestos a sacar el macho que lleváis dentro en cuanto os enfadáis —le espetó con desprecio—. Y en cambio, os apresuráis a interpretar el papel de víctima cuando una mujer se limita a



miraros. No, no me toques —se apartó cuando Nikos trató de volver a agarrarle la muñeca—. Estoy enfadada contigo.

—Eso ya lo veo —aseguró él con voz pausada. Mia tenía el rostro sonrojado y las lágrimas le atenazaban la garganta.

—Esta noche me he comportado como debía para no ponerte en evidencia. No he hecho nada para ganarme tu desprecio. No es culpa mía que una mala persona como Anton Brunel quisiera arrojarme a la piscina. Y tú no eres mi héroe por haberme sacado del agua.

El helicóptero había aterrizado ya sin que ninguno de los dos se hubiera dado cuenta de ello. Mia se quitó el cinturón. Necesitaba salir de allí antes de cometer alguna estupidez como echarse a llorar.

Ya estaba a medio camino de la casa cuando Nikos pisó el oscuro césped. La siguió con un gruñido de frustración cuando entró en la casa y la vio subir a toda prisa las escaleras. Incluso de espaldas, su figura vestida de negro provocó en él...

—Theé mou —jadeó.

La deseaba.

Se llevó la mano atrás para agarrarse la nuca.

No era su héroe, pero cómo deseaba subir aquellas malditas escaleras y ser al menos su amante.

Se quedó en aquella posición durante al menos treinta segundos, hasta que escuchó cerrarse la puerta del dormitorio de Mia de un portazo. Entonces se dirigió hacia la parte de atrás de la casa quitándose la ropa por el camino. Cuando llegó a la puerta que llevaba al gimnasio, estaba casi desnudo, a excepción de unos calzoncillos negros de algodón que se ceñían a su mayor problema sin ninguna consideración.



Utilizó el gimnasio como si fuera su zona de guerra personal, machacándose a través de una serie de ejercicios que no consiguieron aliviar lo que le pasaba. Rindiéndose a aquella forma de tortura, cruzó otra puerta y se lanzó a las brillantes aguas de la piscina interior.

Cincuenta largos más tarde volvió a salir y se dirigió a su cuarto, recogiendo por el camino la ropa que había dejado tirada.

En cuanto llegó a su dormitorio se dirigió al cuarto de baño. El calor de la ducha lo hizo sudar y sentía el pecho pesado por el reciente ejercicio, pero había una parte de su anatomía que seguía dominando al resto. Maldijo entre dientes, cerró el grifo del agua caliente y abrió el de la fría, y se castigó dejando que el agua helada resbalara por su cuerpo. Para cuando salió del baño cubierto con un albornoz blanco pensó que por fin había empezado a controlar la situación.

Entonces llamaron suavemente a la puerta de su dormitorio y, mientras cruzaba desnudo la habitación, comprendió que, por mucho que se hubiera esforzado, no había controlado nada en absoluto. Porque sólo había una persona en la casa que podía estar llamando en aquel momento a su puerta, y era lo suficientemente ingenua como para no saber que al hacerlo lo estaba tentando.

Y allí estaba ella, con un albornoz corto de color marfil y el cabello recién lavado formando brillantes ondas alrededor de su hermoso rostro. Sus ojos azules parecían ansiosos y se estaba mordiendo el labio inferior.

—Sie-siento molestarte —tartamudeó—. Pe-pero necesito...

Aquel tartamudeo lo derrotó, como también los grandes ojos azules que lo miraban y los dientes que mordían el labio. Llevaba horas, días y semanas conteniéndose, así que la atrajo hacia sí, la estrechó entre sus brazos y cerró su hambrienta boca sobre la de ella.



Y lo peor fue que Mia se lo permitió. Lo siguiente que Nikos supo fue que estaba reculando con ella pegada y que cerró la puerta de una patada para poder apoyar la espalda de Mia contra la madera y dejarse llevar por la clase de abrazo sensual y cálido que acabaría con su dominio de la situación.

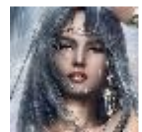
Mia cayó en el beso como una mujer hambrienta. Deseaba tantas cosas que no hubo ni un solo segundo en el que pensara en escapar. Le había rodeado el cuello con los brazos rápidamente y lo estaba besando tan apasionadamente que no se reconocía a sí misma. La sensación del cuerpo fuerte y masculino apretado contra ella resultaba maravillosa; la marea de placer que la inundó la hizo gemir y estremecerse mientras Nikos exploraba su boca con una intimidad profunda y cálida que la llevó a abrir los labios en busca de más. Su recompensa fue un gemido masculino de placer que la excitó muchísimo.

Nikos la estrechó con más fuerza entre sus brazos y la levantó del suelo. Mia le rodeó la cintura con las piernas y se quedaron así, con las bocas abiertas y fusionadas. Las manos de Nikos estaban extendidas sobre su trasero. La prueba de lo que él estaba sintiendo la conmocionó y la excitó a partes iguales. Cuando se movió voluptuosamente contra él, sintió el estremecimiento que acabó con el último atisbo de sentido común en Nikos.

Él se giró y avanzó con ella hacia la cama. Cayeron sobre el colchón formando un amasijo de piernas y brazos, y Nikos echó la cabeza hacia atrás.

—¿Para qué has venido? —jadeó.

Mia tuvo que hacer un esfuerzo para entender la pregunta, abrió los ojos y se lo quedó mirando. La boca de Nikos estaba a apenas un centímetro de la de ella, su cálida respiración le abrasaba el rostro. Podía sentir el latido de su corazón contra los senos mientras esperaba a que ella le diera una respuesta. Que le dijera que había ido en busca de una aspirina para el dolor de cabeza. Pero ya se le había pasado. Al ver que no decía nada, Nikos repitió la pregunta, la vio parpadear lentamente... y perdió la paciencia.



—Bueno, pues no estoy de humor para detenerme ahora —gimió—. Así que si quieres que lo haga, vas a tener que decírmelo alto y claro.

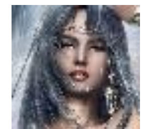
Mia no quería parar. Y lo demostró deslizándole los dedos por el oscuro y sedoso cabello negro y atrayendo su boca hacia la de ella. No podía explicarlo, no quería intentar explicarlo. Lo único que sabía era que, por muy duro y frío que fuera, Nikos Theakis le había robado algo aquel día en la entrada de la finca de Oscar, y lo había reemplazado por el implacable deseo que sentía hacia él.

Un beso acabó con cualquier necesidad de seguir hablando; fue un beso hambriento y profundo. Y Nikos era tan experto que Mia apenas sentía su peso encima de ella, ni notó cómo le quitaba el cinturón del albornoz. El ardiente placer que la recorrió cuando sus cuerpos desnudos se unieron fue la sensación más abrumadora que hubiera experimentado jamás.

Él sabía lo que estaba haciendo, así que ella se dejó llevar y disfrutó de cada nueva y excitante experiencia. Nikos sabía dónde tocar, sabía cuándo separar sus bocas para poder besarle lentamente el resto del cuerpo. Deslizó los largos dedos por uno de sus firmes y tiernos senos y sedujo su sensible pezón hasta hacerlo florecer, antes de introducirse el premio en la boca.

Un placer salvaje se apoderó de ella, el cuerpo y las piernas le temblaban cuando jadeó su nombre. Los dedos de Nikos le acariciaron el escote y trazaron un camino de fuego por su vientre, para dejarla completamente paralizada por el asombro cuando finalmente realizaron una incursión entre sus muslos.

Su quietud llevó a Nikos a levantar la cabeza y le clavó los ojos en el rostro. Mia tenía el cabello esparcido sobre la almohada. Tenía los ojos cerrados, los labios suavemente entreabiertos y estaba temblando. Carne, músculos y huesos vibraban al unísono en la primera caricia exploratoria que le había hecho. No parecía tener ya ningún control sobre lo que sentía. Nikos se dio cuenta de que el control le pertenecía ahora exclusivamente a él.



Cuando los inquietos dedos de Mia le recorrieron la nuca y bajaron luego a su pecho, Nikos gimió y su cuerpo respondió de forma violenta. Ella trazó el contorno de sus anchos hombros y arqueó las delicadas caderas contra las de él. No retuvo nada, y Nikos se sintió tan embriagado que los hundió a los dos en el oscuro calor de la pasión hasta que lo único que pudo hacer Mia fue agarrarse a él y dejar que se encargara de todo.

Era como estar perdida flotando en un mar de placer, pensó mareada. Cuando Nikos se apartó de ella para quitarse el albornoz, los ojos de Mia se clavaron en la poderosa belleza de su cuerpo. Extendió la mano y tocó el remolino de vello oscuro de sus pectorales, haciéndolo estremecer.

Volvió a ella con ansia y se tumbó encima, permitiendo que sintiera el glorioso calor de su piel desnuda contra la suya una vez más. Era poder contra debilidad, dureza contra suavidad. Le mordisqueó la comisura de los labios hasta que ella giró la cabeza y demandó ansiosamente la totalidad de su boca.

La pasión y el deseo anularon todo lo demás. Le hizo el amor lentamente, de forma erótica e intensa; sus sensuales caricias la acercaban cada vez más a un lugar en el que nunca había estado. Ella le clavaba los dedos en la piel, los dientes en el cuello. Nikos estaba caliente, la lengua de Mia saboreó la fina película de sudor salado y masculino que lo recubría. No lograba mantenerse quieta y podía sentir el tenso estado de su erección apretada contra el muslo.

—Nikos —susurró una y otra vez por alguna razón que no era capaz de comprender.

Nikos sí lo comprendía.

Mia sintió la primera chispa de timidez Cuando recordó de pronto que no era como las rubias esbeltas con las que él solía estar. Ella tenía curvas. Tenía cintura, caderas, y senos grandes y auténticos, no falsos. Como si estuviera pensando lo mismo que ella, una sonrisa traviesa curvó los labios de Nikos



cuando deslizó la mirada hacia aquella otra diferencia de la que de pronto fue consciente, el triángulo de rizos de ébano entre los muslos.

Entonces se inclinó y le besó el ombligo; fue algo tan inesperado que los músculos de Mia se contrajeron.

Una de sus manos agarró la de ella cuando iba a apartarlo instintivamente de sí. La sujetó mientras repetía el beso con una lenta y sensual caricia de la lengua, cada vez más abajo.

—Nikos, no —gimió.

Él desoyó sus protestas y fue tan implacable que ella se rindió a las oleadas de placer que le estaba haciendo sentir. En cuestión de segundos la estaba llevando más allá de los sentidos, arrastrándola de una nueva sensación a otra con el modo en que utilizaba la lengua para darle placer, con el modo en que tenía sujeta su mano. Con el modo en que le temblaban las piernas y se le escapaba la respiración.

Con un único y ligero movimiento, Nikos se colocó encima de ella. Las estrechas caderas apretaban sus temblorosos muslos y, finalmente, Mia experimentó la abrumadora intimidad de su erección deslizándose dentro de ella como suave seda.

—Madre di Dio —jadeó cuando se dirigió directa al umbral del placer—. Non posso piú

Él seguía reteniendo una de sus manos y estaba devorando su boca. Ella estaba desatada, estaba asustada, no podía mantener las piernas quietas. La mano libre de Mia se le clavó en la bronceada y húmeda piel y jadeó. El placer que sentía iba a más. Y Nikos estaba ardiendo, murmurándole cosas que ella no podía entender aunque el instinto le decía que la estaba urgiendo a seguir.

—Non posso piú —susurró una segunda vez.



—Sí, sí puedes más —respondió él con firmeza—. Agárrate a mí, Mia. Todavía falta mucho por llegar.

Y tenía razón. Había tanto y a tantos niveles que no podía seguir el ritmo. Su mundo se envolvió en niebla, estaba embelesada por cómo podía sentir cada centímetro de él llenándola con suavidad.

Nikos estaba ardiendo y temblando, tan perdido en el increíble poder de lo que se estaba generando entre ellos que olvidó qué clase de criatura estaba sosteniendo entre sus brazos. Sólo era consciente del deseo, el ansia, la pasión que los atravesaba a ambos. La sentía, la alimentaba y finalmente se rindió a ella tocando fondo con una final y profunda embestida.

Mia no lo esperaba, así que el afilado espasmo de dolor le bloqueó los músculos por el impacto. No podía respirar, no podía pensar. Nikos se había quedado paralizado encima de ella con los ojos negros como cuevas oscuras clavados en sus brillantes ojos azules, que ya estaban cubiertos de lágrimas.

Él empezó a maldecir y ella a sollozar y a golpearlo con los puños cerrados. Nikos se apartó un tanto maldiciendo de nuevo con los ojos cerrados y los músculos en tensión.

—No pasa nada —trató de tranquilizarla agarrándole los puños—. No pasa nada, agapi mou —repitió.

Pero sabía que no era cierto, porque ya estaba apretando de nuevo los labios contra los suyos. Se las arregló para contener la presión. Consiguió controlar sus sentidos lo suficiente para darle a Mia la posibilidad de ajustarse.

La sentía estrecha, tirante y deliciosamente cálida. La respiración de ambos era entrecortada, los dos trataban de recuperar el aliento. Nikos sintió cómo los puños cerrados de Mia relajaban la tensión y su cuerpo tirante iba abandonando poco a poco el arco que había formado. Sus corazones latían como

martillos enloquecidos, provocando temblor tras temblor en su piel. Nikos le abrió cuidadosamente los dedos y gimió aliviado cuando Mia le acarició el pelo. Le colocó las manos debajo para sostenerla y con la pasión de su lengua contra la de ella se dejó llevar y apretó las caderas hacia delante, embistiéndola más profundamente.

Fue como si una marea de placer la atravesara, caliente como la lava y dulce como la miel. Atrapada en su yugo, Mia alzó las caderas para introducirlo más profundamente y gimió en su boca.

—Otra vez —le pidió en un susurro.

Sintió cómo se retiraba y luego volvía a embestida. Era el más dulce de los tormentos.

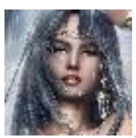
—Oh, otra vez —jadeó.

Embriagado con su placer, Nikos capturó su boca mientras ponía en marcha el profundo y fluido movimiento del amor, con una plenitud erótica que borró cualquier pensamiento que no fuera Mia y lo que sentía que estaba creciendo entre ellos. Nunca en su larga vida sexual había experimentado nada tan intenso como aquello. Mia se movió con él con una innata sensualidad nacida del instinto. Se colgó de él con brazos y piernas. Cuando la locura final comenzó a llevarlos rápidamente hacia el clímax, Nikos sintió que ella lo acompañaba en cada glorioso paso.

Y siguió y siguió eternamente. Con las bocas ahora separadas, Mia sintió cómo todos y cada uno de sus sentidos cantaban de placer.

—Nikos —susurró abriendo las pesadas pestañas para mirarlo.

Clavo los ojos en los suyos. La pasión de Nikos brillaba allí, desnuda y expuesta. El primer arrebato de placer ciego provocó un grito agudo en Mia, al que siguió otro y luego otro. Nikos se hundió más profundamente y la estrechó entre sus brazos mientras se unía a ella en un exquisito alivio.



Lo que vino después fue casi tan placentero como su primer clímax. Nikos la abrazó con fuerza.

-Bello, bello —susurró Mia en un murmullo. Nikos retiró su peso de encima y se colocó de costado, llevándola con él. Mia se acurrucó contra el hombre que acababa de convertir su primera experiencia en algo maravillosamente hermoso y apasionado.

Mientras Mia flotaba, Nikos sintió como si acabara de regresar a la tierra de golpe tras disfrutar de una de las catarsis más excitantes de su vida. Tendría que pagar por ello, se dijo mirando al techo mientras pensaba en lo que acababa de hacer.

Había roto una de sus normas fundamentales al acostarse con una mujer virgen. Peor todavía, con una apellidada Balfour. Ya podía escuchar las campanas de boda, podía sentir la soga alrededor del cuello. Mientras la cruda realidad abrazaba su piel con dedos helados, sintió cómo Mia se dormía. Estaba amorosamente acurrucada contra él y apoyaba confiada la mejilla sobre su pecho.

Ella no lo conocía. Ni siquiera Oscar, que lo conocía mejor que nadie, sabía quién era Nikos Theakis en realidad. Era más seguro mantenerse a sí mismo profundamente oculto. Y si eso significaba tener que privarse de los sentimientos más humanos, entonces así sería.

Cuando la gente lo miraba veía al brillante empresario multimillonario centrado en su carrera. Veía al hombre sofisticado que aparecía en los eventos sociales más exclusivos, como el de esa noche, o al tipo guapo que arrastraba detrás una estela de mujeres satisfechas.

Ellos no sabían que necesitaba ducharse cuatro veces al día, o más si tenía la oportunidad, o que no había cerraduras en ninguna de las puertas de sus casas a excepción de las de entrada.



No sabían que siempre, siempre, dormía solo.

Aquella hermosa criatura que yacía abrazada a él estaba recibiendo una especie de honor retorcido, por no haberla despertado para enviarla a dormir a su propio dormitorio.

Como si Mia hubiera presentido lo que estaba pensando, se movió y dejó escapar un suave suspiro mientras se estiraba y luego volvía a relajarse. El movimiento resultó tan fluido y naturalmente sensual que Nikos tuvo que hacer un esfuerzo para evitar que su cuerpo respondiera. Mia tenía una pierna cruzada sobre las de él y una mano sobre su pecho. Murmuró algo, ti'mo, creyó entender, y sintió el impacto emotivo como un golpe violento en el pecho.

«Ti'amo, te quiero, ti'amo. Ahora te pertenezco», tradujo Nikos con cierta amargura burlona.

Y como un hombre tratando de escapar, apartó los brazos de Mia y le colocó una almohada para que la abrazara en lugar de a él. Ella lo hizo como una hermosa y oscura sirena con su víctima, sin sospechar que el lado más cruel y frío de la naturaleza de Nikos estaba tratando de asomar su espantosa cabeza.

Ocho

Un sonido despertó a Mia cuando la tranquila luz del amanecer se filtraba por la ventana. Siguió tumbada durante unos segundos haciendo un esfuerzo por acostumbrarse al desconocido entorno. Luego recordó y el corazón le dio un brinco.

Giró la cabeza en la almohada y vio que el otro lado de la cama estaba vacío. Se incorporó de golpe y se apartó el cabello de la cara. Volvió a escuchar el sonido y entonces vio a Nikos, que estaba de espaldas al otro lado de la habitación.

Ya estaba vestido con uno de sus trajes oscuros y se estaba colocando el reloj en la muñeca. Estaba tan guapo que el cuerpo de Mia respondió al ins-

tante, en cuanto captó el olor a hombre limpio que impregnaba la habitación e indicaba que acababa de ducharse.

La repentina intimidad de su situación le provocó de pronto una oleada de timidez. Se dio cuenta también de que estaba desnuda bajo la fina sábana y la agarró del borde para subírsela hasta la barbilla antes de encontrar la fuerza para poder hablar.

—¿Qué... qué hora es? —preguntó con voz ronca.

Al ver que los hombros de Nikos se ponían tensos al escuchar su voz, Mia se mordió el labio inferior. Tal vez no se sentía todavía cómodo con su nueva situación, pensó.

—Las cinco en punto —respondió él sin girarse—. Vuelve a dormirte. Es demasiado pronto para que te levantes.

-Tú estás levantado —señaló Mia.

Nikos no dijo nada. Extendió los dedos para agarrar el teléfono móvil y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Mia empezó a darse cuenta de que no quería mirarla. Que la rigidez de sus anchos hombros se repetía en los movimientos de sus dedos y que tenía la mandíbula en tensión.

-Estoy a punto de marcharme —anunció él de pronto. Mia parpadeó lentamente—. Tengo unos asuntos que atender en Roma y mi avión me está esperando. Quédate a pasar el resto del día aquí si quieres. Cuando desees regresar a Londres, díselo a Lukas y él avisará al helicóptero para que venga a buscarte.

Cada palabra, cada fría y calculada palabra que se le clavaba como un cuchillo, llevó a Mia a reconocer lo que estaba haciendo: se la había llevado a la cama y ahora se estaba distanciando de ella. Nikos Theakis le estaba haciendo saber sin palabras que aquella partida de madrugada marcaba el final de lo que habían compartido.



Mia comenzó a temblar y cerró los ojos haciendo un esfuerzo para contener el dolor que sentía.

—No me hagas esto, Nikos.

Él se giró entonces y le lanzó una mirada breve.

—No supliques, Mia. Es indecoroso.

¿Suplicar? Ella abrió los ojos justo a tiempo de verlo girarse de nuevo. Cada centímetro de él desprendía una contención tal que sintió que se mareaba.

—No estoy suplicando —aseguró con un sollozo herido—. ¡Acabamos de acostarnos!

—Ha sido un error. No tendría que haber pasado.

—Pero ha pasado.

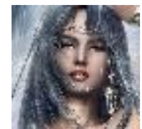
—Así es —Nikos parecía ahora muy interesado en lo que había en el interior de su cartera—, y no volverá a suceder.

—¿Y ya está? —Mia se abrazó las rodillas y se las llevó al pecho—. ¿Me haces el amor y luego me apartas a un lado como si mis sentimientos no contaran?

—Theé mou! No hemos hecho el amor. Ha sido sólo sexo —le espetó con dureza—. ¡Hemos vivido una experiencia sexual ardiente y salvaje, Mia! —repitió con voz ronca—. ¿Dónde estaba el amor en lo que hicimos anoche en esta cama? Yo no lo traje conmigo. Y si tú lo hiciste, entonces...

Las fosas nasales de Nikos se abrieron y apretó los labios para no decir lo que iba a decir. Murmuró una palabrota y volvió a darle la espalda.

—¿Entonces qué? —le espetó Mia sintiéndose como si estuviera en una pesadilla de la que no podía despertar—. ¿Entonces soy una estúpida, una ingenua, una buscona que luego te suplica?



Él apretó las mandíbulas.

-No iba a decir nada de eso.

-¡Entonces qué ibas a decir! —bramó ella.

-Nada.

-Te odio tanto que nunca te perdonaré por lo que me has hecho —susurró Mia—. Sin duda te sentirás aliviado y complacido al escucharme decirte esto.

—La verdad es que no —la voz de Nikos seguía resultando fría—. Me importas, Mia, pero soy un solitario. Siempre lo he sido. No tengo relaciones del tipo que tú esperas. Ahora mismo no lo creerás, pero te estoy haciendo un gran favor al marcharme.

—¿Como has hecho con todas las mujeres que han compartido cama contigo? —lo acusó—. ¿Tomar lo que quieras y luego deshacerte de ellas como si fueran un periódico del día anterior?

-Exactamente —confirmó él.

Asombrada de que se atreviera a admitirlo con tanta frialdad, Mia se lo quedó mirando durante un segundo y luego ocultó el rostro en las rodillas. Nunca se había sentido tan barata, tan utilizada. Y no sabía lo que había estado a punto de decirle antes Nikos, pero la dolorosa verdad era que se lo había estado pidiendo durante semanas antes de que él se rindiera.

—¿Por qué no te vas? —susurró cuando sintió que él se acercaba.

—Necesito saber que vas a estar bien.

¿Ahora quería sentirse tranquilo?

—Estoy bien —contestó con amargura.



El seguía acercándose. ¿Para qué? ¿Qué iba a pedirle ahora, un par de litros de sangre?

—Mira —dijo con pesadumbre—, siento haber dejado que esto sucediera.

Parecía sincero.

—Ha sido culpa mía —continuó—. No debería haberme dejado llevar por lo que estaba sucediendo entre nosotros. Tú eres joven e inexperta en estas cosas pero yo no, y tendría que haber...

—Si me dices otra cosa desagradable más vomitaré —murmuró Mia entre dientes.

—¡Ha estado mal! —soltó Nikos de pronto—. Te he deshonrado y he deshonrado a tu padre.

Aquello hizo que Mia alzara la cabeza de golpe.

—No te atrevas a meter a Oscar en esto —contestó con ardor—. ¿Cómo te atreves a pronunciar su nombre para utilizarlo en mi contra?

Nikos palideció.

—No era mi intención el...

—¡No me importa cuál fuera tu intención! ¡No me importa que ahora te sientas culpable por haberte llevado a la cama a la hija de Oscar! Me acosté contigo porque quise. Eres tú quien lo encuentras vergonzoso, no yo.

Nikos estaba paralizado, como si se hubiera convertido en piedra, y Mia pensó que ya había tenido suficiente. Dejó escapar un sollozo, apartó la sábana y se levantó de la cama con ella puesta.

—Mia...



—No —lo atajó ella—. No me digas ni una palabra más. Te odio. Te odiaré siempre.

Dicho aquello entró en el cuarto de baño y cerró de un portazo antes de dejarse caer en el suelo sobre la sábana.

Oscar le había dicho que se marchara y que aprendiera a sentirse orgullosa de sí misma. Pues bien, ella había pisoteado aquel ideal, porque ¿qué había de digno en perseguir lujuriosamente a Nikos Theakis? Se veía obligada a reconocer que se había convertido en la clase de persona que había prometido que nunca sería, una libertina de clase alta como su madre.

Y nunca le perdonaría a Nikos haberle hecho darse cuenta de ello.

Mia escuchó el característico sonido del helicóptero elevándose mientras ella seguía sentada en el suelo del baño.

Se había marchado. El corazón le dio un vuelco. No se había molestado en quedarse un segundo más de lo absolutamente necesario y lo odiaba también por eso.

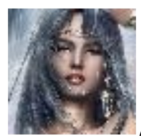
***

Apenas llevaba unos minutos en su apartamento, adonde había regresado vía helicóptero y después en una limusina con chófer, cuando recibió una llamada de Sophie.

—¿Has visto los periódicos de hoy? Alguien se lo pasó muy bien anoche —bromeó—. ¿Te lanzaste a la piscina de los D'Lassio porque tenías calor?

Mia se dejó caer en la silla más cercana y cerró los cansados ojos. Así que a pesar de lo que le hada asegurado Santino, su chapuzón en la piscina sabía trascendido a la prensa.

-La foto del maravilloso Nikos sacándote del agua sin casi salpicarse es impresionante. Tú en cambio tienes un aspecto... bastante mojado.



Mia apretó los labios para que no le temblaran.

-¿Qué ocurrió?

-Me... me resbalé —mintió—. ¿Hay algo más en los periódicos que yo debería saber? —preguntó.

-Sólo esa foto increíble hecha un poco más tarde en la que sales con el vestido más sexy que te he visto nunca. ¿Era de Nina?

-Sí.

—Tiene un gusto fabuloso —aseguró Sophie—. Pasaste de ser una princesa de cuento vestida en flotante seda azul a estar empapada, para terminar con un vestido totalmente ajustado, todo en la misma noche. Ojalá yo pudiera ponerme un vestido sí —suspiró melancólica.

—Podrías si dejaras de esconder tu preciosa figura bajo metros de tela —murmuró Mia con impaciencia.

—Oh, vamos, Mia. Yo mido un metro sesenta y tú un metro setenta y dos —le recordó Sophie—. No soy alta ni esbelta ni nunca lo seré. Aparte del inesperado chapuzón, ¿disfrutaste de la velada?

Su hermanastra había desviado una vez más el tema para no hablar de sí misma, como siempre hacía. Mia sentía un nudo en el estómago, no podía soportar pensar en el resto de la velada.

—El resto de la velada fue... normal —murmuró.

—Por lo que veo no te impresiona que Nikos se gastara medio millón en la subasta, en esa pulsera de diamantes.

Mia parpadeó. ¿Había hecho eso? Se habían marchado juntos antes de que tuviera lugar la subasta. Debía de haber pujado antes de salir, pensó, y murmuró en voz alta con cinismo:



—Tal vez las coleccione para dárselas a sus aventuras de una noche cuando se marchan.

—Vaya —murmuró Sophie—, eso ha sonado muy amargo.

Mia se alegró de escuchar aquella confirmación. Tenía la esperanza de aumentar la amargura que sentía hacia Nikos Theakis hasta que borrara definitivamente los demás sentimientos de desesperanza, amor inútil, odio y terrible dolor.

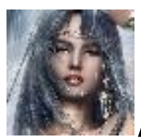
El orgullo fue lo único que la impulsó a ir a trabajar el lunes por la mañana. En la oficina se encontró con una batería de miradas de reojo y sonrisas ladeadas. Fue entonces cuando recordó el beso en el soleado aparcamiento, algo que al parecer ya sabían todos los empleados del edificio y que había borrado de un plumazo las simpatías que se había ganado en las semanas anteriores.

—¿Qué esperabas? —razonó Fiona—. No puedes tener una relación con el jefe y esperar que la gente te siga tratando como a una de ellos. Eres una Balfour, él es multimillonario. Has confirmado las expectativas originales que había respecto a ti y se sienten engañados.

¿Qué podía decir en su propia defensa, que el beso había sido una forma de castigo por haberlo comparado con un burro llamado Tulio? ¿O que Nikos había utilizado aquel beso a modo de advertencia para el tipo de contabilidad, porque creía que la había dejado plantada? Lo primero era una estupidez poco creíble a la luz del día. Y la segunda excusa dejaba al descubierto su propia mentira.

Hacia el final de la semana se había encerrado en una jaula de acero para protegerse. Nikos no había regresado a Londres y ella había dejado de comer. Se sentía demasiado herida para hacerlo. Fiona le dirigía constantemente miradas de preocupación. Incluso su tía le notó la voz distinta cuando hablaron por teléfono.

-¿Te pasa algo, Mia?



—Te echo de menos —respondió ella.

Y era cierto. Echaba de menos a su tía, la Toscana y la tranquilidad de su vida allí.

-Pero, aparte de eso, ¿te gusta tu nueva vida?

La tía Giulia quería que dijera que sí. Necesitaba saber que no había cometido un error al hablarle de Oscar. Así que ella la tranquilizó y después trató de sonar más alegre.

El sábado se encontró con una de las amigas de Kat Balfour en la calle. Bethany era una criatura hermosa, brillante y animada como su hermanastra Kate. Hablaron unos instantes sobre la fiesta de los D'Lassio, a la que Bethany no había podido asistir por alguna razón que Mia no fue capaz de recordar dos minutos después de que se lo hubiera contado. En aquellos momentos su mente estaba así, era incapaz de retener cualquier pensamiento que no incluyera el nombre de Nikos Theakis. Bethany la invitó a unirse a ella y a otras amigas para tomar una copa aquella noche y Mia pensó que le sentaría bien.

Cuando llegó al bar, el lugar estaba tan abarrotado que estuvo a punto de salir corriendo, pero Bethany la vio y la saludó. Su grupo de amigas era muy animado y divertido y a Mia le sorprendió una hora más tarde descubrir que estaba casi divirtiéndose. La mayoría de las chicas iban a cenar juntas para ir luego a una discoteca, pero la idea de comer hizo que el estómago se le pusiera del revés, así que declinó la invitación con una sonrisa y una excusa.

El miércoles siguiente se levantó de la cama y tuvo que salir corriendo al baño para vomitar. Cuando le sucedió lo mismo los días siguientes decidió que había llegado el momento de empezar a comer otra vez sano y con regularidad.

El lunes seguía teniendo tantas náuseas que Fiona se fijó en lo pálida que estaba.



—Creo que he pillado un virus —confesó Mia, explicándole que llevaba varios días encontrándose mal

Fiona la mandó a casa. Mia no quería, porque estar metida todo el día en el apartamento era todavía peor que estar en la oficina esperando a que Nikos hiciera su aparición.

Llamaba todos los días, pero sólo hablaba con Fiona. En el tiempo que llevaba fuera había llamado desde Roma, Atenas, Nueva York y Busan. Ésta última ciudad estaba muy lejos, y eso le convenía a ella, se dijo Mia.

El miércoles Fiona le enseñó un artículo de las páginas financieras de un periódico extranjero. Hablaba de Lassiter-Brunel. Al parecer la empresa tenía un nuevo respaldo anónimo que iba a sacarla del apuro. Mia se alegró, tal vez así Anton Brunei dejaría de estar enfadado con ella por haber estropeado su acuerdo con Nikos.

El jueves se levantó demasiado deprisa del escritorio y se mareó tanto que estuvo a punto de desmayarse. Enfadada y preocupada, Fiona insistió en que fuera a ver al médico, porque aquel virus estaba durando ya demasiado. Mia no sabía cómo encontrar uno en Londres, así que llamó a Sophie, quien quiso saber qué le pasaba. Tras explicárselo, su hermanastra la remitió al médico de la familia. Mia tomó un taxi. En cuanto entró en la consulta supo que no quería estar allí. Sintió una instintiva sensación de miedo. Cuando volvió a salir media hora más tarde, estaba tan mareada y confundida que un coche estuvo a punto de atropellarla. No regresó a la oficina, no quería volver al apartamento. Se limitó a caminar y caminar hasta que, finalmente, la sed y el agotamiento la obligaron a parar un taxi y regresar a casa.

Los espejos del ascensor le mostraron su palidez. El temblor de las piernas la obligó a apoyarse en una esquina.



—Incinta —vio cómo sus labios formaban la palabra que todavía no había cobrado sentido para ella.

Trató incluso de traducirla, pero no fue capaz de encontrar la palabra adecuada y sus ojos parecían dos lagos oscuros en su pálido rostro. Estaba sintiendo otra vez náuseas y se llevó las manos al vientre en un esfuerzo de evitar que fueran a más.

El ascensor se detuvo y se abrieron las puertas. Salió de allí como una borracha, mareada, y estuvo a punto de tropezarse con un hombre. Vestido con traje gris oscuro y corbata dorada sobre la brillante camisa blanca, estaba tan increíblemente elegante y atractivo y parecía tan real que Mia perdió la cabeza. Los sentimientos de asombro, miedo y rabia que había estado conteniendo durante toda la tarde estallaron en un arrebato de ira. Empezó a golpearlo y consiguió darle una tunda de golpes en el pecho antes de Nikos consiguiera sujetarle las muñecas.

Al ver que no podía desahogarse así, se le lanzó a la yugular con la única arma que le quedaba.

-¿Qué estás haciendo aquí? —le espetó a su sorprendido, hermoso y asquerosamente sano rostro moreno—. ¡Debería darte vergüenza asomar siquiera la cara!

—Mia...

-¡No te atrevas a pronunciar mi nombre! —gritó como una loca—. Me has convertido en mi madre y te odio por ello. ¡Te odiaré el resto de mi vida!

Nikos la soltó con un tirón final. Mia sentía las piernas demasiado débiles como para tratar de caminar con ellas; las náuseas le habían llegado a la garganta. Al tratar de centrarse en la puerta de su apartamento, las paredes ovaladas del recibidor empezaron a moverse. Mia extendió la mano para apoyarse en el objeto sólido más cercano y sus dedos agarraron la manga de su traje.



Mia inclinó la cabeza hacia atrás, sus ojos azules se oscurecieron confundidos al ver el ceño fruncido de Nikos. No le había oído moverse. Tal vez no se hubiera movido y todo fuera una ilusión óptica, como las paredes que se movían y el suelo que se balanceaba bajo sus pies.

Entonces todo empezó a acorralarla.

-Nikos —susurró antes de desmayarse.

Cuando volvió en sí estaba tumbada en un largo sofá de piel. Nikos estaba de cuclillas a su lado hablando por teléfono en griego mientras que con la otra mano sostenía con fuerza una de las suyas.

Parecía muy tenso, pensó Mia vagamente mirando la rígida postura de sus hombros dentro de la chaqueta. Se había deshecho el nudo de la corbata y se había desabrochado dos botones de la camisa, dejando al descubierto un triángulo de piel morena. Había tensión en los músculos del cuello y en las mandíbulas apretadas. Y cuando dijo otra frase en griego, Mia se fijó en su palidez y en las líneas de estrés que estropeaban la forma de sus anchos y sensuales labios.

¿Cuánto tiempo había estado desvanecida? Frunció el ceño y tardó unos segundos en recordar lo sucedido antes de desmayarse a los pies de Nikos. Lo había atacado como una loca. No le había dado oportunidad de hablar. Recordó su rostro petrificado por el asombro cuando había lanzado su ira contra él. Y luego recordó por qué había reaccionado así y un tenue sollozo se le escapó de entre los labios.

Nikos dejó de hablar. Giró la cabeza para mirarla. Sus ojos oscuros, que brillaban con una extraña expresión, se clavaron en los de ella y le apretó con más fuerza los dedos.

—Te has desmayado —dijo, como si Mia estuviera demasiado ida para llegar por sí misma a aquella conclusión.



Ella no dijo nada. Mirarlo debía dolerle ya a aquellas alturas, y estaba esperando a experimentar aquel dolor.

—Estás en mi apartamento —añadió Nikos—. Te he traído aquí... Me asustaste.

¿Asustarlo? Él no conocía el significado de aquella palabra, se dijo Mia. El miedo era lo que la había llevado a ella a atacarlo de aquel modo.

Nikos iba a averiguar de qué se trataba en seguida, en cuanto le diera la noticia.

Si se la daba.

—He llamado a un médico.

Mia apartó los dedos de los de él.

-No era necesario.

—Para mí sí.

Mia se incorporó con cuidado para no molestar otra vez a su frágil estómago e hizo un movimiento con las piernas que no le dio más opción a Nikos que levantarse para que no le hiciera perder el equilibrio. La cabeza seguía dándole vueltas, así que se obligó a seguir sentada en el sofá cuando lo que le habría gustado era levantarse y salir de allí sin decirle una palabra más.

Embarazada...

Finalmente tradujo la palabra. Le sonaba abrupta, dura. Embarazada.

-Has perdido peso.

Mia bajó la mano y al alzar la vista vio que Nikos estaba varios metros más allá, alto como un árbol y bloqueándole la luz de la ventana que tenía detrás. Tenía el rostro en sombra, de modo que no podía distinguir su expresión, pero no necesitaba luz para sentir la tensión que emanaba de él.



-Puedes llamar al médico y decirle que no se moleste en venir porque no voy a verlo —aseguró apartando la vista de nuevo—. No estoy enferma para demostrarlo se puso de pie-. Sólo tengo hambre porque hoy me he olvidado de comer.

-Y ayer y antes de ayer y el día anterior... -contestó Nikos-. Has adelgazado mucho y te tambaleas cuando te pones de pie. Si tratas de dar un paso probablemente volverás a caerte, a menos que te sostenga como he hecho antes, por supuesto. Algo que tal vez no haría porque esto muy enfadado contigo, Mia. Enfadadísimo.

-¿Estás enfadado conmigo? -ella alzó la barbilla y los ojos le brillaron-. ¿Qué derecho tienes?

-He hablado con Fiona. Llevas encontrándote mal toda la semana.

¿Sólo una semana? Aquello era quedarse corto.

-Y has estado... bebiendo por ahí.

Mia empezó a preguntarse si no habría vuelto a desmayarse y no había vuelto en sí todavía. Se quedó mirando fijamente a su censor y esperó a ver con qué iba a sorprenderla a continuación.

-Con las amigas de Kate -continuó él.

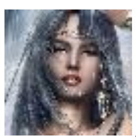
-¿Todo eso te lo ha contado Fiona? -nunca habría imaginado a su compañera dándole aquel tipo de información.

-No -Nikos movió los anchos hombros con tensión-. Tengo otras fuentes.

-¿Qué clase de fuentes?

-Creo que deberías sentarte...

-¡No quiero sentarme! -explotó ella-. Quiero saber qué te importa a ti lo que yo haga. Y por qué crees que puedes hablarme como un padre censurador.



En cuanto terminó de gritarle, lo estropeó todo al tambalearse. Su cabeza protestaba debido a la presión.

-¡Siéntate! -ladró él.

-No -contestó Mia.

Exhaló un gemido, que se transformó en un sollozo de frustración cuando empezó a sentir el estómago revuelto. Se llevó una mano allí y la otra a la cabeza. Escuchó a Nikos murmurar algo no muy educado sobre las mujeres obstinadas y luego sintió sus manos en los codos, guiándola hacia el sofá.

Entonces sonó el timbre de la puerta.

-Quédate aquí -ordenó Nikos.

Dos minutos más tarde regresó con un hombre de mediana edad que llevaba un maletín de médico. Mia se puso de nuevo de pie y trató de aparentar que rebosaba salud.

-Buenas tardes, señorita Balfour -la saludó el médico-. ¿En qué puedo ayudarla?

-Realmente no...

-Tiene náuseas y muchos mareos -intervino Nikos con suavidad, antes de añadir con frialdad-, está en la primera etapa del embarazo.

Nueve

Mia pensó más tarde que debería haberse desmayado otra vez, habría sido la manera más fácil de evitar lo que sucedió a continuación. Pero no se desmayó.

Se vio obligada a soportar una segunda consulta médica en el mismo día, además de una charla sobre dieta saludable, descanso, ejercicio y sueño.

Tras haber lanzado su bomba, Nikos se había retirado de nuevo a la ventana y les deba la espalda con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Mia no podía apartar los ojos de él.

El médico empezó a hablar de la primera etapa del embarazo, pero ella apenas escuchaba lo que decía. La tensión del ambiente resultaba sofocante. El médico miraba a Nikos y luego a ella, que a su vez tenía la vista clavada en Nikos. Debía resultar obvio que no formaban una pareja feliz y emocionada ante la perspectiva de convertirse en padres.

Cuando se preparaba para marcharse, el médico expresó un último mensaje.

—La alimentación de una nueva vida es un don precioso que debe cuidarse. Lo contrario es una ofensa para el niño.

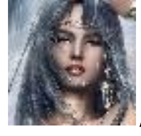
Para entonces Nikos ya mostraba fisuras en su actitud rígida. Se dio la vuelta para acompañar al doctor a la puerta.

Y no volvió.

Mia seguía sentada en el sofá, demasiado asombrada todavía. Debía asumir que Nikos había conseguido de alguna manera hacerse con el control de la situación antes que ella.

Sabía que estaba embarazada. Aquellas otras fuentes habían estado informándolo de cada uno de sus movimientos, estaba claro que no había dado un solo paso sin que él lo supiera.

Mia se preguntó de pronto por qué seguía allí sentada como una estúpida esperando a que Nikos se dignara a aparecer. Así que se puso de pie. Sentía la boca seca y el estómago revuelto, pero podía caminar sin que las paredes y el suelo se movieran. Cuando salió del salón descubrió que el apartamento era mucho más grande de lo que había esperado. Un pasillo central lo cruzaba, con puertas a ambos lados, la mayoría de ellas abiertas, como en su casa de Hampshire.



Mia se dirigió hacia la única puerta que estaba cerrada: la puerta de salida. Iba a escapar mientras tuviera la oportunidad. Necesitaba ir al baño y le urgía beber algo frío.

—Ni se te ocurra —su tono grave contenía una nota de amenaza.

Con el pulso latiéndole a toda prisa, Mia apretó los secos labios y cerró los ojos durante un segundo. Cuando los volvió a abrir, cruzó los brazos sobre el pecho y se giró para mirarlo.

Estaba asomado a una de las puertas del pasillo. Los ojos azules de Mia conectaron un instante con el reflejo de los suyos y luego se deslizaron casi por voluntad propia por el cuerpo de Nikos. Se había quitado la chaqueta del traje y se había remangado la camisa. En una de sus grandes manos sujetaba algo parecido a un trapo. Estaba viendo otra faceta de aquel hombre tan complicado, en esa ocasión una faceta doméstica.

Aunque tuvo que reconocer que eso no atenuaba su atractivo sexual, que llevaba tanto tiempo fascinándola. El estómago le dio un vuelco por una razón muy distinta y, sin saber lo que estaba haciendo, se lo cubrió con la mano.

Nikos bajó la mirada para observar el revelador gesto y tuvo que hacer un esfuerzo para no apretar los dientes por la ira. Mia apenas conseguía mantenerse en pie. Estaba pálida como el papel. Había perdido peso, demasiado a juzgar por cómo le colgaba el vestido azul de algodón. Y parecía tan hermosa, tan frágil y tan vulnerable que sintió deseos de saltar sobre ella y llevársela a la cama más cercana.

¿De dónde diablos había sacado la idea de que podía librarse de ella como de las demás?

La clave estaba en la pregunta, se dijo Nikos. Mia no era como las demás. Era abierta, emotiva, temperamental y luchadora. Extraordinariamente hermosa y sexy sin saberlo. Incluso en ese momento, tratando de mantenerse en pie, en lo

único en lo que Nikos podía pensar era en quitarle aquel vestido para poder ver el daño que le habían hecho a su magnífica figura dos semanas comiendo mal. Y estaba embarazada de su hijo, concluyó. ¿Qué diablos tenía eso de sexy? Él nunca había querido tener hijos. La idea de que hubiera uno creciendo en su vientre debería producirle un sudor frío, pero no era así. Tuvo que ocultar la mirada para que ella no viera la emoción que sentía. Estaba a punto de derrumbarse, aunque tratara de hacerse el duro.

—Estoy preparando algo de comer, siguiendo las instrucciones del médico —dijo con voz pausada—. Si puedes caminar hasta aquí sin desmayarte, ven conmigo. Durante una décima de segundo, Nikos temió que volviera a lanzar otro ataque verbal sobre él. Mia contuvo la respiración, alzó la barbilla y sus fabulosos ojos azules echaron chispas. La suave y vulnerable boca se entreabrió y el aroma de la batalla inundó el cuerpo de Nikos con una fuerza que sólo podía tener un resultado. Y ésa era la razón por la que debía de haber estado loco para pensar que podía librarse de ella como de las demás. Mia lo encendía incluso cuando él no quería que lo hiciera. Lo encendía sin saberlo siquiera. Lo retaba, lo fascinaba, lo sacaba de sus casillas.

—Necesito ir al baño —aseguró ella.

Era como regresar de un subidón inducido por las drogas. Los dedos de Nikos agarraron el trapo como si fuera un arma letal y le señaló con un gesto hacia la derecha.

—La segunda puerta.

Dicho aquello volvió a retirarse a la cocina y liberó algo de tensión arrojando el trapo al suelo en cuanto supo que ella no podía verlo.

Mia se derrumbó contra la puerta cerrada del cuarto de baño. No tenía ni idea de qué había pasado, pero sentía como si hubiera sobrevivido al ataque de unos alienígenas invisibles.



Todos los nervios de su cuerpo estaban en alerta. Nikos no se había movido. No había dicho nada particularmente ofensivo. Se había mostrado natural y amable.

Se dijo que era cosa de ella. Estaba tan agobiada por el tema de aquellas «otras fuentes» que imaginaba cosas sobre Nikos que no existían. Trató de recuperar la compostura y se giró para cerrar la puerta. Entonces frunció el ceño al descubrir que no había pestillo. ¿Desde cuándo los apartamentos de millones de libras no tenían pestillos en los cuartos de baño?

Se estaba lavando las manos cuando recordó que el cuarto de baño que había adjunto a su habitación en Hampshire tampoco tenía pestillo, igual que la puerta del dormitorio. Y todas las puertas allí estaban abiertas de par en par, como si la energía que Nikos generaba necesitara fluir por sus casas sin la irritante restricción de tener que detenerse.

Y eso era lo que pasaba, reconoció Mia de pronto. Todas aquellas sensaciones que había ido percibiendo eran los restos de su incansable energía gritando por las paredes y tratando de salir, porque Nikos debía sentirse acorralado por el apabullante descubrimiento de que estaba esperando un hijo.

Nikos estaba deslizando el cuchillo por un sándwich de ensalada recién hecho cuando Mia apareció en la puerta. Su impredecible estómago reaccionó de inmediato al delicioso olor con un gemido hambriento.

Nikos le señaló con el cuchillo uno de los taburetes dispuestos junto a la encimera de mármol.

—Siéntate —la invitó.

Mia era reacia a acercarse más a él, pero tenía demasiada hambre como para quedarse donde estaba, así que tomó asiento en el taburete.

—Bebe —le ordenó Nikos colocándole delante un vaso alto de zumo de naranja recién exprimido.



El sándwich llegó mientras ella bebía con avidez.

—No sé qué te gusta, así que he puesto de todo. Lo que no quieras quítalo.

En otras palabras, no comer nada no era una opción, entendió Mia. Aunque no pensaba pelearse por ello, tenía demasiada hambre.

—Creí que estabas en Busan —dijo dejando el vaso sobre la mesa.

—Volví anoche —Nikos alzó un hervidor y vertió el agua caliente en una cafetera de acero, inundando la cocina con el rico aroma a café recién hecho.

—Porque descubriste que estaba embarazada —le espetó Mia cuando estaba a punto de agarrar el sándwich.

—Ni siquiera yo soy capaz de adivinar el futuro, agapi mou. Tú no lo has sabido hasta esta mañana, cuando has ido al médico de cabecera —le dirigió una mirada irónica—. Aunque tengo que admitir que sospeché que ésa podía ser la razón de tu malestar cuando Fiona me contó que estaba preocupada por ti.

Mia le miró fijamente.

—¿Por qué llegaste a esa conclusión?

A ella no se le había ocurrido.

Nikos se encogió de hombros.

—Porque no utilicé nada.

—¿Qué quiere decir que no utilizaste nada? Explícate —le exigió.

Nikos dejó escapar una carcajada amarga.

—Inocente hasta la médula —se burló él girándose para mirarla—. Protección. Contracepción —añadió—. Un preservativo, si quieres que te lo diga más claro.



Escaneo y Corrección-Consuelo

—No es necesario —Mia se sonrojó—. ¿Y por qué no utilizaste nada? —le espetó—. ¿O acaso tratas así a todas tus aventuras de una noche?

—No —se limitó a contestar él con un gruñido esquivando su mirada.

—Entonces ¿por qué te tomaste tantas libertades con mi cuerpo?

Por alguna razón, la boca de Nikos se torció en un gesto atribulado.

—Un desliz freudiano —dijo, como si aquello fuera a tener algún sentido para Mia.

Pero no lo tuvo.

—¡Pues gracias por el cuidado que tuviste conmigo!

Nikos no dijo nada, se limitó a darle la espalda para seguir con lo que estaba haciendo y dejó que la ira de Mia rebotara en su espalda.

Ella se quedó unos segundos paralizada, era incapaz de entender que un hombre como él hubiera sido tan irresponsable. Luego recordó el poder de su mutua pasión y se revolvió incómoda en el asiento. Ella también había estado demasiado ocupada disfrutando como para pensar en la protección. No podía echarle toda la culpa a Nikos.

—El olor a café me está revolviendo el estómago —aseguró.

Y entonces disfrutó observando la desconcertada mirada de Nikos, antes de que éste se levantara para encender el extractor y después proceder a arrojar su bebida favorita por el fregadero.

Mia dio un bocado a su sándwich con ansia, satisfecha de haberle hecho pagar por la explicación que le había dado por no haber utilizado nada. Nikos siempre se mostraba arrogante y seguro de sí mismo. Descubrir que tenía fallos le hacía sentirse mucho mejor.



Nikos se sirvió agua fría en un vaso y fue a sentarse en un taburete a su lado. Ahora estaba demasiado cerca. Mia estiró la espina dorsal y dejó el sándwich en el plato.

-¿Quiénes son las «otras fuentes» de las que has hablado?

—El equipo de seguridad —Nikos agarró el sándwich de Mia y prácticamente la amenazó con metérselo él mismo en la boca, hasta que ella volvió a agarrarlo—. Has estado bajo una sutil vigilancia desde el incidente de Anton Brunel, una precaución que tanto Oscar como yo decidimos que era necesaria para tu...

-¿Oscar? —Mia se giró para mirarlo horrorizada—. ¿Le has contado a Oscar lo que me pasó?

—Soy responsable de tu seguridad...

—Sí —Mia dejó escapar un suspiro tenso—. Soy la obligación que te impuso Oscar. No tienes por qué recordármelo.

-¿Por qué te enfadas? Hacemos lo que es mejor para ti.

-¿Espiándome sin que yo lo supiera? Y yo sin darme cuenta...

—Si te hubieras dado cuenta, el equipo de seguridad no habría hecho su trabajo como debería —contestó Nikos.

—¿Has estado informando a Oscar de todo lo que digo y hago? —le espetó ella de pronto—. ¿Tienes una lista en la que marcas si he estado a la altura de las expectativas de una Balfour?

Los oscuros ojos de Nikos se enfriaron.

-Eso no tiene gracia, Mia.

Estaba totalmente de acuerdo con él. ¿Habría estado comentando secretamente con Oscar cada paso que ella daba? Esperaba que no, teniendo en cuenta la

intimidad que habían compartido y que la había colocado en la situación en la que estaba en ese momento.

Se sentía observada como un animal en un zoo.

-Ojalá no hubiera venido nunca a Inglaterra —jadeó con un temblor en la boca—. Ojalá no te hubiera conocido.

—Demasiado tarde para ambos deseos —dijo Nikos dejando escapar un corto suspiro—. Antes de que me llames canalla manipulador, te diré que Oscar me llamó. Santino D'Lassio consiguió mantener lejos de las pantallas de televisión tu improvisada zambullida, pero con la prensa escrita no tuvo éxito. Oscar lo leyó y me llamó.

Y Sophie la había llamado a ella, recordó Mia tranquilizándose un tanto.

—Juntos decidimos que Brunel podría llegar a ser una molestia para ti, así que contraté a un equipo de seguridad por si ese tipo decidía volver a intentar algo. Y de eso fue de lo único de lo que hablamos Oscar y yo.

—Ah —se estremeció Mia—. Gracias.

-No tienes que darme las gracias —contestó Nikos frunciendo el ceño—. Era necesario por tu seguridad y por eso se hizo. Por supuesto, no esperaba enterarme de que ibas a pasarte toda la noche por ahí con las locas amigas de Kat Balfour.

-¡No están locas y no he estado toda la noche por ahí! —se defendió Mia—. ¿Y a ti qué te importa con quién voy o qué hago en mi tiempo libre? Me rechazaste. Me dijiste que yo era un gran error.

—Por tu propio bien.

-Es una lástima que tanta consideración no se reflejara también en la contracepción —le espetó Mia con sarcasmo.



Nikos estiró los anchos hombros.

—En eso tienes razón —reconoció.

Ella deseaba levantarse y golpearlo, pero se limitó a aspirar con fuerza y soltar lentamente el aire antes de volver a bajar el sándwich.

—No puedo comerme esto ahora —suspiró.

-¿Otra vez es culpa mía? —Nikos suspiró también—. Al menos inténtalo. Te prometo que no diré una sola palabra más mientras cumples las órdenes del médico.

Las órdenes del médico... Nikos se refería al bebé.

Mia agarró a regañadientes el sándwich. Fiel a su palabra, él no dijo nada más mientras ella comía. Cuando hubo terminado, le colocó el vaso delante en silenciosa orden para que también lo acabara.

—Tulio no tiene nada que envidiarte —le dijo agarrando el vaso.

Para sorpresa de Mia, Nikos dejó escapar una suave carcajada.

—Me está empezando a caer bien Tulio —reconoció—. Estoy deseando conocerlo cuando vayamos a visitar a tu tía.

Mia lo miró recelosa, sin entender qué quería decir con aquel comentario. En cuanto vio la luz dorada que brillaba en los ojos de Nikos, se puso tensa en el taburete.

¿Qué estaría tramando? ¿Por qué distinguía en sus ojos un brillo posesivo que la hacía sentirse amenazada?

Mia se humedeció los labios y sintió cómo le temblaban cuando Nikos bajó la mirada para observar el gesto.

—No —aseguró ella negando con la cabeza—. No vas a ir a ver a la tía Giulia.

—¿Por qué no? —preguntó él con suavidad.

Mia comenzó a sentir calor en la parte inferior del cuerpo. Allí estaba pasando algo más aparte de la conversación. Nikos la estaba llevando hacia algún lado y no quería saber adónde.

¿Cómo era posible que un hombre reconocido por su dominio de sí mismo fuera capaz de transmitir tanta tensión sexual sin proponérselo?

—Me daría vergüenza presentártela —aseguró Mia.

Y dio en el blanco. Mia vio cómo el destello posesivo se apagaba de golpe. Nikos se reclinó en el taburete. Era como ver a un animal peligroso recibir un golpe para el que no estuviera preparado, y de pronto se sintió mal por haber dicho aquello.

—Mi tía también se va a sentir avergonzada de mí —añadió en un susurro para tranquilizar a la bestia herida—. Y además, no hay razón alguna por la que vosotros dos tengáis que conoceros.

—No —contestó Nikos con voz grave.

La atmósfera de la cocina se había vuelto extraña de pronto. Mia decidió que no quería seguir estando allí con él. Se bebió el resto del zumo, dejó el vaso y se bajó del taburete. Nikos seguía sin. moverse y ella se sintió amenazada cuando dio un paso vacilante hacia la puerta de la cocina.

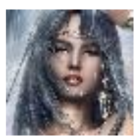
—¿Vas a alguna parte? —preguntó él.

-A mi apartamento —contestó Mia dando otro paso.

—Todavía tenemos muchas cosas de las que hablar —aseguró Nikos.

No si ella podía evitarlo.

-Estoy demasiado cansada para seguir hablando contigo hoy —respondió con frialdad—. Podemos continuar mañana.



—Eso sería demasiado tarde. Tenemos planes que hacer antes de mañana.

Mia dejó escapar un suspiro y se dio la vuelta. Lo primero que se le ocurrió fue que Nikos se había recuperado muy deprisa, aunque seguía teniendo una expresión tirante.

-No sé qué te pasa —dijo con asombro—. ¿De qué planes estás hablando? No tenemos nada que planear. Y tú deberías estar ahogando tus penas en una botella de whisky en lugar de jugar conmigo a este juego tan estúpido.

—No hay ningún juego.

—¿Y adónde crees exactamente que vas con esto? —preguntándole lo que había estado tratando de evitar.

—Sé perfectamente adónde voy, cara —respondió Nikos con firmeza—. Sólo estoy esperando que tú me alcances.

Seguía sentado en el taburete con las largas piernas estiradas delante de él, como si tuviera intención de quedarse así el resto del día. Sin embargo, todo era una farsa. Mia todavía distinguía ese brillo en sus ojos que le recordaba a...

Dio un paso atrás.

-Deja de mirarme así.

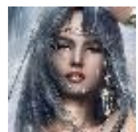
—¿Así cómo? —preguntó Nikos alzando una de sus oscuras cejas.

—Como si...

Mia se quedó sin palabras y apartó la vista.

-¿Como si estuviera considerando otras opciones para ayudarte a alcanzarme?

Mia se dio cuenta de que estaba hablando de sexo, pero ella no quería ir por ahí. En el transcurso de escasos minutos había pasado de ser un animal doméstico a un animal herido, y ahora estaba sacando al animal sexual.



—Ésta es una conversación impropia para un momento de crisis —afirmó ella.

—Tengo deseos impropios —contestó Nikos rápidamente.

Sorprendida, Mia contuvo el aliento y se le aceleró el pulso al ver que Nikos se ponía de pie.

—No te atrevas a acercarte a mí —dio otro torpe paso atrás y se chocó contra la puerta—. ¡Ay! —se quejó.

—Mira lo que has hecho —murmuró Nikos, acercándose a ella para atraerla hacia sí mientras Mia hacía un vano intento de evitarlo—. Estás tan alterada que te has hecho daño a ti misma. Estás mucho mejor aquí —aseguró estrechándola entre sus cálidos brazos.

Una única noche de pasión con él no la había preparado para la patente prueba física de su estado de excitación al apoyarse contra ella. Sorprendida por el calor que le provocó aquel contacto, apartó las caderas de las de él para defenderse.

Nikos utilizó la mano para volver a atraerla hacia sí y sonrió al verla jadear.

—Por fin me has alcanzado.

—No —protestó ella.

Él inclinó la cabeza y le tocó la temblorosa comisura de la boca con la punta de la lengua. Fue Mia quien convirtió aquella caricia seductora en un beso. Fue ella quien presionó los ya erguidos pezones contra su pecho y quien le rodeó el cuello con los brazos.

Nikos la abrazó. Le abrió la boca e intensificó sin piedad el beso. Si le quedara una pizca de orgullo estaría luchando contra él como una loca, pero lo que hizo, en cambio, fue emitir pequeños gemidos de placer.

—¡No pienso irme a la cama contigo! —le aseguró durante un instante de separación, cuando Nikos alzó la mano para quitarle la pinza y soltarle el pelo.

—A mí me sirve el suelo, amore —respondió él con voz ronca acariciándole el cabello entre los dedos—. La pared, el sofá, la mesa de la cocina, incluso la puerta que tienes detrás.

—Y deja de hablarme en italiano —le espetó Mía, asombrada por su fría declaración y al mismo tiempo tremendamente excitada por ella.

—Entiendes mejor el italiano cuando has perdido la cabeza por el placer —le confesó Nikos mirándola burlón—. Pasé varias horas apasionadas amándote en italiano y no te fijaste en mis esfuerzos, ¿verdad? Debería darte vergüenza, Mia. Esta vez voy a hacerte el amor en griego y cuando haya acabado lamentarás no haberte molestado en aprender mi idioma.

—Estás loco. No... no podemos hacer esto...

—¿Por qué no?

—Estoy enferma.

—Enferma por mí —aseguró Nikos—. Bueno, tu sufrimiento ha terminado.

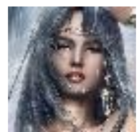
Mia dio con las corvas contra algo suave y cayó sobre una cama. Ni siquiera sabía cómo habían llegado hasta allí. Se agarró a los hombros de Nikos con un grito asustado.

—Eso es —la animó él—. Agárrate a mí, vas a necesitar tenerme así de cerca para no ahogarte.

Mia abrió unos ojos como platos.

—¿Por qué haces esto?

Nikos alzó su oscura cabeza y la miró con sus ojos negros como la medianoche.



—Porque me has atrapado, cara, aunque te avergüences de mí. Y ahora voy a amarte hasta dejarte sin sentido antes de llevarte a algún lugar y casarme contigo.

¿Había dicho casarse?

—¡No voy a casarme contigo! —exclamó ella asombrada—. ¡De ninguna manera!

Nikos se apoderó de sus labios con un ansia devoradora que acabó con su habilidad para seguir protestando. Mia trató de aferrarse a la cordura, pero él se la robó mientras exploraba su boca con fuerza sensual. Se sintió consumida por el deseo. Debería estar luchando contra él. Sabía que debería hacerlo, pero la única urgencia que sentía era la de pasarle los dedos por el pelo y seguir besándolo.

No entendía qué estaba pasando. Hacía un rato se estaban peleando, después habían comido y, de pronto, estaban en la cama haciendo el amor con un ardor ante el que debería rebelarse y del que, sin embargo, estaba disfrutando. Durante días había vagado como alma en pena, asombrada por el modo en que Nikos la había cautivado con su pasión para luego abandonarla sin más. Y ahora estaba otra vez cautivada, como si el dolor y la decepción sufridos no significaran nada.

Nikos deslizó la mano por la parte inferior de su cuerpo y localizó un suave muslo, expuesto porque se le había subido el vestido hasta la cintura. La suave caricia la llevó a apretarse contra él y Nikos murmuró algo en tono impaciente mientras le bajaba la cremallera del vestido. El aire fresco le rozó la piel y Mia se estremeció. Un instante después soltó un grito de protesta cuando él le bajó el vestido de algodón azul claro.

El sujetador blanco de encaje captó la atención de Nikos, y también se lo quitó, dejando al descubierto la firmeza de sus senos, con sus dos pezones tirantes y provocadores.

—Oh —Mia gimió y cerró los ojos cuando él inclinó la oscura cabeza y capturó uno de los pezones con la boca.

Nikos murmuró algo con impaciencia, como si de pronto recordara que tenía la ropa puesta, y se retiró un tanto para desabrocharse a toda prisa la camisa.

Ella abrió los ojos y se quedó impactada al ver la furiosa tensión de los músculos de su cara.

—¿Por qué estás tan enfadado? —susurró.

—Lo he estropeado todo contigo —respondió Nikos con brusquedad.

Se levantó de la cama para poder quitarse el resto de la ropa.

—El matrimonio no estaba en mis planes, ni tampoco tener hijos —murmuró quitándose los pantalones para dejar al descubierto la impresionante belleza de su cuerpo en estado de máxima excitación.

Mia se tocó el tembloroso labio con la punta de la lengua.

—Yo no he metido el matrimonio en tus planes, Nikos.

—Yo tengo que asumirlo, así que tú también. Theé mou —gimió volviendo con ella—. Estaba deseando volver a hacer esto.

Era como si le estuvieran haciendo un regalo inesperado, así que Mia le recompensó con un apasionado beso. La deseaba. Había volado por todo el mundo y la deseaba. Estaba tan emocionada con la confesión que se olvidó de seguir con el otro tema.

El tema de la boda.

Permitió que Nikos la hundiera en un pozo oscuro y profundo de pura sensación. Sus caricias eran un tormento placentero. Le arañó la espalda con las uñas. Nikos la hizo sollozar con la boca en sus senos. La hizo tocarlo. Guió su mano por la viril línea de vello oscuro hasta su erección. Le enseñó cómo provocarle

oleadas de placer. Cuando lanzó la primera suave embestida, Mia notó su piel húmeda y cálida. Los labios de Nikos temblaron sobre los suyos y se agarró a él como si corriera peligro de ahogarse si lo soltaba.

***

¿Y ahora qué?, se preguntó Mia mientras permanecía acurrucada de costado viéndolo moverse por la habitación. ¿Otra bofetada cruel por si acaso se había hecho alguna idea romántica respecto a los sentimientos de Nikos?, ¿otro comentario sobre un matrimonio que ella ni deseaba ni estaba dispuesta a aceptar?

Nikos ya se había duchado, pero no se había molestado en vestirse. Llevaba una pequeña toalla anudada a la cintura que ocultaba sus duras nalgas y contrastaba de forma maravillosa con su piel intensamente bronceada.

—Cuando hayas descansado, tienes que levantarte y hacer la maleta —dijo él sacando ropa interior limpia de un cajón.

—¿Por qué? —preguntó Mia recelosa—. ¿Dónde voy?

—A Atenas —contestó Nikos—. Ya es hora de que veas cómo se hacen las cosas desde la base principal.

¿Y eso era todo? ¿Nada de ir a comprar un traje de novia? ¿Nada de volver a tocar el tema del matrimonio? Mia se colocó una mano bajo la mejilla y no dijo nada. Entornó los párpados mientras lo veía dirigirse a un armario ropero.

—Y también ha llegado el momento de que conozcas al tipo al que le robaste el trabajo —continuó sin alterar el tono mientras se ponía una camisa azul de rayas sobre su fabuloso torso—. Por suerte para él, Petros ha disfrutado quedándose en Atenas y ocupando mi lugar mientras yo estaba fuera.

—Entonces no creo que quiera darme una paliza.



Nikos se abrochó el último botón y se giró para mirarla. Estaba guapísimo, pensó Mia. Muy sexy.

—Pareces una gata, ahí tumbada —sonrió Nikos.

A ella le dio un vuelco al corazón, porque no estaba siendo frío. Se acercó a la cama, se inclinó sobre ella oliendo a limpio y le dio un beso suave con sabor a menta.

—No —dijo cuando Mia extendió los brazos—. No hay tiempo para lo que los dos queremos hacer, gatita.

Se inclinó para recoger su vestido y se lo lanzó.

—Tienes una hora para arreglarte antes de irnos.

Nikos ignoró su puchero de desilusión y se dirigió a uno de los armarios para escoger los pantalones que iban a juego con una chaqueta azul marino. Se los puso y Mia se incorporó de mala gana.

—Y también tendrás que darme tu certificado de nacimiento —murmuró—. ¿Lo tienes aquí contigo?

—Sí, con el pasaporte, pero no entiendo para qué lo necesitas —respondió ella frunciendo el cerio.

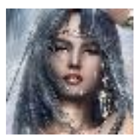
—Para arreglar los papeles de la boda —respondió Nikos con suma tranquilidad—. Nos casaremos en Atenas la semana que viene. Petros se está encargando ya de los preparativos.

Diez

—No tuerzas el gesto —la reprendió su torturador.

Mia apretó los dientes con firmeza.

—No estoy torciendo el gesto —negó con tirantez.



Escaneo y Corrección-Consuelo

—Entonces mírame.

Ella giró la cara y obedeció. ¿Cómo se suponía que iba a luchar contra él cuando incluso al verlo sentado en el lujoso asiento de piel de la limusina, a su lado, despertaba en ella tal pasión que incluso le costaba trabajo respirar?

—Ya te estoy mirando —dijo—. Dime lo que tengas que decirme para que pueda volver a apartar la vista.

La sensual boca de Nikos se curvó ligeramente en una sonrisa.

—¿Por qué, si te encanta mirarme?

Mia había mantenido la misma postura desde Londres. En ese momento iban camino a algún restaurante elegante para cenar, aunque ella habría preferido encerrarse en su habitación.

Claro que el apartamento de Nikos en Atenas tampoco tenía cerraduras en las puertas de los dormitorios, pensó furiosa.

Habían mantenido una tregua mientras se vestían para salir, Mia encerrada en su habitación y Nikos en la suya. Y esa situación en sí misma era una burla absoluta hacia lo que estaban batallando. El asunto del matrimonio era el meollo de la confrontación. Nikos se negaba a aceptar un «no» por respuesta y ella se negaba a darle el «sí».

—¿Podrías explicarme por qué te muestras tan obstinada con este asunto? —quiso saber él.

Mia tenía al menos una docena de razones, pero la única que estaba dispuesta a darle necesitaba sólo dos palabras.

—Lois Mansell —dijo.

Y esperó a que Nikos se muriera de vergüenza. Pero no lo hizo. Se limitó a quedársela mirando fijamente.



—Lois no tiene nada que ver con nosotros —aseguró.

—Eso no es lo que dicen los periódicos.

-Ya conoces a la prensa, cara. Miente. O al menos no dice toda la verdad.

—Saliste de aquella discoteca con ella colgada de ti como una lapa.

—La llevé a su casa. No dormí con ella.

-Por lo que yo sé, Nikos, tú no duermes con tus conquistas.

Mia supo que había dado en el blanco cuando Nikos entrecerró los ojos y apretó los labios.

-¿No dices nada? —lo retó—. ¿No se te ocurre una respuesta inteligente para ponerme en mi sitio?

—No —murmuró él apartando la mirada.

-Bien, entonces ahí lo tienes —Mia también desvió la mirada—. Tú y yo no tenemos la misma visión de lo que debe ser un matrimonio.

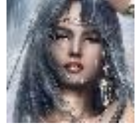
—Estás esperando un hijo mío —le recordó Nikos—. Algo así no requiere un punto de vista común, requiere control de daños.

—¿Control de daños? —el comentario le dolió tanto que no pudo contener un gemido—. Y todavía te preguntas por qué no puedo darte el «sí».

—Estoy tratando de ser práctico.

-¿Del mismo modo que lo has sido para dormir? —no pudo evitar preguntarle—. Me dejas embarazada, esperas que me case contigo... pero no quieres dormir en la misma cama que yo. Supongo que también contarás con seguir viviendo tu vida como siempre mientras yo me quedo en casa sola y engordo.

-Entonces ¿qué es lo que quieres? —quiso saber Nikos.



«Un hombre que quiera casarse conmigo porque no puede vivir sin mi», se dijo Mia para sus adentros.

-No quiero un hombre que considere el matrimonio con un control de daños —murmuró—. Prefiero volver a Italia y criar a mi hijo sola que malgastar mi vida con un hombre así.

—Nuestro hijo —dijo él entre dientes—. Y no vas a ir a ninguna parte, con matrimonio o sin él. Yo criaré a mi hijo, Mia —afirmó con rotundidad—. No

permitiré que tu estúpida obstinación me deje fuera del cuadro por las ideas absurdas que albergues respecto a la calidad de mi compromiso.

Mia sintió que se le cerraba la garganta por las lágrimas.

-¿Podemos volver? —susurró—. No creo que pueda comer nada.

Nikos gruñó en voz baja.

-Eres muy exigente —le espetó.

Ella abrió los ojos como platos por el asombro.

-¡No puedo creer que te atrevas a decirme eso! —jadeó—. No te he costado nada. Ni siquiera el precio del alquiler, ya que el apartamento de Londres es tuyo y estaba vacío.

—No quise decir que...

-¡Cállate! —lo atajó—. ¿Sabes lo que eres, Nikos? Un mezquino arrogante y egoísta.

Nikos apretó las mandíbulas.

-Sí, me gustabas —continuó Mia con furia—. Así que en tu condescendencia aceptaste lo que te ofrecía. ¿Qué coste te suponía? Una cena a un precio razonable y unas cuantas horas escuchándome, una fiesta elegante y un rato de



placer en tu cama antes de rechazarme como el hombre de hielo. Si para ti eso quiere decir que cuesta mucho mantenerme, entonces que Dios te perdone por lo cicatero que debes ser normalmente con las mujeres.

—¿Has terminado? —preguntó el hombre de hielo apretando los dientes—. Si es así, ¿puedo terminar lo que iba a decir antes de que me pusieras la cabeza como un bombo? Gracias —su sarcasmo atravesó la piel de Mia como

una cuchilla—. Iba a añadir que eres muy exigente emocionalmente —aclaró—. ¡Y también muy irritante!

—No olvides decir infantil —le recordó ella.

El coche se detuvo. Sin decir una palabra más, Nikos abrió la puerta y salió. Mia continuó sentada, bullendo en silencio mientras esperaba a que fuera a abrirle la suya. Podría haber salido por su propio pie pero no quiso. Si hubiera tenido elección, se habría quedado donde estaba.

—Deja el mal genio en el coche —le pidió cuando la tuvo delante.

Mia se negó a dar por oída semejante orden y se apartó el cabello de la cara con un gesto desafiante que llevó a Nikos a apretar los dientes.

Las mujeres eran una auténtica pesadilla, pensó enfadado mientras avanzaban juntos por la acera hacia uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad. No sabían cuándo debían comportarse ni cuando habían llegado a hartar a un hombre con sus tonterías inconsistentes. No había discutido tanto cuando se inclinó sobre ella durante el vuelo hasta allí y la besó en la boca.

—Ten cuidado —le aconsejó tomándola del brazo cuando iba a subir los escalones de la entrada al restaurante.

Mia se había puesto sus habituales tacones altos y Nikos se hizo la promesa de tirarlos todos a la primera oportunidad que tuviera. Estaba embarazada, por el

amor de Dios. De su hijo. Una caída accidental por culpa de aquellos ridículos tacones y todo habría terminado.

Algo parecido al pánico se apoderó de él y lo obligó a detenerse. Mia alzó la vista para mirarlo sorprendida.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —contestó Nikos recuperando la compostura—. Acabo de recordar algo que tendría que haber hecho antes de salir —mintió, y se sintió extrañamente mareado cuando le abrió la puerta del restaurante.

Mia pasó por delante de él y entró en el vestíbulo con su cabello negro ondulado rozándole la espalda.

Aquella noche estaba arrebatadora, pensó Nikos.

El dueño del restaurante salió a toda prisa a recibirlos. Nikos tuvo que componer una expresión social aunque no le apetecía nada, y sonrió con Mia a su lado agradeciendo que ella también estuviera sonriendo. Así que algo le había enseñado, pensó con ironía.

Estaban a punto de dirigirse a su mesa cuando se abrió la puerta y entró un grupo de gente. El instinto llevó a Nikos a girarse para mirarlos, y se quedó paralizado en cuanto reconoció de quién se trataba. No, pensó, aquello no podía estar pasando. Trató de desviar la atención de Mia cuando ella se giró para ver qué estaba mirando, pero fue demasiado tarde y ella también se quedó petrificada.

-Nos iremos —le susurró atrayéndola hacia sí con gesto protector.

-No.

Sintiendo como si el suelo hubiera empezado a temblar de pronto bajo sus pies, Mia se dejó sostener durante un instante.



Pero no era el suelo lo que temblaba, sino ella.

Gabriella.

Gabriella estaba justo en aquel lugar, en aquella ciudad, a menos de un metro de ella. Su madre, que le resultaba tan dolorosamente familiar porque veía aquella cara en el espejo cada vez que se miraba.

El corazón empezó a latirle con fuerza. Se dio cuenta de que Nikos trataba de bloquearle la vista con sus anchos hombros. Y sabía que lo estaba haciendo porque ella se había quedado blanca como el papel.

-Voy a ir a hablar con ella —susurró.

La decisión surgió sin que supiera siquiera que quería hacer algo así.

-No lo hagas —aconsejó Nikos con un gruñido.

Pero Mia ya estaba rodeándole para avanzar con unas piernas que ya no sentía suyas. Mario Mattea la miró y supo al instante a quién estaba mirando.

Alto y delgado, muy atractivo para ser un hombre de sesenta años, le tocó el brazo a su mujer para llamar su atención.

-Gabriella —murmuró en tono de advertencia.

Gabriella Mattea giró su oscura cabeza y miró el rostro pálido de la hija que no había visto durante diez largos años.

El silencio ocupó el espacio entre ellas. Mia sintió el latido del corazón en los oídos. En algún lugar distante sintió la tensión entre Nikos y Mario. Había otras personas alrededor de ellos, pero resultaban invisibles; ella sólo veía el rostro de su madre.

Sintiéndose tan vulnerable como la niña pequeña que era la última vez que estuvo tan cerca de ella, le susurró con voz temblorosa:



-Ciao, mama.

Mia observó cómo el hermoso rostro que tenía delante se congelaba.

-Por el amor de Dios, ¿puede alguien apartar de mí a esta persona? —dijo Gabriella en italiano—. ¿Es que ya no puede una salir a cenar sin que la importunen los desconocidos?

Se hizo un silencio sepulcral en el vestíbulo y Mia fue muriendo lentamente. Entonces Nikos le pasó un brazo por los hombros. Y Mario se lanzó a hablar.

-Nikos —le saludó con tensión—. No esperaba verte...

—Disculpadnos —lo atajó él con frialdad y avanzó con Mia hacia la puerta.

El dueño del restaurante la abrió para ellos murmurando disculpas en tono ansioso. Salieron a la acera. Tan furioso que habría podido golpear algo, Nikos se quedó mirando la calle para buscar el lugar donde había aparcado su chófer. Abrazó con fuerza a Mia con una mano mientras que con la otra buscaba el teléfono móvil. Mantuvo la ira a raya mientras hablaba con su chófer para que fuera a buscarlos.

—Nikos, por favor —Mario apareció en la acera a su lado—, deja que te explique la razón de esta desagradable escena —le suplicó—. Mi esposa...

—No es necesario explicar nada —le espetó Nikos abrazando con más fuerza a Mia—. Esto ha ocurrido porque obligaste a escoger a Gabriella y ella te eligió a ti, tu riqueza y tu estilo de vida antes que a su propia hija.

Mientras hablaba, Mia volvió a estremecerse al escuchar la cruda realidad.

—Ha ocurrido —continuó— porque tu mujer y tú sois unos desalmados. El vuestro es un matrimonio desalmado. Tal vez Mia todavía no se dé cuenta, pero le ha ido mucho mejor sin vosotros.

—¿Porque ahora tiene a Balfour?



El repentino ataque de Mario atravesó a Mia como un cuchillo.

—No —se apresuró a responder Nikos—. Porque me tiene a mí.

El coche se detuvo a su lado y Nikos se inclinó para abrir la puerta de atrás. Mia dejó que la ayudara a entrar en la limusina y trató de recuperar la compostura. Se dijo que no debería sentirse tan mal. Después de todo, la culpa era suya por haberse acercado a una mujer que nunca había mostrado el más mínimo interés por ella.

Los dos hombres seguían en la acera. A juzgar por el tono de voz, no era una conversación amistosa. Una rápida mirada le hizo ver que el cuerpo de Nikos estaba en tensión. Mario estaba muy pálido y hablaba con angustia. Mia volvió a bajar la vista hacia el regazo. Nikos tenía razón. ¿Quién necesitaba una madre así?, se dijo mientras sentía cómo los ojos se le llenaban de lágrimas.

Nikos se subió al coche y dio un golpecito en el cristal que separaba al chófer para indicarle que se pusiera en marcha. Cuando tomó asiento no miró a Mia. No podía hacerlo en aquellos momentos. Estaba demasiado ocupado dándole vueltas a algo que le había dicho a Mario.

Un matrimonio desalmado.

¿Acaso no era eso lo que le estaba ofreciendo él a Mia, un matrimonio con buen sexo y habitaciones separadas para después? Nikos se estremeció de disgusto. Mia había demostrado más integridad que su horrible madre al negarse a aceptar lo que ahora entendía que era casi un insulto. ¿Qué conseguiría Mia casándose con él? Nada, ya que no había sido capaz de darle nada.

Debería ponerse de rodillas y darle las gracias por amar a alguien tan frío y miserable como él.

Amar. Nikos sintió un escalofrío. Mia lo amaba. ¿Cuánto tiempo hacía que él lo sabía y no había querido reconocerlo? Deseo, obsesión..., le había puesto otros

nombres a los que poder agarrarse, pero lo cierto era que lo amaba. Y él no se merecía semejante honor.

-Lo conoces... —la silenciosa figura que iba a su lado rompió el hilo de sus pensamientos.

—¿Cómo? —se giró para mirarla y entonces fue consciente de lo importante que era para él.

-Conoces a Mario Mattea —repitió Mia con ojos tristes—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

Nikos pensó en decirle la verdad o en dejarlo pasar con un comentario sin importancia. Mentir, en otras palabras. Decidió optar por una verdad a medias.

-Conozco a muchos hombres de negocios —aseguró encogiéndose de hombros.

-¿Conocías también a mi... a Gabriella?

—No —dijo con sinceridad—. Mario está aquí porque tiene varias reuniones con financieros importantes. El recorte de créditos ha afectado profundamente a la industria automovilística. Mario necesita desesperadamente financiación para su empresa y para su equipo de fórmula uno si no quiere que ambos se hundan sin dejar rastro.

-Lo que quieres decir es que va a reunirse contigo, ¿verdad?

Nikos esbozó una rígida sonrisa.

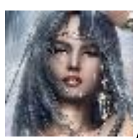
—Soy una de sus mejores opciones para conseguir el dinero.

—¿Y vas a dárselo?

—¿Tú qué crees? —preguntó él mirándola.

—¿Por mí?

—Sí, por ti —y esa era la auténtica verdad.



—Pero no puedes hacer eso —aseguró Mia horrorizada—. Sabrán que es por lo que ha sucedido esta noche y me echarán la culpa a mí.

La expresión de Nikos se endureció.

—Deberían haberlo pensado antes de humillar a mi futura esposa.

—¡No voy a ser tu esposa!

—Entonces ¿qué pretendes ser? —le espetó él—. ¿El próximo escándalo de los Balfour?

Once

Nikos supo que no debería haber dicho aquello en cuanto las palabras salieron de su boca.

—No soy una Balfour —renegó ella. Lo odiaba, odiaba a todo el mundo—. ¿Por qué iba a querer ser una Bianchi o una Balfour?

—Entonces sé una Theakis —insistió Nikos.

—¿Para que así tú también puedas tratarme como una intrusa?

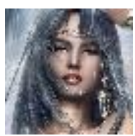
—No serás una intrusa.

Mia dejó escapar una suave risa amarga.

-Ahora mismo sientes lástima por mí. Mañana seré como una cadena colgando de tu cuello. ¿Crees que no sé cómo va? Gabriella me dejó con mi tía y luego me abandonó. Me visitaba una vez al año hasta que cumplí los diez. Dejó de hacerlo cuando le pregunté si sólo venía a darle dinero a mi tía para mi manutención. ¿Quieres saber cuál fue su respuesta?

-No —murmuró Nikos.

—Admitió en mi cara que así era y se marchó. A partir de entonces el dinero llegó por correo.



Nikos maldijo en silencio.

—Es una maldita egoísta que...

—Sí —lo atajó ella al instante. No necesitaba escuchar lo que era su madre—. Oscar fue más sutil. Me permitió quedarme siempre y cuando me escondiera en la cocina y fingiera ser el ama de llaves.

—Estaba protegiendo a Lillian.

—¿Crees que no lo sé y no lo valoro? —le espetó Mia—. ¿Crees que me molestó que protegiera los sentimientos de su pobre esposa antes que los míos? ¿Crees que no entendí que sus otras hijas se molestaran y me culparan de los escándalos que surgieron más tarde? ¿O que no me culpo por, ellos? Pero ¿pensó acaso Oscar en cómo me sentía yo?

Mia hablaba con un dolor que había mantenido enterrado hasta el momento.

—¿Evitaron mis sentimientos que me enviara lejos lo más rápidamente que pudo?

—Oscar quería que aprendieras a...

—Quería que me comportara como una Balfour o que me marchara —aseguró Mia—. Bien, pues ya no quiero ser una Balfour. No es la clase de gente que me gusta. Y tú tampoco. Oscar quería que aprendiera a ser íntegra...

Y de pronto Mia entendió lo que significaba la integridad para ella. Significaba ser honesta consigo misma. Con la persona que quería ser, no con la que los demás querían que fuera.

—Bien, pues no quiero la integridad de Oscar si eso significa vestirse con ropa cara y sonreír falsamente. No quiero casarme contigo porque esté esperando un hijo tuyo y te preocupa lo que Oscar pueda pensar. Eso es asunto de tu integridad, Nikos. La mía me está diciendo que es hora de marcharme y ser yo misma.



—Me importa un bledo lo que Oscar piense —protestó Nikos.

—Mentiroso —le espetó ella—. Eso ya ha quedado claro con tu idea del control de daños.

Era como si le hubieran golpeado por detrás. Nikos no lo esperaba. No estaba en guardia para defenderse.

El coche se detuvo ante la puerta de su edificio. Mia le dirigió una mirada y luego se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del coche. Nikos se quedó allí sentado, consciente de que corría el peligro de perder la única oportunidad de arreglar algo que no debería haber dicho nunca.

Abrió la puerta, salió del coche y la siguió al interior del edificio. Si lo que Mia quería era que se sintiera el peor hombre de la tierra lo estaba consiguiendo, pensó mientras subía con ella al último piso en el ascensor. Aquí no había vestíbulo, sino que el ascensor subía directamente al apartamento.

—Mia… —empezó a decir.

Ella salió y se dirigió hacia el dormitorio con la espalda muy recta, dándole a entender que no quería escuchar nada de lo que dijera.

Nikos la vio irse, vio alejarse su última oportunidad de arreglar las cosas sobre aquellos estúpidos tacones altos y dio un respingo cuando la puerta del dormitorio de Mia se cerró de un portazo.

—Maldición —murmuró dando un puñetazo cargado de frustración a la pared más cercana.

Mia se quitó los zapatos y los lanzó por el suelo del dormitorio antes de girarse y hundir el rostro en la cama. Lo odiaba, se dijo apretando la cara contra la almohada y temblando de ira y de dolor.



Era frío y duro, y no merecía el amor que estaba sufriendo por su culpa. No se la merecía a ella. «Control de daños»... ¿Qué clase de hombre describía así una proposición matrimonial?

La puerta del dormitorio se abrió de golpe.

—De acuerdo, lo del control de daños fue una coartada barata y cruel —le espetó Nikos—. Me estás volviendo loco. Me haces decir cosas que no quiero decir. Creo que estoy perdidamente enamorado de ti. ¿Cambia eso algo las cosas?

Mia se quedó paralizada y se giró para mirarlo. Tenía el aspecto de un hombre al que hubieran torturado para obligarlo a decir aquello.

¿Tanto le había costado hacerlo?

—Explica lo de «creo» —le pidió Mia

—Nunca he experimentado ninguna clase de amor antes, así que sólo puedo decir «creo» —aseguró flexionando los dedos con tensión—. No eres la única que ha tenido mala suerte con sus padres, agapi mou. Mi madre era prostituta y mi padre era su proxeneta. Compara a esa pareja con tus padres.

—Pero yo creía que tú...

—¿Había nacido entre algodones? —la interrumpió Nikos lanzándole una mirada cínica—. Vivir en un agujero de una habitación en el centro de un suburbio de Atenas no es vivir entre algodones, te lo aseguro. Es vivir en el infierno. Necesito una copa —dijo de pronto dirigiéndose hacia la puerta.

—¡No te atrevas a salir de aquí sin contármelo todo! —chilló Mia—. Quiero saber de qué estás hablando.

Nikos murmuró una maldición, se acercó a la ventana y se quedó allí mirando hacia fuera. Mia se levantó de la cama y se acercó a él, sorprendida al ver que no sólo no la rechazaba sino que la atraía hacia él.



—Allí abajo, más allá de las luces brillantes, donde todo se vuelve oscuro y sucio.

Mia miró sin ver porque lo importante era lo que le estaba diciendo.

—Durante los primeros seis años de mi vida creí que era normal dormir en un armario del dormitorio —continuó con voz ronca—. Ellos, mis padres, me encerraban allí para que no me vieran los clientes de mi madre cuando los llevaba para hacer el servicio. Si emitía algún sonido me pegaban.

—Oh, Nikos, no —susurró Mia con tristeza.

—Eran adictos a la heroína —confesó con rotundidad—. A veces estaban tan fuera de sí que se olvidaban de mí durante días. Todavía tengo pesadillas con ese sucio armario. Intenta dormir una noche entera en la misma cama que yo y sabrás a qué me refiero, cara. No puedo soportar estar encerrado en un sitio pequeño, y las cerraduras y los pestillos me dan pavor. Y no llores —le pidió cuando Mia comenzó a sollozar—. No le he contado esto a nadie nunca, así que escúchame. Cuando tenía nueve años un cliente me descubrió. Decidió que sería divertido pasar un buen rato a mis expensas...

Se quedó tan callado que Mia temió que lo estuviera recordando fuera demasiado horrible para confesarlo. Transcurrió un minuto y no pudo seguir soportándolo más, así que se giró hacia él y lo abrazó con fuerza. Nikos dejó escapar un suspiro y también la abrazó.

—Huí —continuó—. La policía me encontró y me dejaron en manos de los servicios sociales. Nunca había estado tan contento como entonces —admitió—. Por primera vez en mi vida tenía una cama de verdad para dormir y comía tres veces al día. Y lo más importante, me sentía a salvo. Era un niño modelo porque tenía miedo de que me devolvieran con mis padres. Sacaba excelentes notas en el colegio y estaba dispuesto a aceptar cualquier encargo que me valiera una



sonrisa de aprobación. Me habría arrastrado para poder quedarme donde estaba.

—Nikos...

—No, no digas nada —le pidió él—. Cuando tenía trece años me acusaron de robar provisiones de la cocina. No fui yo, me tendieron una trampa, pero como no pude demostrarlo me... castigaron. Prometí que aquélla sería la última vez que alguien me atara una correa a la espalda y volví a escaparme.

Pasé los siguientes seis meses viviendo en la calle, durmiendo en los callejones y comiendo gracias a las limosnas. Pero echaba de menos el colegio. Tenía una desesperada necesidad de aprender, así que me entregué a las autoridades. Desde entonces fui etiquetado como un niño problemático y me enviaron a una casa llena de niños problemáticos.

Nikos se detuvo un instante a tomar aire y Mia aprovechó la oportunidad para depositarle un beso en la mejilla.

-Soporté la vida allí —continuó atrayéndola hacia sí—, porque quería ir al colegio. La peor parte fue renunciar a mi promesa y permitir que alguien más me golpeara. Cuando cumplí dieciséis años me fui de allí y nunca volví.

—Lo siento —susurró Mia.

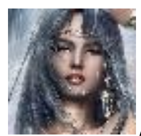
-No busco tu compasión —le espetó él—. Sólo estoy tratando de explicarte por qué no puedo estar seguro de si te amo o no.

Mia estaba convencida de que únicamente la desesperación del amor podía haber sacado aquello de él, así que-le levantó la cara del pecho y le sonrió.

—Bueno, yo sé que te quiero. Así que podemos trabajar sobre eso.

Nikos la miró y alzó una de sus oscuras cejas.

-¿Y ya está?



-Sí —asintió Mia—. ¿Qué fue de tus padres? —preguntó con suavidad.

Nikos se aclaró la garganta.

—Murieron de una sobredosis de heroína cuando yo tenía catorce años.

-¿Y cómo conociste a Oscar?

Esa vez Nikos esbozó una sonrisa.

-Por aquel entonces yo era un auténtico estafador. Era guapo, listo y demasiado pagado de mí mismo. Las mesas donde se sentaban los ricos eran un buen lugar para aprender a estafar. Cuando Oscar entró en mi vida yo ya era muy bueno timando. Traté de hacer lo mismo con él —admitió—. Oscar escuchó mi discurso, alimentó mi ego con preguntas fáciles que fui capaz de responder sin apenas pestañear. Estuvo de acuerdo con el trato, me entregó un cheque con una cantidad asombrosa de dinero y luego procedió a hacerme una oferta para un irresistible negocio suyo si yo podía reunir el dinero suficiente, que era el doble de lo que él me había dado. Le entregué su cheque y todo el dinero que tenía en el mundo, y el estafador resultó estafado.

Mia se rió.

-¿Quieres decir que no había ningún negocio irresistible?

—No —Nikos sonrió para sus adentros—. Pero debí caerle bien, porque se ofreció a enseñarme cómo hacer chanchullos desde el lado de la ley.

Me salvó de una vida criminal y probablemente de la cárcel. Todo lo que soy se lo debo a él. No lo subestimes, cara. Oscar nunca pone en marcha ningún plan sin saber con claridad cuál va a ser el resultado.

—Ahora estás hablando de ti y de mí, ¿verdad? —Mia frunció el ceño.

—Del incidente Brunel —respondió Nikos—. Brunel se pasó de la raya al lanzarte a aquella piscina y Oscar estaba enfadado. Pero fue el equipo de se-



guridad de Santino D'Lassio quien localizó a Brunei y le sacó la verdad. Oscar no sabe lo que yo sé, y voy guardarme esa información un poco más.

-¡No te atrevas a hacerle daño a mi padre! —le espetó Mia.

—¿Ahora ya no le odias tanto? —le preguntó él con ironía.

Mia se retorció incómoda contra él.

—No odio a Oscar —admitió—. Ni siquiera odio a mi madre. Cuando dije todas esas cosas en el coche estaba herida. Oscar ha sido bueno conmigo, incluso cuando mi llegada causó tantos problemas.

-Problemas que tenías derecho a causar, Mia.

—Eso fue lo que él me dijo —susurró ella sintiéndose culpable por haber hablado mal del hombre que había hecho todo lo posible para que se sintiera bien recibida y querida—. Y dime, ¿qué planes tenía Oscar para ti y para mí?

—Oh, el plan completo, supongo —Nikos sonrió—. Ponerte en mi camino todos los días. Alentar en mí el instinto de macho protector para que me dirigiera hacia donde él quería.

—¿Y qué dirección es ésa?

-Encaje blanco y campanas de boda —le dijo él—. Pero si no hubiera sido por la prematura concepción del bebé le habría fallado en eso.

-No fue sólo cosa tuya —comentó ella—. Yo ayudé mucho.

La mueca de Mia se transformó por fin en una auténtica sonrisa. Alzó la mano y trazó el contorno de su boca con un dedo.

-¿Sabes lo que necesitas? —le preguntó ella con dulzura—. Un maratón de sueño conmigo en una cama durante una noche o dos. Puedo vivir sin cerrojos en las puertas, pero me niego a casarme con un hombre que insiste en tener habitaciones separadas porque cree que le voy a provocar pesadillas.



Escaneo y Corrección-Consuelo

La última parte dejó a Nikos paralizado durante un segundo o dos antes de echar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada. Luego se apretó contra ella y la besó con ferocidad.

—Hay un maratón en ciernes —murmuró un instante después—. Mañana llamaremos a Oscar —aseguró llevándola hacia la cama—. Si no amenaza con matarme por haber seducido a su hija, puede ser tu padrino en la boda.

-¿Y si amenaza con matarte? —Mia pasó una mano por su cuerpo con gesto posesivo.

—Le diré que convertirá a su hija en viuda, porque de todas maneras voy a casarme contigo.

Mia curvó su cuerpo contra el de él.

-Te amo, Nikos Theakis.

-Bien, pues sigue amándome, agapi mou -contestó él-. Estoy a punto de bajar por completo la guardia para amarte yo a mi vez.

Lo había dicho... casi lo había dicho. Mia se rió encantada y, con más fuerza de la que creía tener, le dio la vuelta y cayó sobre la cama con él.

-Entonces demuéstramelo -lo invitó.

Nikos no necesitó que se lo dijeran dos veces.

***

Dos maravillosos meses más tarde, Nikos entró en la habitación que había reamueblado para hacer sitio al «pasatiempo» de su esposa, como a ella le gustaba calificarlo. Todas sus casas contaban ahora con una estancia similar, equipada como el taller de un diseñador de moda.



-Se supone que ya deberías estar vestida frunció el ceño mirándola-. Santino y Nina D'Lassio llegarán dentro de media hora y tu tía Giulia ya está abajo con Oscar.

-¿Tan tarde es ya? Mia alzó la vista de lo que estaba haciendo y sintió el habitual cosquilleo en su interior, porque Nikos estaba guapísimo con su esmoquin.

-No irás a ponerte eso... -dijo él frunciendo todavía más el ceño al ver el vestido que Mia había dejado colgado en la percha.

-¿No te gusta? -murmuró ella decepcionada

-¿Estás de broma? Es el vestido de Jessica Rabbit -aseguró mientras tocaba la seda roja. Complacida con el comentario, Mia sonrió.

-No es para mí, es para Sophie -confesó-. Me pidió que le hiciera un vestido realmente sexy.

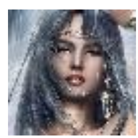
-Pero agapi mou, Sophie no puede llevar un vestido así. Es...

-¡No te atrevas a terminar la frase! -aseguró Mia en acalorada defensa de sus hermanastra-. Bajo esa ropa holgada y espantosa que suele llevar se oculta la figura de una venus.

-Te pones muy sexy cuando te enfadas -murmuró acercándose a ella y abrazándola-. ¿Y qué tienes pensado ponerte tú encima?

-A ti -respondió ella en suave invitación-. En nuestra cama, donde tengo el solemne deber de seguir espantando tus pesadillas.

-¿Sabes? Creí que tenía toda mi vida planeada -le confesó Nikos con dulzura-. Sin cambios, sin giros, sólo yo controlándolo todo. Entonces te conocí. No quería amor, no quería compromiso, no quería transmitir los genes de mi familia a otra generación. Ni ver la desilusión de mis hijos cada vez que no estuviera a la altura como padre. Ahora lo quiero todo.



Sus dedos enmarcaron el rostro de Mia y ella sonrió al sumergirse en sus ojos oscuros.

-Quiero el matrimonio, el compromiso y los niños. Quiero que me ames. Necesito que me ames. Es una locura aterradora.

-No voy a ir a ninguna parte —prometió Mia. Y entonces, para relajar el ambiente, que se había vuelto repentinamente tenso, añadió—: Un besito y me voy a vestir.

Él alzó las cejas con desdén.

-Yo no doy «besitos» —aseguró con arrogancia.

***



Escaneo y Corrección-Consuelo